JAVIER DE VIANA

CON DIVISA BLANCA

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
V. MATERA
CORRIENTES, 1746

MONTEVIDEO
ANTONIO DE ANGELI
LIBRERIA F. C. C.

CON DIVISA BLANCA

LS
V614CO

JAVIER DE VIANA

CON DIVISA BLANCA

SEGUNDA EDICION

VICENTE MATERA
CORRIENTES, 1746
BUENOS AIRES

ANTONIO DE ANGELI
LIBRERIA F. C. C.
MONTEVIDEO

440799
3.12.45

A la brava división de Treinta y Tres, a los buenos e inolvidables amigos con quienes he compartido sufrimientos y esperanzas.

J. de V.

Buenos Aires, Julio 1904

PROLOGO

Agotada en pocos meses la primera copiosa edición que de esta obra se imprimiera en 1904, varios editores de Buenos Aires me hicieron proposiciones para su reimpresión, proposiciones bastante halagüeñas pecuniariamente, para la pobreza, rayana en la indigencia, en que yo vivía entonces.

Con Divisa Blanca era un libro de combate, escrito durante la guerra civil, inicuamente provocada por don José Batlle, y es lógico que hubiere en él términos violentos, juicios apasionados, que por extenderse a una colectividad el error delictuoso de uno solo, deberían más tarde, en horas de reflexión serena, ser penosos a mi grande indulgencia por las debilidades ajenas; a mi respeto por las opiniones adversarias, y a mi entrañable amor por la tierra oriental y por todos mis hermanos orientales, cuyas discrepancias partidistas lejos de ser muralla de rencores, debieran ser justa de ideas, de la cual surgirían, hoy de un campo y mañana del otro, las iniciativas más ponderadas y beneficiosas para la comunidad uruguaya.

Basado en eso, rehusé las proposiciones a que me refiero, y tan consideré muerta esa obra que en ninguna de las ediciones de mis libros subsiguientes figura aquella en la página donde se anuncían los publicados y por publicar.

Yo deseaba, en homenaje a la concordia nacional, al

amor y al respeto recíprocos, dar al olvido esas páginas de sufrimiento, diario íntimo de anotaciones trágicas y en ocasiones,—¡por qué no decirlo!—de vergüenzas nacionales, donde, como queda expresado, la intemperancia del lenguaje y el apasionamiento de los juicios eran inevitables.

Por otra parte, los enconos banderizos habían ido puliendo sus filosas aristas y sus aguzados vértices y día a día ganaba camino el santo sentimiento de la fraternidad.

Iban cicatrizando las heridas, se iban borrando los agrios recuerdos, se caminaba a prisa hacia la definitiva concordia familiar, y sólo en el cerebro de un insensato podía nacer el propósito de profanar las sepulturas, desenterrar los muertos y aventar cenizas con airado gesto de desafío a la cordialidad y a la paz.

Surgió, sin embargo, ese insensato.

El señor Batlle, único responsable de aquella sangrienta lucha fraticida,—que pudo evitar y no lo hizo, cegado por el despecho y el orgullo de su poder aristocrático,—es quien ha tenido la infeliz inspiración de reabrir el proceso.

En el preciso momento en que las colectividades políticas todas,—y en primer término la gran parcialidad nacionalista,—trabajan afanosamente para concurrir al pacífico torneo democrático del próximo noviembre, el señor Batlle intenta en virulentas arengas, hacer revivir el fuego de los odios en el choque de las divisas legendarias y revuelve el clausurado arsenal histórico, para exhibir fusiles herrumbrosos y lanzas ensangrentadas, que sólo testimonían, en último análisis, la incapacidad del gobernante y el duro corazón del hombre que ideó, ordenó y dirigió la siega macabra de 1904.

Esa actitud justifica la reimpresión de *Con Divisa Blanca*, como protesta de los aún enlutados hogares uruguayos, ante la soberbia desvirtuada de quien después de haber tejido los crespones, amenaza,—si un absurdo co-

lectivo o una culminación del fraude, lo llevasen de nuevo al poder,—con reproducir su intransigencia cruel, el implacable cesarismo de sus dominaciones anteriores.

No es sin pena y sin tenaz resistencia que he consentido en la reedición de esta obra; pues, no obstante las razones enunciadas, me roe la duda de si no habré yo caído, involuntariamente, en un delito parecido al que fustigo.

Pero, en todo caso, confío en que al juzgárseme se tendrá en cuenta la atenuante de la reconocida sinceridad y el desinterés de mi vivir en las letras y de mi vivir en la sociedad.

JAVIER DE VIANA.

I

TOQUE DE REUNION

Es la tarde de un claro y luminoso día de enero. La pequeña villa de Treinta y Tres se agita en movimiento inusitado. Por sus calles, antes solitarias, se ve el continuo galopar de jinetes que van y jinetes que vienen; en su única plaza, a la sombra de los grandes plátanos y de las acacias en flor, está tendida en batalla la división departamental. En los balcones, en las ventanas, en las puertas de las casas, se ven mujeres pálidas que contemplan aquel apresto con ojos de dolor, y niños que observan con ojos inocentes que interrogan a las madres, no sabiendo si han de reir o han de llorar.

En una de mis idas y venidas paso por el hotel donde está mi esposa teniendo a mi hijito de la mano.

—«¿Tú también?»—me dice con lágrimas en la voz.

—«Yo también»—respondo, y huyo para que no me amilane el recuerdo del hogar que la más inícua de las guerras ha deshecho con su zarpazo feroz.

Llega la tarde, y en el silencio angustioso que envuelve a la villa, suenan los clarines. Es el último momento. Mi peón,—que dentro de un rato ascenderá a la categoría de asistente,—me tiende la brida del caballo; un amigo me entrega una cinta blanca, que anudo en la copa de mi sombrero.

El clarín toca a caballo. Está oscureciendo y en la

pequeña villa hay un silencio de infinita tristeza y parece que se escuchara el sollozo ahogado de las madres, el lamento de las esposas, el tierno suspiro de las novias. Yo echo una última mirada a la población, que se borra en las sombras de la noche, y mi egoismo sólo ve la esposa y el hijo que me obligan a abandonar.., Hace cinco meses que partí, no los he vuelto a ver, y comprendo ahora la profundidad del verso latino: «Bella matribus detestata».

La columna en marcha consta de cerca de cuatro mil hombres, mandados por los coroneles Francisco Saravia, Bernardo Berro y Juan José Muñoz. Lleva como dos mil fusiles, algunas lanzas... y mucho entusiasmo. Además de la gente de Maldonado, venida con Muñoz, va allí todo lo que quedaba de Treinta y Tres. Todo lo que quedaba, pues los escasos *colorados* habían partido ya, por rumbo opuesto y con divisa roja siguiendo a Basilicio Saravia. Hombres hechos, mozos viriles, viejos y niños, todo va allí. En el pueblo han quedado solamente las mujeres; y la brisa tibia de la tarde que pasó por el Olimar y se desparrama en el bosque del Yerbal, sacude las ramas flexibles de los sauces y parece que dejara en ellas el eco del llanto de las madres que allá a lo lejos, en la villa muda, quedaron de hinojos, llenando con su angustia las obscuras habitaciones desiertas.

Al trasponer el paso del Yerbal, los clarines de la banda lisa de la compañía urbana lanzan las notas agrias de una marcha guerrera. Y yo miro instintivamente al jefe, a Francisco Saravia,—al *coronel Pancho*, como le llaman allí—y me impresiona el contraste entre los sones marciales de los bronces y el aspecto pacífico del caudillo. Bajo, grueso, negligentemente vestido; un gran chambergo encasquetado, la cara ancha, rubicunda, sombreada por escaso bigote negro; la nariz pequeña, los labios entreabiertos en eterna sonrisa bondadosa, todo indica al paisano sencillo, laborioso, pacífico. Para en-

contrar en él algo de la impetuosidad temeraria de la raza, es necesario observar sus ojos, los pequeños ojos pardos, inquietos y luminosos, que habitualmente sonríen al igual de sus labios, y en ocasiones brillan con intensos fulgores de osadía y de coraje. Es muy rico; su cinto, su ancho cinto de tropero, siempre está lleno de libras. Generoso a su manera, jamás ofrece un peso a nadie, jamás se niega a quien se lo pide. Pasa la vida en su estancia, cuidando su hacienda, tomando mate y jugando al truco. Hace un tiempo le ofrecieron la jefatura política de Treinta y Tres, y su contestación fué lanzar la bulliciosa carcajada peculiar de los Saravia. Sólo abandona su morada cuando las autoridades de su partido lo necesitaban. En esos casos no pregunta para qué; monta a caballo y sigue, sea para exhortar a los compañeros en las luchas comiciales, sea para guiarlos en la pelea de las contiendas armadas. Es un tigre en la guerra y no ama la guerra: en el campamento, mientras *amarguea* en los fogones de los soldados, su plácida sonrisa se corta de pronto y, en su lenguaje pintoresco, expresa la nostalgía del pago y y queda triste un momento, pensando en el rodeo, en la cocina de la estancia, en las partidas de truco y en las delicias del amargo; luego sacude la cabeza, deja vagar en sus labios la eterna sonrisa bordadosa, casi infantil, y exclama con su vocesita aflautada:

—«Hay que cinchar, pues, hay que cinchar.»

Y él cincha, contento como matungo viejo que mira con indiferencia el maiz y la alfalfa. Mientras avanzamos penosamente por los bañados del Yerbal, se acerca a nosotros el viejo coronel Berro, veterano de aspecto imponente, alto, recio, de mirada dura, de larga barba blanca, de palabra afable, con una afabilidad fría, que viste sin ocultarla, su alma imperiosa, altanera, dominadora. También sonríe siempre, pero con los labios nada más, con los labios coronados por grueso bigote cano, los ojos protegidos por un bosque de cejas, miran siem-

pre al suelo como para que nadie pueda leer en ellos las aspiraciones de aquella alma voluntariosa. Y habla y habla con la cortesía irónica, y su frase se dobla al igual de su gran cuerpo robusto, donde anidan energías que han resistido a los años, a las fatigas, a los sufrimientos y a las decepciones. Habla mucho, con voz pausada midiendo las palabras, observando al auditorio de soslayo, diciendo siempre lo que quiere decir, jamás lo que piensa. El primero en acudir a la cita, siempre pronto a tomar las armas en defensa de su partido, está allí con todos sus hijos. En Aceguá enterró uno; los supervivientes le siguen y él está dispuesto a mandarlos a las comisiones más arriesgadas, sin titubeos y sin emoción aparente: nadie puede leer en aquella máscara extraña cuya boca siempre rie, cuyos ojos duros parecen amenazar siempre.

Y al lado de Saravia y de Berro está Juan José Muñoz. Bajo, endeble, correctamente vestido, muy cuidada la barba rubia, el habano entre los dientes, tiene en sus ojos azules una mirada suave, burlona y al mismo tiempo firme de hombre que conoce la vida, y no la toma en serio. Los soldados tienen por él un gran respeto. Dicen que es enérgico, vivo y muy valiente. Yo lo conozco poco y espero juzgarlo más adelante. Por lo tanto, me concreto a anotar el contraste que resulta de su figurita pequeña y atildada, entre la gruesa figura tosca de Francisco Saravia y la gran maciza de Bernardo Berro; entre su rostro fino, picaresco y la cara rubicunda y plácida de Saravia y el rostro hirsuto y adusto de Berro. Mientras el primero narra con franca alegría anécdotas camperas y el segundo ensaya frases diplomáticas, Juan José Muñoz aspira con fruición el humo del habano, tiende a lo lejos la mirada de sus ojos azules y una imperceptible sonrisa pliega sus labios finos.

Yo me he propuesto seguir con atención estos tres

hombres tan distintos, cuyas suertes están unidas por la divisa blanca que adorna sus sombreros.

Un detalle: Pancho Saravia lleva una divisa de cuatro dedos de ancho, y con inmensas letras de oro, el lema guerrero: *todo para tí, patria mía*: Berro ostenta en el pecho una cinta blanca, sin lema; Muñoz un cordoncito blanco y celeste que apenas se nota en su sombrerito de fieltro fino de montevideano en excursión campestre.

II

EL PRIMER CAMPAMENTO

Han pasado tres horas de andar a tranco perezoso por los barrizales del Yerbal. La luna, pequeñita, muy fina y muy pálida, semejante a una de esas figuras heladas de los frescos de Puvis du Chavannes, va ascendiendo lentamente por el azul cuajado de estrellas. Las tres Marías brillan intensamente y, al lado opuesto, resaltando sobre el fondo obscuro del saco de carbón, la cruz del sud parece la insignia triunfal del cielo.

El clarín de órdenes lanza una nota rápida; alto. Otra nota apresurada: pié a tierra y desensillen.

Diez minutos más tarde el campo arde en cuadras y cuadras, con los fogones, donde los soldados calientan el agua para el *amargo* que debe suplir la cena. Por mi parte, después de atar a soga el caballo, *tiendo mi cama* con las prendas del arnés, me tiro largo a largo, boca arriba, bien cubierto por el poncho, y me dispongo a contemplar el cielo estrellado de aquella mi *nueva* primera noche de intemperie.

Y no encuentro lindo el cielo, no lo encuentro tan lindo cual lo veía después de la cena, sentado en el jardín de mi estancia, en las tardes apacibles de mi vida de ayer. Los recuerdos empiezan a mortificarme,

cierro los ojos con intensión de dormir, y las reflexiones ahuyentan mi sueño. Me pregunto por qué estoy yo aquí, tirado en mitad del campo, lejos de mi hogar, lejos de los seres que me son tan queridos. Y una voz, repulsiva con su indiferente frialdad, me dice: es la guerra.

¿La guerra?... Pero la guerra por qué, para qué?

Todo esto ha sido tan brusco, tan inesperado, tan violento, que el espíritu ha perdido el rumbo y se agita sin concierto, como pájaro a quien se le abre la puerta de la jaula tras muchos años de cautiverio.

El 29 de diciembre estaba yo en Montevideo; el 30 regresaba a mi casa y el 31 me despertaba en el bullicio de una guerra ni siquiera soñada.

Desde muy temprano se veían grupos de hombres pasando apresurados por los caminos inmediatos; luego eran caballadas arreadas al galope, en dirección a la selva protectora del Cebollati; luego era gente de armas, que ahorraba caminos cortando alambrados; más tarde el huir despavorido del vecindario.

¿Qué ocurría?

Que la policía local había recibido orden telegráfica de *reunir* a toda prisa; y *reunía*, cazando despiadadamente a todos los vecinos, incluso los viejos y los niños, y pasaba como una ola arrastrando tras sí los caballos, las yeguas, los potrillos y los hombres, todo junto y confundido.

No había que dudarlo: mi partido estaba en armas, aunque yo no lo supiese, no obstante formar parte de su primera autoridad, y a pesar de haber llegado, apenas hacía dos días, de la capital.

Escapé apresuradamente, dirigiéndome a Treinta y Tres, que esperaba encontrar en plena actividad revolucionaria; y ¡cual no sería mi asombro al penetrar en sus calles, que conservaban su habitual placidez de los pobres pueblos anémicos, consumidos por nuestro irritante centralismo!

Esperaba ver las calles llenas de gente armada; esperaba ver jinetes, que con la divisa en el sombrero y la lanza en la mano, galopaban apresurados en todas direcciones; confiaban oir redobles de tambor, imperativos llamados de clarín, choques de sables, recias voces de mando, y solo veo una pesada carreta de bueyes avanzando a tranco perezoso por la calle real, un guardia civil echando miradas codiciosas al despacho de bebidas del almacén de la esquina, un fraile que pasea su voluminoso abdomen satisfecho por la acera de la iglesia y unos perros muy grandes que con aire estúpido requieren de amores a una perrita muy chica.

Voy a la jefatura e interrogo al amable jefe, don Pedro Echevarría.

—«¿Qué ocurre?»

Y él, acariciándose la larga pera blanca, me responde dibujando en el aire un gran ademán de orador girondino.

—«Es lo que yo digo: ¿«qué ocurre»?

Pregunto por el coronel Saravia.

El coronel Saravia está en su estancia.

Pregunto por el coronel Berro.

El coronel Berro está en su estancia.

Pregunto por el comandante del Puerto.

El comandante del Puerto está en su estancia.

—¿Y el general Saravia?—me aventuré a interrogar.

—El general Saravia está en su estancia—me contestó

—Pero, ¿hay o no hay guerra?

—Parece que si.

—¿Y quién la hace?

—No lo sé.

—Y en tanto, Vd., ¿qué decide?

—Esperar órdenes.

—¿De quién?

—Del que tenga más derecho a mandarme, responde maliciosamente el delegado del ejecutivo, aquel delegado que no ha recibido una orden de su gobierno, en tanto

llega hasta las fronteras de su departamento el ruido de oleaje del apresurado aprestamiento militar.

Me voy al hotel, decido dormir tranquilo, con la filosofía que me ha dado el convencimiento de las rarezas de mi tierra, y en la madrugada, me despiertan los sones agudos, violentos, imperiosos de los clarines y el movimiento guerrero que esperaba encontrar la víspera.

Me levanto sobresaltado, salgo a la calle, interrogo al primero que pasa, y me responde con aire de idiota:

—Batlle ha declarado la guerra.

—¿El qué?—pregunto asombrado; y como mi hombre ha pasado ya, tranqueando largo, detengo a un oficial que cruza al galope.

—¿Qué hay?—le grito—y él, sin detenerse, me lanza esta barbaridad de pasada:

—¡El gobierno se ha sublevado!

Tratando de traducir al sentido común la frase del oficial, atravieso la plaza, llego a la jefatura política y me apersono al jefe, que se pasea agitado, calzando botas, vistiendo bombachas, haciendo flotar al viento, como un gallardete, la fina y larga pera blanca. Con frase breve y nerviosa me explica lo que acontece.

El gobierno ha decretado el estado de sitio, ha mandado AGARRAR *a todo el mundo y arriar todas las caballadas y sus ejércitos marchan apresuradamente sobre los departamentos administrados por nacionalistas.*

—¿Y el general Saravia?—pregunto sin poder dar crédito a esto que se me antojaba una barbaridad más grande que la del oficial de momentos antes.

—El general Saravia ha ordenado que reuna, que espere, y que nos defendamos si nos atacan.

—¡Ah!—exclamé, y entre mí pensé:—¡*La reconquista de las jefaturas*! y me alejé, haciéndome la amarga reflexión de que la luz eléctrica va alumbrar mucha desolación, mucha pena, muchas angustias; esta luz del siglo que al fin y al cabo resulta iluminando las mismas pasiones y las mismas almas que hace un siglo el po-

bre candil de llama oscilante. Y me pregunto si en el necesario paralelismo con que deben marchar todas las cosas humanas, la vieja alma charrúa se ha quedado atrás del pobre cándil de la choza, y vá una sola línea hacia adelante en una prolongación inevitable; mientras la otra, la que forman los espíritus, se estanca en la intensidad de las pasiones y en las esperanzas nativas no dominadas todavía.

Pensativo, abatido, descorazonado, fijos mis ojos en el cielo tan puro, tan luminoso, tan bello, tan plácido, que se extiende centellante sobre mi cabeza, y me parece que las estrellas, girando en honda incoherente, trazan sobre el fondo azul estas tres frases disparatadas que me obsesionan:

«Batlle ha declarado la guerra».

«El gobierno se ha sublevado».

«El gobierno ha declarado la guerra y sus ejércitos marchan apresuradamente sobre las jefaturas administradas por los nacionalistas».

Y me asalta una duda, una duda que al final me obliga a exclamar en voz alta:

—¿Pero mi país, es un país civilizado?

Miro en torno mío a la luz mortecina de los fogones que empiezan a decrecer y extinguirse, sólo veo rostros tristes, frentes pensativas, labios mudos y ojos fijos en el cielo o en la tierra. Nada del entusiasmo bullicioso de un ejército de fanáticos en cuya alma colectiva chispea un ideal; nada de esa decisión alegre de quienes no echan de menos su hogar, la fortuna, la tranquilidad, pues que han ido a la guerra, impulsados por un sentimiento más amplio y más intenso y más cálido. En el rostro de todos aquellos hombres obligados a abandonar sus casas, sus familias, sus ocupaciones, ante la amenaza de la leva o del puñal, se cierne algo así como la niebla de una rencorosa resignación.

Sin embargo, yo he visto a esos hombres, muchos ca-

pitalistas, muchos industriales, casi todos hombres de labor, suspender gozosos sus faenas para cooperar a la organización del partido político a que están afiliados; los he visto prepararse, llenos de entusiasmo, para la cercana lucha electoral, y los he visto congregarse, animados, decididos, para discutir proyectos de vialidad y de colonización, expresando sus grandes anhelos de poblar el país de haciendas finas y de arrancar a la tierra los tesoros que guarda avara en su seno.

Por lo tanto, lo que hoy les presenta así adustos y abatidos, es el estupor, la sorpresa de hallarse de pronto en los horrores de la guerra, cuando orientaban sus energías en el sentido de la paz laboriosa. La primera impresión fué como un golpe de maza en mitad del cráneo; el desconcierto que produce el brusco estallido de un absurdo social que hizo exclamar a muchos: «Tenemos un loco por presidente». Esa primera impresión pasará. El uruguayo,—que tiene mucho de su abuelo el charrúa,—no acostumbra pedir gracia. Esos hombres a quienes se persigue como una casta inferior que es necesario destruir, echarán una última mirada entristecida al pago que abandonan, y dejando en ella un adiós postrero a las cosas gratas y a los seres queridos, entrarán serenos en la sombra misteriosa de la guerra.

Ya se han apagado los fogones, ya reina en el campamento el profundo silencio de la campaña, sólo interrumpido de tarde en tarde, por el relincho de los caballos,—que también echan de menos el pago, la soledad del potrero;,—y aún el sueño no viene a cerrar mis ojos, ya diluir en las sombras del olvido mis tristes pensamientos.

Sin embargo, la imaginación, cansada de galopar por las encrucijadas de la duda y los esterales del recuerdo, se amansa, se entrega, como potro rendido al aguijón de la espuela, al golpe del rebenque y al tirón del «bocado».

Una extraña sensación de bienestar me embarga; el

bienestar de la indiferencia, de la resignación al acto consumado. Pienso que ya no tengo familia; pienso que ya nada poseo,—ni aun mi propia vida, que está a merced de la primera bala impertinente que me encuentre en una guerrilla,—y me entrego a las supremas delicias de la existencia animal: comer, dormir.

Y el sueño empieza a acariciarme con sus dedos afelpados; pero no llega bastante aprisa para impedir una última reminiscencia de mi hogar distante, de mi jardín florido y de las noches tranquilas que eran el justo premio a la labor del día. Y apoyada la cabeza en el duro lomillo, humedecida la frente por el rocío de la noche, se me presentan las deliciosas horas pasadas al lado de mi santa compañera. Nuestras cabezas, reclinadas en la misma almohada, velábamos leyendo nuestros libros favoritos, interrumpiéndonos de cuando en cuando para escuchar si era tranquila la respiración de nuestros hijos, que dormían en la habitación vecina... Afectos, delicadas sensaciones de arte... nimiedades que se van borrando y desapareciendo como la luz de la tarde en el avance lento de las sombras del crepúsculo.

III

BUSCANDO A MUNIZ

Muy temprano, mucho antes del día, nos despiertan los clarines con las notas alegres de una diana. Se hace fuego a prisa, y se ensilla entre sorbo y sorbo de «amargo», y poco rato después, ¡a caballo...! ¡marcha...!

El ejército va dividido en tres divisiones: la primera al mando del coronel Francisco Saravia; la segunda a las órdenes del coronel Juan José Muñoz; la tercera comandada por el coronel don Bernardo Berro.

Los escuadrones, con sus respectivos jefes a la cabe-

za, marchan en filas de a cuatro, en orden perfecto. Jefes, oficiales, soldados, todos van bien empilchados, muchos lujosamente vestidos, ostentando rico herraje sobre pingos gordos y escarceadores. La caballada es inmensa, pues raro es aquel que no lleva su caballo propio, y se cuentan por centenares los que han alzado sus tropillas.

Los espíritus empiezan a serenarse, adaptándose a la nueva situación; se conversa, se ríe, se jaranea y si todavía no se sueña con victorias, se tiene ya la decisión de una resistencia indomable y el propósito firme de hacer pagar bien caras al gobernante temerario su torpeza y su crueldad.

Vamos al encuentro de Muniz, y es muy difícil explicar el sentimiento que hace nacer ese nombre en los corazones de los perseguidos. Es una mezcla de odio y de desprecio; con el odio y el desprecio a que se hace acreedor un enemigo injusto y fuerte, rencoroso, vengativo, inclemente en la persecución a los que fueron sus compañeros de ayer, sus hermanos en ideas, en aspiraciones y en sacrificios.

A medida que el sol se eleva, extendiendo su alegría sobre las verdes cuchillas, las conversaciones se animan, la tristeza se adormece en aquellos pechos de varones fuertes; pero de pronto alguien nombra a Muniz o a Batlle, y los rostros se contraen en expresión severa.

¡Muniz, Batlle!... Esos dos nombres aparecen siempre juntos en los labios de la hueste nacionalista. ¡Batlle, Muniz!... El mismo delito de deslealtad los une, los iguala. Sobre esos dos nombres pesa el odio y se cierne la amenaza, y así se explica que el ejército marche alegre al encuentro del caudillo gubernista sin preocuparse de las deficiencias de su armamento y de su organización.

—«¡Muniz, Muniz!»—me dice un indio viejo que no sabe cuantos años ni cuantas cicatrices tiene,—«le dan

menta, no más, porque aquí a cualquier palo le hacen punta; pero vea, es más bruto que yo!»

Me parece que mi correligionario, por modestia, exagera un poco; pero no creo gran cosa en las condiciones napoleónicas del generalísimo batllista y encuentro en cambio gran verdad en la frase de Villebois de Mareuill, el heroico jefe del estado mayor transvaalense:

—«Mis hijos, las buenas armas y la buena instrucción, valen mucho en la guerra; pero también valen mucho el saber que se defiende una causa honrada, que *debe triunfar*, y el tener un corazón decidido a *hacerla triunfar*.»

Hemos andado todo el día, y al obscurecer acampamos, habiendo recibido la noticia agradable de que el general Saravia, con un ejército de seis mil hombres, ha batido a Muniz en la Ternera, obligándole a retroceder precipitadamente.

El día siguiente, muy temprano, reanudamos la marcha, contentos con la esperanza de la pronta incorporación; pero esta alegría no dura mucho. De pronto, la columna hace alto, y cambiando de rumbo comenzamos a desandar lo andado.

¿Qué ocurre?

No puedo averiguuarlo; pero me inclino a creer que algo bastante desagradable, porque los tres jefes han conferenciado con gran misterio, y al concluir la conferencia, el rostro plácido de don Pancho Saravia se había ensombrecido, don Bernardo Berro, llevaba erizados los bigotes y las cejas, y Muñoz mascaba nerviosamente el habano.

Vamos hacia el Avestruz, buscando vadear el Olimar Grande con rumbo a Nico Pérez, propablemente con intención de salirle a la cruzada al ejército gubernista en fuga.

Se anduvo todo el día, en una jornada monótona, y al siguiente me dijeron que, por una orden mal trasmitida o mal interpretada, habíamos marchado en dirección a

Cerro Largo, buscando la incorporación de Aparicio, en vez de dirigirnos con rumbo a Nico Pérez, para salirle al frente a Muniz.

Después he sabido que si esa operación se hubiese realizado como fué ideada, la guerra se habría iniciado con una estruendosa victoria nacionalista.

En efecto, Muniz, cuyo ejército no alcanzaba a dos mil hombres, había avanzado sobre Cerro Largo, con intención de *torear* a Saravia, y llevarlo, engolosinado con pequeños triunfos, hasta un lugar aparente para batirlo. Pero el jefe gubernista no contaba con la energía y la actividad del caudillo del Cordobés, ni esperaba encontrarse con un ejército tan numeroso, y tuvo que emprender una retirada muy semejante a una fuga. En esas circunstancias, perseguido tenazmente por el ejército de Melo, vendría a chocar contra el nuestro, y colocado entre dos fuerzas ocho veces superiores a la suya, su aniquilamiento era inevitable. Las mejores tropas del gobierno,—los batallones de línea,—habían sido destinados allí, perdiendo dos baterías de artillería y el parque bien provisto que llevaban.

No pudo ser.

En marchas forzadas hemos llegado a Nico Pérez, donde se renuevan las provisiones del ejército, y tras corta estadía avanzamos para acampar a dos leguas de allí, junto a un arroyuelo que se retuerce entre las primeras estribaciones de la sierra de Illescas.

El arroyuelo tiene una agua muy pura, muy cristalina, pero en sus márgenes áridas no hay un solo árbol que nos resguarde del sol abrasador y nos brinde leña para calentar agua y asar los churrascos... Y la primera escena de devastación se presenta ante mis ojos: hay que quemar alambrados, porque con este serían dos días sin comer, y tres con el de mañana, dado que, en muchas leguas al contorno, sólo se encuentran hondonadas cubiertas de grama, y cerros que exponen al quemante sol de enero sus blancas calvas de piedra,

Hasta la fecha, el ejército ha marchado con orden perfecto, respetando la propiedad, enviando guardias a las estancias y a las casas de comercio, avanzando por los caminos, carneando lo necesario y eligiendo para esto a los ganaderos más ricos, aquellos a quienes les fuera menos sensible la pérdida.

Ahora, la saña destructora de la guerra empieza. En pocos minutos, por la fuerza de la necesidad, las líneas de alambrado desaparecen, no dejando otro rastro que los hoyos donde estuvieron clavados los postes. Estos arden en los fogones; y los hilos, cortados en mil pedazos, han servido para improvisar armazones de carpas que, con un poncho encima, nos protegen contra la terrible irradiación solar.

Es triste, no solamente por el valor que representan los alambrados destruidos, sino también por los enormes perjuicios que causa su destrucción al vecino: las majadas se alejan, se entreveran, se pierden; los vacunos, contentos con escapar a la monotonía del «potrero», se dispersan en busca de aventuras; las razas se mezclan y, olvidando todas las conveniencias, se entregan a amores desordenados; los animales de aîta alcurnia echan al diablo sus pergaminos y los plebeyos olvidan la distancia... zootécnica que los separa de los aristócratas; aquello parece un baile de carnaval en la Opera, donde todos ocultan el correspondiente número del catálogo para convertirse en simples animales de placer.

Los criadores que durante años y años han estado seleccionando sus haciendas, verán inutilizados sus afanosos empeños por la destrucción de esa línea de alambrado cuyos postes y piques arden en los fogones donde se prepara nuestra cena.

Es triste; pero es la guerra, y la guerra, ya se sabe, es sinónimo de destrucción. ¿No vamos buscando al enemigo para destruirlo a hierro y plomo? Y al fin

y al cabo, ¿qué son los bienes de los hombres, comparados con los hombres mismos?

He pronunciado esta frase en voz alta y el comandante José R. Gómez, que se acerca en compañía del coronel Saravia, de quien es secretario, me ha oído y responde sentenciosamente:

—Sofisma. *Los hombres* son unidades transitorias, cuya existencia es un segundo en el infinito de la vida universal; en tanto que *el hombre*, la especie, para cuya supervivencia trabajan *los hombres*, es eterno. Y los bienes no pertenecen a *los hombres*, sino *al hombre*. Por una ficción, llamamos dueño al poseedor; pero en realidad le corresponden por igual a los que ya no existen y a los que no existen aún.

Y tras esta tirada filosófica, mi amigo se aproxima al fogón, mira el asado con ojos de metafísico hambriento, desenvaina el cuchillo y corta una buena lonja de carne.

Como veo que no está ya dispuesto a discutir, me dirijo al coronel Saravia.

—¿Y usted, coronel, qué piensa?

—Yo también pagaré un tajo,—respondió, y lo hace sin más trámite.

—¿Sabes?, comer y pensar son dos actos imposibles de practicar al mismo tiempo,—me indica Gómez entre mascada y mascada; a lo que protesto exclamando:

—Sí, pero la discusión es de todos y el asado es del dueño.

—¿El dueño...? En tiempo de guerra nada tiene dueño.

—¿Qué le parece, coronel?—exclamé indignado, encarándome con Saravia.

—Qué está medio crudón, pero sabroso.

Y yo pienso que, por poco que el comandante del Puerto y el comandante Pimienta y los otros comandantes, se decidan a honrar mi fogón con su presencia, todos van a ser dueños, menos yo.

Como por primera vez; tras una semana de marcha, vamos a pasar todo un día acampados, se aprovechan las horas, tratando de organizar militarmente las fuerzas.

Los jefes de escuadrón, venidos en conclave, empiezan por votar para segundo jefe de la división Treinta y Tres al comandante Fructuoso del Puerto. Es éste un mozo joven, de poco más de treinta años, rico hacendado, sin más familia que una madre y una hermana que lo adoran.

Muy culto, muy inteligente, muy serio y reposado, es todo un carácter. Valiente sin jactancias, generoso sin ostentaciones, extremadamente modesto, es la primera personalidad civil de Treinta y Tres. Presidente de la comisión departamental nacionalista, presidente de la junta electoral, presidente de la municipalidad, jefe político interino, hubo de serlo efectivo por pedido de la población en masa. Su nombramiento para segundo jefe de la división es recibido con júbilo por los soldados ciudadanos, que tienen por *Frutito* un afecto respetuoso.

Apenas en posesión de su cargo, el segundo jefe, que es de una actividad infatigable, revista los escuadrones, hace reconocer los comandantes y extender las listas de las tropas, revisa el armamento y tiende a todo en esta organización que es necesario obtener al galope.

El mayor Masa, joven oficial argentino, que une al valor y a la vasta instrucción militar una exquisita cultura y una extremada modestia, y que por razones especialísimas no ha podido ser el jefe de estado mayor, acompaña a del Puerto, sirviéndole de auxiliar técnico.

Con celeridad vertiginosa se han arreglado los libros de la mayoría, se han distrubuído los cargos, se han dictado las primeras órdenes del día y no se ha olvidado ningún detalle; preocupándose hasta de los variados farolillos de vidrios de color y de las bandas y brazales de los ayudantes.

De este modo, alegremente entretenidos, nos sorprende la noche y nos disponemos a aprovecharla en profun-

do sueño reparador, poblado de visiones guerreras, de evoluciones, de cargas, de victorias. Poco a poco el medio va produciendo su efecto inevitable, poco a poco la masa amorfa va cristalizando, la agrupación se va convirtiendo en ejército, en virtud de la rígida ley fisiológica de adaptación del órgano a la función.

En cuanto a mi,—convencido de la nula, o por lo menos mínima parte que ha de tener mi persona en los éxitos guerreros,—me propongo dormir sin otra preocupación que gozar de las delicias del sueño.

¡Me lo propongo!... pero no haría un cuarto de hora que dormía, cuando me despierta sobresaltado un rumor sordo, lejano, continuo y los gritos inmediatos de ¡a los caballos! ¡a los caballos!

Me levanto apresuradamente, oigo tiros, voces, órdenes; un correr en todas direcciones, y quedo aturdido, hasta que el comandante del Puerto me zamarrea, diciéndome:

—¡Agarra tu caballo!

¡Mi caballo! En cualquier momento encuentro yo mi caballo en la obscuridad de la noche! Un amigo me lo trae, y preguntando qué ocurre, me respondde con voz que tiembla un poco:

—La caballada..

Yo he oído contar muchas veces, en las largas veladas del invierno, en el comedor de la estancia, episodios emocionantes de las disparadas de caballos; pero siempre creí que era necesario *rebajar algo*, improvisado por la fantasía criolla de los narradores.

Ahora iba a tener oportunidad de juzgar por mí mismo.

No se veía nada; nada más que bultos negros de personas que corrían en todas direcciones, agitando tizones encendidos; pero se oía en cambio el grito de ¡los caballos! ¡los caballos!, repetidos en todos los tonos, de cerca y de lejos, en la extensa zona del campamento. Y dominando esas voces alarmadas, un rumor

sordo, continuo, imponente, que avanzaba con pasmosa celeridad.

A los gritos se unían las detonaciones de las armas de fuego, y se diría que el ejército había sido sorprendido y atacado por el enemigo.

De pronto, el tropel disminuye, se apaga, cesan los tiros y los gritos, se escuchan algunos relinchos distantes y la calma renace: la disparada ha sido contenida por los rondadores.

Me dispongo a soltar mi caballo y acostarme; pero del Puerto me aconseja esperar aún. Y el consejo fué prudente: no habían pasado veinte minutos y el tropel recomienza. Ahora es un trueno formidable, una ola colosal, constituida por miles de caballos que avanzan en carrera desenfrenada, llevando por delante cuanto encuentran. La tierra tiembla bajo el pisar sonoro de millares de cascos; a la gritería infernal de los soldados se unen las descargas de las fusilerías.

Siento la avalancha venir rodando con estrépito terrible; mi caballo asustado, irgue las orejas, bufa y forcejea por escapar. Me doy cuenta del peligro que entraña aquella fuerza bruta, indomeñable, contra la cual no hay defensa posible, y en un segundo la ola llega y pasa delante de mí, produciéndome la más grande sensación de miedo que haya experimentado en mi vida.

Cuando quiero reaccionar, la ola ha pasado, el tropel se va alejando, hasta perderse en las escabrosidades de la cercana serranía; la quietud y el silencio renacen en el campamento.

Pero ya no puedo dormir; mis nervios están demasiado agitados; la emoción ha sido tan rápida como violenta, y ya no es posible el descanso. Por fortuna, otros amigos, en iguales condiciones que yo, se me unen; avivamos el fogón, se pone al fuego la pava con el agua, se prepara el cimarrón y sentados en el suelo, en círculo pintoresco, comenzamos a departir sobre temas diversos.

Alguien me dice:

—«Usted que conoce a Batlle, ¿cómo es Batlle?»

—«Batlle»—respondo,—«Batlle es, ante todo, un gigantón desgarbado, de cuya mole se darán ustedes cuenta con la siguiente anécdota:

«Estábamos una mañana en la redacción de *El Día*, Bixen, Moratorio, Arenas, Sosa, Teófilo Díaz y varios otros. Teófilo Díaz, repantigado en una silla, con las piernas muy estiradas, pensaba no se sabe en qué. En eso se sienten en el patio las pisadas sonoras del director; Teófilo se recoge, pone los pies en los palillos de la silla y exclama cómicamente:

—«La pisada de Batlle es mortal.»

—«Sobre todo cuanto está en *estado alotrópico*,»—agrega riendo Julio Ramón de la Cerda, un periodista treintitresino, agudo y mordaz.

Yo me le sublevo.

—«Es una infamia»—digo—«atribuirle ese vicio a Batlle; yo lo conozco de mucho tiempo atrás y puedo garantizar que es eso una calumnia.»

—«Ya, ya»—responde el comandante Pimienta, un viejo dogo irrascible, que exige en todos la pureza impecable de sus sesenta años, consagrados a hacer reverencias a *Madame La Vertu*.—«Usted lo defiende porque es su amigo.»

—«Su amigo»—respondo,—«no; soy demasiado insignificante para ser amigo de personalidades,—aunque sean personalidades del Uruguay;—pero lo he estimado mucho. El 1.º de Enero de 1903 le escribí una tarjeta en que le decía que «le felicitaba en ocasión del primero de año, esperando saludarlo presidente de la república el 1.º de Marzo; y el 1.º de Marzo le estreché la mano y hasta escribí algo significando mi contento por su elección.»

—«Lo que significa...»

—«Que me equivoqué.»

—«Pero, al fin y al cabo ¿qué es Batlle?»

—«Batlle es un hombre inteligente, honrado, bueno,

generoso, enérgico y de un valor cívico a toda prueba.»

Estas palabras mías produjeron tal alboroto en el fogón, que por un momento creí recomenzaba la disparada de los caballos. La indignación fué tan grande, que muchos se pusieron en pié, y creo que hubo quien olvidando una amistad de muchos años de comunes sufrimientos, tuvo intención de arrojarme un tizón a la cara.

—«No se apuren, no se apuren»—les repliqué.

Batlle es todo eso, pero es, también, extremadamente ignorante, superlativamente perezoso, e inconmensurablemente autoritario. Ha tenido la franqueza de decir *que no lee nada, porque al leer a los otros se pierde la originalidad*. Lo que constituye una torpe disculpa de su haraganería. Porque hay que saber que Batlle tiene pereza hasta para pensar, como si las ideas, antes de salir de sus labios, se fatigasen echando a andar los varios kilómetros de red nerviosa de su corpachón patagón. Juzga el talento de los demás a *pálpito*. Lo he visto hablar entusiasmado de uno de nuestros escritores jóvenes, de su ilustración, de su inteligencia, de la belleza de su estilo, de su lucidez de criterio, y concluir así con esta declaración, que nadie puso en duda:

—«Yo no he leído nada de él, pero me gusta mucho.»

Es capaz de hacer cosa buena, pero si echa a andar por senda extraviada, seguirá en ella, no tanto por capricho, por tenacidad, como por no tomarse el trabajo de buscar otra. En lo demás...

—«¡En lo demás es peor!»—me interrumpen; y los tertulianos del fogón en masa protestan, gritan, gesticulan, impidiéndome que reconozca una sola cualidad buena al actual presidente.

—«Pa mí»—dice un paisano viejo, que desde la guerra grande es labrador en tiempo de paz, y capitán en tiempo de guerra.—Pa mí, *Balles* es lo mesmo que Muniz. Se pueden acollarar con un hilo de coser sin miedo de que revienten la collera».

Hay, sin duda, excesiva severidad en el juicio de mis hermanos de infortunio; pero, para ellos, que debieran estar familiarizados con las monstruosidades de las guerras civiles, no tiene explicación, ni atenuación, la monstruosidad que implica la agresión de que hemos sido víctimas.

El recuerdo del rancho, donde quedaron sin amparo, la madre anciana, la campesina hacendosa y los pobres pequeñuelos; la visión del campito donde pacía el rebaño con tanto mimo, cuidado, y la chacra donde el maíz alegra imagen del hogar,—que es la imagen de la patria,—la imagen del hogar perdido, las ilusiones achicharradas como sementera por helada intempestiva, las esperanzas aventadas a los cuatro vientos, todo eso se convierte en hiel, amarga y enturbia el alma del paisano bueno, que había hecho una picana con su lanza y había guardado en el fondo del baúl la divisa guerrera, como reliquia de una época muerta. Pesa sobre él, como sobre su padre, como sobre su abuelo, una parte de responsabilidad en las sangrientas turbulencias que enrojecieron la aurora nacional. Le han echado en cara tantas veces su inquietud guerrera y tantas veces le han repetido que la guerra civil es un crimen, que hoy tiene derecho para alzarse iracundo y apostrofar al presidente Batlle gritándole:

—¡Criminal!

IV

ILLESCAS

Como de costumbre, levantamos campamento al rayar el alba, e íbamos alegres, porque se nos dijo que antes de llegar la noche nos incorporaríamos al general Saravia.

¡El general Saravia!

Los que le conocían, los que habían sido sus sol-

dados en el 97 y habían sido testigos de sus proezas, pronunciaban su nombre con una solemnidad casi religiosa; y los demás, los muchos que sólo sabían de él lo que contaba la leyenda, estaban ansiosos de verle.

¡Aparicio Saravia!

Su nombre tenía un mágico prestigio, pero un prestigio extraño que no lo lograrán comprender jamás los hombres de ciudad, los que no han vivido en el ambiente cálido del campo, los que no conocen el alma del morador de las soledades gauchas.

La explicación del porqué de ese prestigio la hallará el lector,—si me acompaña en mi viaje retrospectivo,—en las acciones mismas del caudillo más grande y más noble que ha nacido en tierras de charrúas.

Pero antes de saber lo que es, es bueno que se sepa lo que dicen que es.

Un gaucho analfabeto.

Un compadre.

Un díscolo.

Un ambicioso.

Un general sin aptitudes.

Un guerrillero audaz.

Y, finalmente,—según Muniz,—«un portugués fanfirruña.»

Si yo no estuviese recibiendo impresiones, ni el momento no fuese inapropiado para hablar con la voz severa de la ciencia, si no tuviese la seguridad de que habría de juzgarse como ridícula pedantería una excursión al campo de la morfología social, me permitiría recordarles a quienes con tanta suficiencia juzgan al jefe nacionalista el apotegma de Wirchow:

Omnia celula a celula et in celula,

Y entonces, alguien que vea en los acontecimientos humanos algo más que un juego de azar, algo más que una suerte de dados; alguien que no sea bastante torpe para combatir la tisis con pastillas de opio, se echará a

buscar el por qué de ese respeto que 20,000 hombres profesan al hombre que los guía. Y como esos hombres ni visten plumas de ñandú, ni llevan vinchas de piel de siervo, ni usan flechas de urunday, ni pescan tarariras con beleño, no es posible suponerlos una tribu sin voluntad que va de aduar en aduar; vagando por lomas y alamedas, al sud y al norte, al naciente y al poniente, siguiendo el penacho de plumas multicolores del calcique...

Pero esas cosas no interesan.

Hemos dejado Nico Pérez atrás y avanzamos por la falda de una sierra cuyos picos se ven azulados en la distancia. El sol brilla con intensidad abrasadora haciendo penosísima la jornada por aquellos parajes áridos, donde se andan leguas sin encontrar un mal regato, un manantial de aguas salobres, un charco de agua turbia y caldeada.

Sin embargo, el entusiasmo no decae por un momento. La columna, consideramente engrosada con importantes y contínuas incorporaciones, ha adquirido ya una marcialidad de que carecía en las primeras jornadas. Los escuadrones, con sus jefes al frente, marchan bien alineados en hileras de a cuatro. A ambos lados van los carros con municiones y pertrechos; y, más afuera, la masa enorme de las caballadas. Doble fila de flanquadores resguarda los lados, vigilando lo que pueda venir de afuera, impidiendo al mismo tiempo que nadie se aparte y salga de formación. A ninguno es permitido llegar a las casas sin licencia y, en las pulperías, hay guardia expresa prohibiendo que se despachen bebidas, y cerciorándose de que todo lo que se compra es pagado. Lo que da lugar a que los comerciantes piensen que, al menos por ahora, la guerra se presenta como pingüe negocio.

Con charlas alegres, gritos y cantos, la muchachada trata de olvidar las fatigas de la penosa jornada. Además, la esperanza de encontrar pronto al enemigo y reci-

bir el bautismo de sangre, los inflama; tanto más cuando que ese enemigo es Muniz, el caudillo apóstata, el implacable perseguidor del 97, el que fué entonces el brazo más fuerte del tiranuelo Idiarte Borda, como piensa serlo ahora de Batlle.

Así, cuando a medio día llega la noticia de que el ejército gubernista está cerca, que quizá dentro de horas tendrá lugar el primer encuentro, el entusiasmo es indescriptible. Los vivas al ejército nacionalista y a Saravia atronaron los aires, las lanzas se blandían sa-,cudiendo las banderolas azules y blancas, el entusiasmo dilató los pechos y en un instante desapareció hasta el recuerdo de las fatigas pasadas hasta el día.

Habíamos hecho alto y echado pié a tierra, permaneciendo con el caballo de la rienda.

Al frente, los tres jefes conferenciaban, Berro, huraño como siempre, Muñoz con la misma sonrisa irónica y el infaltable habano entre los dientes, Saravia impasible.

—«¿Qué hay, coronel?»—le preguntó a este último.

Y él, sin alterar en lo más mínimo su rostro plácido y su vocesilla casi infantil, me responde:

—«Parece que ahí están los *bichos*».

Se desprenden partidas exploradoras, se preparan las armas, se ensillan las reservas... y como no existe prueba alguna de que sea mejor morir en ayunas que con la barriga llena, construimos fogones, calentamos agua, *amargueamos* y churrasqueamos.

Dos horas más tarde llega un chasque, se monta a caballo y la marcha prosigue tranquilamente.

¿Y el enemigo?

Desaparecido.

La noticia produce tristeza en las filas nacionalistas, cuyo anhelo es ir cuanto antes a la pelea a fin de concluir pronto con la guerra, que todos abominan.

Sin embargo, muchos se entusiasman, por que ha circulado con insistencia el rumor de que el ejército gu-

bernista, tenazmente perseguido por el general Saravia, huye en completa desmoralización.

«Esto va a ser como el entierro de Quiroga: al galope y lloviendo»—exclama un táctico de chiripá y alpargatas.

—«Ni carrera»—agrega un mulatillo harapiento, cuyas motas salen en penacho por la agujereada copa del sombrero, donde ancha divisa blanca ostenta el lema: —«¡No es mi carrera!»

Por mi parte, no estoy muy tranquilo. La maniobra de Muniz me parece muy clara: llevarnos al interior del país antes de que nuestro ejército se organice y se arme debidamente, y allí ahogarnos echándonos encima todas las tropas de que dispone el gobierno, y que pueden llegar rápidamente por ferrocarril. De esa manera el nacionalismo quedaría aniquilado de un solo golpe y el presidente se vería libre de las pesadillas que atormentaban su sueño. Pero los amigos a quienes participo mis temores responden que el general Saravia es demasiado vivo para caer en una ratonera semejante y que ha manifestado su intención de no librar batalla sino con grandes probabilidades de éxito, economizando, cuanto fuese posible, las vidas de sus soldados.

—«Me llaman *ñandú*, y los he de volver locos a gambetas»—dicen que dijo en Melo.

De todos modos, disgustado por la incertidumbre, continuamos tranqueando, internándonos cada vez más en las escabrosidades de la sierra de Illescas.

El sol, que durante todo el día nos ha castigado con su aliento de fuego, se ha ocultado de pronto; el cielo se nubla, truenos roncos retumban a lo lejos, los relámpagos se suceden trazando en la bóveda obscura caprichosos y fugitivos rasgos de luz, e instantes después la lluvia comienza a caer torrencialmente.

—«Anuncio de pelea»—dice un veterano.

El 15 de enero amanecimos acampados a orillas de

un riacho, teniendo al frente una empinada loma coronada por los altos picos de la sierra.

Había llovido mucho; el llano filtraba agua y el sol no era bastante fuerte para secar nuestras ropas empapadas. Descalzos, arremangados hasta por encima de la rodilla, bregábamos por hacer fuego con ramas húmedas, difícilmente conseguidas.

Sobre la vera misma del arroyito blanqueaba la carpa de la mayoría. Junto a la carpa había un fogón grande a cuyo alrededor estaban sentados, tomando mate, el coronel Saravia, el mayor Galarza, José Gómez y otros oficiales. En el interior el mayor Masa, Fructuoso del Puerto y el que estos apuntes escribe, trabajábamos verificando las listas de revista, extendiendo órdenes del día, apresurando la organización de las fuerzas. Nuestras ideas no eran muy alegres, pues habíamos constatado que la división contaba con mil cuatrocientos hombres y solamente seiscientas armas de fuego y unos centenares de lanzas. Felizmente la munición era abundante y había esperanzas fundadas de conseguir armamento en breve.

Serían las 10 de la mañana. El sol, luchando con las nubes llenas de agua que erraban por el cielo, lucía a veces esplendoroso, y a veces se ocultaba avergonzado. Mal o bien, nuestras ropas iban secándose, y vino a devolvernos todo el buen humor la presencia de una tropa de novillos que nos garantizaba pronto almuerzo. Corrían los enlazadores, oíase el mugido de las reses y formábase rápidamente los grupos pintorescos de las carneadas.

De pronto, la alegre faena es interrumpida por los clarines que tocan a ensillar. Sigue un momento de soblesalto, de inquietud, una interrogación muda y penosa.

Pancho Saravia, que ha sido el primero en estar a caballo, se pasea seguido de sus ayudantes, dando órdenes, apresurando la formación.

Creemos que vamos a marchar precipitadamente en busca del enemigo. Pero no resulta así: el enemigo está encima nuestro.

—«¡A formar los tiradores!»—se ordena.

Y luego:

—«El parque, los carros de equipaje, y la gente desarmada, retirarse a retaguardia».

Pienso que esta vez va de veras, que la guerra, con todo su horror de sangre y crueldades, va a empezar, al fin, mi vista ansiosa recorre el horizonte tratando de grabar en la memoria el vasto panorama que quizá no vuelva a ver jamás.

A retaguardia, bastante lejos, se ven las caballadas recogidas, formando grandes manchones negros y circulares, en una inmovilidad que impresiona. Después por acá, por allá grupos más o menos compactos de gente sin armas, que espera, a caballo, emocionada y entristecida, el resultado del drama que va a iniciarse y que están condenados a observar como simples espectadores, no obstante sus deseos de tomar en él parte activa. Hay algunos que lagrimean, considerando vergonzosa aquella forzada pasividad: hay otros que no logran resignarse a ella, y van de grupo en grupo preguntando con bizarra ansiedad:

—«¿Quién me presta un fusil?»

Y hay otros, más inquietos, que espolonean el caballo y se incorporan, desarmados, a los tiradores que están alineados en guerrilla sobre la falda de la loma que corona nuestro frente.

Mientras se tiende la línea reina un silencio grande, solemne, en el cual parecen perderse las voces de mando y el ruido de los cascos de los caballos en el continuo galopar de los ayudantes.

A mi lado está un jovencito de Treinta y Tres, un muchacho de dieciseis años, cuyos ojos negros brillan extrañamente en medio de un rostro pálido, y cuya ma-

no,—una mano de mujer, pequeña, blanca, cuidada,—oprime nerviosamente el mauser.

—¿Tienes miedo?—le pregunto.

Y me responde con voz ronca:

—Sí, tengo miedo de tener miedo.

Siguen todavía unos instantes de ansiosa inmovilidad. Luego, el carín de órdenes toca a la carga, y tres escuadrones a las órdenes inmediatas del coronel Saravia, parten al galope, escalando la lomada hacia la izquierda. En seguida, los tiradores restantes, conducidos por Fructuoso del Puerto, avanzan hacia la derecha, desplegados en guerrilla.

Todavía no se ve nada, ni se oye nada. Las altas crestas grises de la sierra cortan el horizonte, ocultando al enemigo.

A trote y galope, dominamos la colina, cruzamos un bajío y trepamos el primer escalón de las asperezas de Illescas. Allí hacemos alto.

Tendiendo la vista veo, a lo lejos, muy lejos, una nubecita grísea.

—«Son las guerrillas»—me dicen.

—Sin embargo, aún no se distingue la tropa ni se oye un tiro, a pesar de que hace muchas horas que el grueso del ejército está peleando.

Miro para atrás y un espectáculo imponente se presenta ante mi vista. La dilatada superficie que se divisa desde lo alto, está materialmente cubierta de puntos negros. Son las caballadas, los miles de caballos del ejército, los mlies de hombres sin armas, que esperan, en obligada inacción, el resultado de la batalla.

Me afano en observar, en darme cuenta, en calcular el número de gente allí reunida, pero no tengo tiempo; la guerrilla avanza de nuevo, sube un nuevo escalón, y allí hace alto. La mitad echa pie a tierra, manea los caballos y avanza. Allá, a mucha distancia, aparece una guerrilla enemiga, que en seguida se pierde tras la nube blanca de la primera descarga. En seguida

aparecen otras fuerzas, y otras y otras, por todas las alturas, sobre todas las crestas. Los fusiles braman en una extensión de más de una legua. Pero como el enemigo está lejos y tenemos orden de economizar cartuchos, siguen avanzando sin hacer fuego. Las balas adversarias pasan por sobre nuestras cabezas, aturdiéndonos con su lúgubre silbido, pero sin ocasionarnos ninguna baja.

Recién al llegar a unos cuatrocientos metros de la línea gubernista, se manda romper el fuego. Entonces una gritería infernal se une al estruendo de los fusiles. Un soldado cae aquí, otro más allá; la sangre empieza a correr, el humo de la pólvora embriaga como un licor espirituoso, y se avanza con rabia, desprenciando la muerte, ofreciendo a las balas aquellas vidas que ya no nos pertenecen.

Y no vi nada más.

La segunda brigada de la brava división Treinta y Tres, mandada por del Puerto y Masa, dos muchachos heroicos, continuó avanzando bajo el fuego temible de las infanterías gubernistas; pero como yo no tenía un fusil, ni una lanza, *ni un* mando, y tenía miedo, en cambio, di media vuelta y eché a andar, al trote, hacia la retaguardia.

No tardé mucho en encontrarme con la masa enorme de gente desarmada, que, al ver nuestras guerrillas cejar, perdiendo terreno, empezaba a agitarse como un rodeo que amenaza disparada.

En ese instante el fuego arrecia, el cañón enemigo truena sin cesar: nuestra ala izquierda, la urbana de Melo, cede ante el empuje de tres batallones de línea; la mitad de la división Treinta y Tres se repliega custodiando a su jefe, el coronel Saravia, que viene herido; la otra mitad lucha desesperadamente defendiendo las carretas que conducen el parque y que es necesario bajar desde lo alto de la sierra, a fuerza de puño. El enemigo se encarniza; llueve la metralla so-

bre el pequeño montón de héroes; las granadas revientan en el aire; produciendo más ruido que estragos, la fusilería se vuelve un infierno de detonaciones.

Paso a paso, palmo a palmo, nuestras fuerzas retroceden. Es la derrota. Y la inmensa mole de gente desarmada pierde toda esperanza, se sobresalta, y el desbande empieza.

—«Estamos perdidos, estamos perdidos,»—se oye repetir en todas partes; y los hombres se van en grupos de veinte, de cuarenta, de cien, de doscientos. Es en vano que el comandante Cabrera corra blandiendo la lanza y gritando:

—«¿Se van a dejar aura arriar como tropa e chanchos?—Den guelta, no disparen, que el baile recién empieza.»

Es en balde que *Aparicio chico*,—el hijo del general,—galope, implorando con lágrimas en los ojos, que no se vayan, que no se desbanden, que no huyan.

El pánico domina; yo me veo envuelto en aquella ola, contemplo el desastre y, presintiendo las consecuencias, exclamo desesperado y en voz alta:

—«Esto es el sepulcro de la libertad, es el alma de la patria que estalla. ¿Quién juntará sus pedazos? ¿Quién reunirá todas esas energías que se dispersan?»

—«¡Yo!»—dice a mi lado una voz varonil de extraña energía.

Miro a mi interlocutor, y veo un mocito de pequeña estatura, de rostro moreno sombreado por escaso bigote negro, de lucientes ojos pardos y de duro mentón. Un sombrero blanco, de alta copa, cubre su cabeza; un poncho blanco de finísima vicuña viste su busto; sus piernas nerviosas castigan los flancos del tostado de raza.

—«¡General!»—exclamo dominado por la mirada de águila del héroe; y ya el general no está allí; y a poco aquella masa, blandita como pulpa flaca, se transforma en músculo resistente. Y mientras los fusiles y los cañones enemigos rugen rabiosos en las abruptas concavi-

dades de la sierra, el ejército nacionalista, formado en columna, se retira al tranco, sin sentir la derrota, sin temer nada: el general ha pasado entre las filas inspirando confianza.

V

EN RETIRADA

La voz ronca del cañón ha cesado ya; la fusilería continúa a nuestra espalda entre la vanguardia gubernista y débiles guerrillas nuestras que van sosteniendo la retirada, que se efectúa al tranco, en formación ordenada.

Delante van las carretas del parque marchando con la perezosa lentitud de sus tiros de bueyes, luego siguen los carros, carruajes y jardineras que transportan los heridos. A los flancos, las innumerables caballadas. Detrás, en tres columnas paralelas, el ejército.

Declina la tarde cuando trasponemos el Paso del Pescado. Allí el mayor Antonio Galarza, tiende doscientos tiradores de la división Treinta y Tres, con la misión de detener el ejército perseguidor, cuyas avanzadas se estrellan ante la tenacidad de aquel grupo de valientes.

Nosotros continuamos la marcha hasta las 9 de la noche, en que hacemos alto y acampamos en una llanura barrosa, surcada por estrechas zanjas que rebosan con el agua de las recientes lluvias.

En la noche obscura, tormentosa y de un calor sofocante, el silencio es terrible. No se oye una voz en el campo donde están aglomerados tantos miles de hombres, y lo que más me admira es no oir el quejido de los heridos. Y, sin embargo, los infelices deben sufrir bastante, apiñados en carros y carruajes, desangrando, sin ninguna curación todavía.

A poco, el campo se enciende con las luces rojizas de los fogones. Malgrado el cansancio de todo un día de lucha, nadie tiene sueño. No hay carne y se engaña el hambre con mate amargo.

Rodeando el fogón, comentamos los últimos acontecimientos, que al principio aparecían confusos, inexplicables, pero que ya se conocen en casi todos sus detalles.

Se sabe que el general, consecuente con su promesa, no pensó dar batalla y que su marcha al Sud debía tener por término Mansavillagra. Una vez hecho volar el gran puente del ferrocarril, emprenderíamos la retirada, desenvolviendo el plan admirable de llevar a Muniz con todo su ejército y dejarlo plantado en la frontera del Este.

¿Cómo se produjo, entonces, la pelea?

Del modo siguiente: Advertido el general de que Muniz estaba en Mansavillagra, mandó al coronel Yarza, jefe de la división de Cerro Largo, que fuera a descubrirlo. Este jefe, interpretando mal la orden, se avunturó con toda su columna, y hasta con el parque, en las gargantas de la sierra. Repentinamente atcacado por los regimientos 2.º y 6.º de línea y los batallones de infantería 4.º y 5.º, tuvo que sostener una lucha desesperada. La valiente urbana de Melo hace frente a un enemigo diez veces superior y muere junto a las carretas, donde los bárbaros de Galerza,—que creen haber hecho una heroicidad sableando a aquel grupito de bravos,—concluyen la obra ultimando a los heridos, avergonzando, no ya al ejército gubernista, sino, a nuestro país entero, con salvajes escenas de degüello. Y las fieras, en cuyas almas negras parecía revivir el instinto implacable del pasado, llevaron la ferocisidad hasta degollar a los muertos!...

La imprudencia de Yarza obligó a generalizar la pelea, entrando al fuego los tiradores de Nepomuceno Saravia, de Muñoz y de la división Treinta y Tres.

Era necesario salvar el parque, y salvarlo de entre las gargantas de la sierra con sólo dos mil tiradores contra un ejército de las tres armas, compuesto de catorce mil hombres, entre los que formaban las mejores tropas gubernistas.

¡Y el parque se salvó!

Al obscurecer de aquel día, que nos hubo de ser funesto, el ejército nacionalista estaba en salvo.

Pasados los primeros momentos de estupor, una gran luz de esperanza inundó nuestras almas y una inmensa alegría llenó nuestras filas, haciéndonos confiar en el triunfo futuro.

¡Cómo! ¿Catorce mil hombres armados y disciplinados; catorce mil hombres provistos de cañones y ametralladoras, nos sorprenden desarmados e inorganizados y no logran vencernos tras diez horas de combate?...

Nuestros dos mil fusiles, nuestros dos mil reclutas, estorbados en sus movimientos por la masa enorme de gente desarmada, resisten y detienen al poderoso ejército que viene a darnos caza.

Tras diez horas de pelea, durante las cuales Muniz ha estado echando fuerzas sobre fuerzas, batallones sobre batallones, como si intentara ahogarnos con una lluvia de balas; tras diez horas de un cañoneo atronador que en la mente de los tácticos batllistas debían pulverizarnos, nuestras columnas amorfas se retiran en orden perfecto, conduciendo todos sus heridos y acampan con la mayor tranquilidad a tres leguas del lugar del combate.

¿Qué nos ha costado este primer encuentro?

Un escaso centenar de bajas que el enemigo ha pagado con el doble.

Seguros ya que el enemigo no logrará detenernos, de que ni sus numerosos batallones ni su pretenciosa artillería serán capaces de dispersarnos, llevamos la convicción de que una vez obtenido el armamento con que contamos, una vez en condiciones de dar el frente, los batllistas no podrán resistir nuestros empujes.

La superioridad gubernista estriba sólo en las armas. En cuanto a las fuerzas de línea, recuérdese que son cuatro cuerpos, mil y tantos hombres, perdidos entre los 14,000 milicianos que constituyen el ejército de Muniz. Esas milicias, formadas con ciudadanos de distinta filiación política,—muchos nacionalistas bastante indiferentes y todos llevados a la fuerza, arrancados de sus hogares o cazados en los montes donde buscaban refugio, se diferencian de nuestras milicias en que visten uniforme... y en que no arde en sus corazones el santo sentimiento de la patria, por cuyas libertades, por cuyo honor, por cuyo porvenir estamos dispuestos a rendir la vida.

Y además, este ejército en embrión tiene por jefes a ciudadanos de temerario arrojo, cuya sola presencia electriza a los amigos que le siguen.

Y además, a su frente, tiene al singular caudillo de sombrero blanco, de voz afable y de mirada dulce, en cuya pericia se confía ciegamente.

Pueden todavía esperarnos reveses de mayor o menor importancia; comprendemos que nos amenazan días duros de marcha sin descanso ante el enemigo que ha de perseguuirnos con empeño; pero llevamos la victoria con nosotros, envuelta entre los pliegues de nuestra blanca bandera de justicia.

Un ideal puro y la fe en el triunfo, son el triunfo mismo. ¿Qué importan las fatigas, que importan los sacrificios, si al final de la jornada podemos saludar a la patria libre; si los sobrevivientes de la cruenta lucha pueden contemplar la aurora que ponga término a la larga noche institucional que avergüenza a la tierra uruguaya?

Nos entristece el convencimiento de que la contienda se prolongará por meses y por meses, desarrollando sangrientos cuadros de horror. «Es la guerra por la paz», ha dicho uno. Y el general Saravia, ese mismo general Saravia a quien los publicistas de Batlle pintan como un ogro sanginario, como un neurótico inquieto que vive

soñando revoluciones, ha glosado esa frase, exclamando en medio de su ejército: «Es necesario que esta guerra sea la última que azote a nuestra patria».

VI

DIAS DE PRUEBA

El descanso que nos era tan necesario fué aquella noche varias veces turbado por las disparadas de la caballada. Nadie dormía ante la ameneza de quedar a pie al lado del enemigo que seguramente habría de atacarnos en las primeras horas de la mañana.

Y así fué. No clareaba aún, y ya emprendíamos la marcha, muertos de sueño, de fatiga y de hambre, sintiendo a nuestras espaldas el retumbo incesante de la fusilería enemiga.

Desde entonces, todos los días, en cada paso debía repetirse la misma lucha: el enemigo forcejeando por sablearnos, furioso de verse detenido por un pequeño grupo de tiradores que combatía de la mañana a la noche, dando tiempo a que el ejército adelantase una jornada sobre su perseguidor.

El día 16, con un sol terrible que descargaba sobre nosotros una verdadera lluvia de fuego, anduvimos leguas y leguas, haciendo alto al caer la tarde para proceder a la curación de los heridos.

Y la tristeza que nos producía aquel espectáculo, fué aminorada con la incorporación de las divisiones del Durazno, Rivera, Flores y Paysandú, que nos traían un contingente de más de cuatro mil hombres, casi todos bien armados. Entre ellos llegaba el veterano coronel González, aquel giigante cuyo heroismo era legendario y cuya presencia se ansiaba en el ejército. Este no podía estar completo sin el asombroso guerrillero del 97.

Más tranquilos con aquel refuerzo que nos aseguraba la retirada, y entusiasmados sobre todo por las proporciones enormes que adquiría el ejército, seguimos avanzando, por las hermosas colinas de los campos del Durazno.

El día, seco, abrasador, nos castigaba con las torturas de la sed, unidas a las ya viejas del sueño y del hambre.

En esa marcha, alejándome en busca de agua, llegué a un ranchujo que, como un nido de pájaro grande, se abrigaba entre unas rocas gríseas. Cuatro paredes de palo a pique, una techumbre de paja desgreñada por los vientos, y una sola abertura por puerta. Junto al rancho, sentado sobre un tronco de ceibo, un hombre viejo harapiento miraba con aire indiferente el desfile del ejército. Al verme, levantó la cabeza, una cabeza poblada de inmensa melena de un colir blanco sucio, y sin responder a mi saludo:

—¿Son los blancos?—me preguntó.

—Sí,—respondí con cierto orgullo. Son los blancos. ¿Ha visto usted tantos juntos?

—¡Phs!—respondió.—Cuando el otro Aparicio...

Y luego, con el rencor de las épocas lejanas por las épocas nuevas:

—¡Pero entonces no juian!—agregó.

—Cuando el otro Aparicio—continuó, medio cerrados los ojos turbios, como si evocara el tiempo remoto de sus mocedades,—«éramos nosotros los que llevábamos la salvajada a chuza y bola, como en *recogida* de ganao montaraz».

—¿Y a usted le gusta la guerra?

—Vea; tuitas estas canas que tengo me han salido sufriendo pellejerías en las guerras y he visto tantas cosas... ¿diga, degüellan aura?...

—Parece que sí. Ellos degüellan.

El viejo permaneció un instante pensativo, revolviendo sus recuerdos; quiso hablar algo, y no pudo; sacu-

dió la cabeza melenuda y al fin balbuceó, sonriendo amargamente:

—«Hacen bien; lo que se ha de empeñar que se funda».

Y su vista colérica se fijó en la deshecha enramada, en el maizal destrozado, en el rodeo donde antes dormían las ovejas, en el campo desierto de haciendas; la guerra había pasado ya por allí, arrebatándole los bienes adquiridos en toda una vida de trabajo rudo.

Una inmensa tristeza ennegreció mi espíritu, y a galope, sin mirar atrás, fuí a incorporarme a la columna en marcha. El odio de aquel hombre, era el odio del país entero hacia al gobernante criminal que había arrojado sobre la pobre patria el pampero asolador de la guerra civil, que había puesto su orgullo y su soberbia por encima de todos los intereses nacionales y que vistiendo de rojo a sus soldados y resucitando el degüello, había removido de las osamentas de la historia para buscar en ellas el hedor de las viejas podredumbres.

¡En cuantas almas ardería el mismo fuego rencoroso! En cuantos hogares se presentaría de pronto la miseria y cuantas madres vestidas de luto llorarían al hijo que le arrebató la guerra!...

Mis tristes reflexiones son interrumpidas de pronto por los ecos del clarín que ordena alto y pie a tierra.

—Estos clarines no saben tocar carneada,—exclamó uno.

Y los clarines le complacieron en seguida.

En la vida animal del campamento, no existe reflexión que no se haga ante la promesa del churrasco y de la siesta. Además, tenemos un nuevo motivo de satisfacción; la noticia del combate de Las Palmas. Los gubernistas se han lanzado furiosos al vado, y la indiada terrible de Paysandú, junto con las bizarras divisiones de Abelardo Márquez y de José González, han hecho en sus filas una espantosa carnicería. Mientras

en el paso se traba una lucha desesperada a doscientos metros de distancia una de la otra, Galarza se ha corrido arroyo abajo, ha vadeado en una picada y flanquea a los nuestros; pero, sorprendido a tiempo, rechazado con singular energía y tiene que repasar el río, dejando en el campo un tendal de muertos y heridos.

Esa tarde fué la venganza de Illescas, y fué quizá la acción más seria de las habidas en los cinco primeros meses de la campaña. Los gubernistas sufrieron allí más de doscientas bajas... y la vergüenza de verse detenidos con su poderoso ejército por unos centenares de tiradores reclutas.

Creíamos poder descansar ahora; pero no es así. El general quiere aprovechar la confusión del enemigo para ganar distancias y proseguimos la marcha rumbo al norte.

¡Y qué marcha!

La noche nos parece tan interminable como obscura. El sueño, el terrible tormento del sueño, golpea en las sienes, arde en los ojos, muerde en las espaldas.

De rato en rato se manda hacer alto, con el caballo de la rienda; y nos tiramos en la yerba, quedando al instante profundamente dormidos. Diez minutos más tarde, el clarín nos despierta, y a caballo de nuevo, más fatigados, más doloridos, más atormentados que antes. Los ojos se cierran, la cabeza,—que pesa como si estuviese llena de plomo,—se inclina y cae sobre el pecho, se aflojan las bridas al bruto y se marcha dormitando.

De tiempo en tiempo un soldado se aleja de la columna, otro cae del caballo. En los altos, no pocos quedan a pie y despiertan azorados clamando por su cabalgadura. Y hay algunos, sin embargo,—los veteranos, los rudos, los hechos a las fatigas,—que encuentran medio de hacer fuego y calentar agua en los diez minutos de descanso. Hacer fuego, calentar agua... y car-

gar la caldera para ir cebando y tomando el mate de a caballo, lo que no me extrañó al verlo, pues ya había presenciado algo más curioso en materia de ingeniosidad milica: hacer un asado en marcha.

Recién a las 10 de la mañana, después de una jornada de veinte horas, fuimos a campar sobre los bañados del Quebracho.

Esa noche nadie se acordó del enemigo, ni de las posibles disparadas de caballos, ni de las necesidades del estómago: ¡dormir! ¡dormir! ¡nada más que dormir!.. De mí sé decir que, no encontrando a mi lado a mis asistentes, «bajé las garras» a mi trotón por lástima; y a pesar de ser más gaucho que pueblero, no desdoblé el maneador, ni saqué la estaca de los tientos, ni *tendí la cama*, ni me quité el poncho siquiera», para arrojarme sobre la paja brava del estero.

¡Dormir! ¡dormir, después de cincuenta horas de vigilia... aunque fuese despertado por el cuchillo de los bárbaros de Galarza!

La mañana se mostró radiosa, con un cielo azul y blanco; un azul intenso de cobalto y un blanco mate de nácar; y en un borde de ese cielo, muy lejos, a los pies de una obscura serranía, el sol se iba alzando tan lentamente, tan lentamente, que la imaginación descubría en su disco rojo la solemnidad triste del abuelo Charrúa... Todas las mañanas de mi tierra tienen algo de augusto; en todas ellas, empañando la luminosidad triunfal, existe una mueca de Quijote que interrumpe la digestión de los Sanchos; en medio de toda esa luz que rie, hay siempre una nubecilla que hace pensar; y en la naturaleza, como el alma humana, el pensamiento es la tumba de la risa.

Alegre clarinada ordena olvidar fatigas.

Con los ojos semicerrados, con el cuerpo mustio, es necesario levantarse de la cama, que, con ser muy dura, la fatiga encuentra mullida y hay que ir por el caballo, ensillar, montar, marchar.

¡Marchar! No sabemos hacia donde, ni por qué; pero hay que marchar.

Muchos han perdido sus caballos. Los *maturrangos* se desesperan, los camperos sonrien desdeñosamente.

Los días de prueba han comenzado; los convencionalismos sociales desaparecen; las almas no tienen vergüenza de mostrarse desnudas, el egoismo empieza a echar flores.

¡Y qué flores!

En la era de la vida, el oro del trigo rueda pisoteado por la pezuña de la yeguada cerril. ¡Es la ley de las compensaciones! La lechuza es el águila de las noches obscuras.

Sobre todas las disertaciones filosóficas, sobre todas las tiradas moralistas, está el principio brutal del triunfo del más fuerte.

Hay que dominar, sea como el yathay, irguiéndose a fuerza de músculo, sobre la turbamulta de la selva; sea como el cipó, trepando astutamente por las ramas del yathay. ¡Desconfiando en la virtud de sus hojas afelpadas y en el perfume de sus flores!

En la síntesis de la vida, la belleza es la fuerza, y la fuerza, la emulación de la necesidad del momento y los medios de obtenerla, la fuerza es el coronilla que opone su torso férreo al huracán, y es el mimbre que se dobla, se arquea, cede, ondula y deja pasar sobre él la onda ensoberbecida del arroyo en triunfo. Cuando la borrasca ha pasado, el coronilla lanza a la selva una mirada severa y orgullosa; cuando las aguas se aquietan y el río baja, el mimbre vuelve a mecerse con su acostumbrada placidez inofensiva: en la vida es necesario ser mimbre o ser coronilla.

A veces, una idea, un sentimiento, una aspiración, una necesidad, agrupa a los hombres y los empuja en un rumbo determinado. Los hombres van allá todos juntos, como van juntas las gotas que forman el cauce del arroyo; pero cada hombre tiene una alma,

cada alma una aspiración, como cada gota un origen y una composición química distinta. Las gotas se confunden; los elementos que la componen, no.

La vida obliga a esas junciones que se asemejan a los matrimonios de conveniencias; ante el público, marido y mujer rivalizan en esfuerzos para demostrar la sinceridad de su unión; en privado, mujer y marido se afanan en destruirse mútuamente para ocultar la parte de indignidad que les toca...

Los clarines han ordenado a ensillar. Se sabe que el enemigo está a retaguardia, muy cerca y muy ganoso de ultimarnos: el que está a caballo sonríe con la profunda satisfacción del egoismo, al ver la cara pálida del pobre recluta que, con el freno en la mano, vaga de un lado a otro preguntando por la cabalgadura que ató mal la noche anterior y no la encuentra ahora. El que va en caballo gordo, le toca el cogote, y al encontrarlo duro, se sonríe sin sentir compasión por el *cajetilla* que ensilla un jamelgo escuálido. Si hay corrida, ¡ay del que monte flaco! Si nos apretan, ¡ay del que haya quedado a pié!

En la existencia, todo tiene su utilidad del momento; en ocasiones se triunfa sabiendo llevar un frac, y en ocasiones la vida depende de saber saltar en pelo; una linda fase suele proporcionar la fortuna y un buen nudo potreador suele salvar la vida.

La muchedumbre ignorante se inclina rendida ante el que la deslumbra con el brillo de su palabra; pero como ningún rendido renuncia a la dulzura del desquite, como no existe ningún ser humano que no goce humillando a sus semejantes, el campero está seguro sobre el lomo de su flete bien elegido, venga a la muchedumbre ignorante riéndose del letrado que clavó mal la estaca, que hizo mal el nudo, o que se durmió sin pensar en que las cuatro patas de su caballo valían más y significaban más, en aquellos instantes, que su ciencia y su talento.

¡Y qué triste cosa es un talento a pie, con el freno en la mano, en nuestras guerras semibárbaras!

¡Cuán cómicas resultan sus indignaciones!

Cómicas y risibles como todas las impotencias, porque sólo el éxito es serio, y sólo el éxito merece respeto.

Los esfuerzos que no conducen al triunfo son como las aguas de los cañadones que viborean por el llano, fugen, espumean y se pierden en la obscuridad de los bañados. A veces en un bañado hay más agua que en un río; pero, ¿a quién impone respeto el agua quieta? ¿Y quién triunfa sin imponer respeto?

La quietud no destruye y para vivir es necesario matar.

La guerra es admirable escuela. Las necesidades van desnudando las almas. Sus hipocresías son las pinturas de los edificios rurales que desaparecen con las lluvias. Se llega a ser lo que es, y cada, hombre en fin, no es nada más que un animal que desea vivir. Puede dar a otro la comida que le sobra. Un día quizá por orgullo, le ceda toda la comida. Pero luego, cuando el hambre le hiere, entre el tigre y el hombre no hay más diferencia que el traje.

¿El respeto?

¡Mentira!

¿La generosidad?

¡Mentira!

¿El altruismo?

¡Mentira!

Desde los primeros eslabones de la escala zoológica hasta la orgullosa máquina fisiológica que se llama el hombre, el más grande, el más efectivo, el más explicable de los sentimientos es el egoismo.

Es el muelle real de la vida.

Yo no sé cuantos arroyos vadeamos en la precipitada marcha al norte; fueron tantos que sus nombres bailan en mi memoria una ronda confusa; tan confusa como los paisajes que he visto y que, a fuer de

sucederse con vertiginosidad de cinematógrafo, no han dejado huella en mi espíritu.

Llanos y cuchillas, cuchillas y llanos; un arroyo ahora, una zanja luego y después otra zanja y otro arroyo; una estancia semejante a la estancia ya vista, un cerro igual a los cien cerros contemplados ya, y por encima de esta monótona repetición de la naturaleza, la influencia abrumadora del medio, en el cual las ideas son como los hijos de esos patos locos que, perdiendo el rumbo del instinto, hacen nido en lo alto de los árboles: apenas salidos del cascarón echan a correr, encuentran el vacío y se aplastan.

Vamos en una completa ignorancia de nuestra suerte y de nuestro destino. Por no saber nada, no sabemos ni cuántos hombres somos, ni con cuántas armas contamos, ni a donde nos dirigimos, ni cuáles son las fuerzas que nos persiguen. Hay quien asegura que nuestro ejército se compone de veinte mil hombres con diez mil fusiles; y hay quienes afirman que con dificultad se contarán diez mil combatientes y la mitad de armas de fuego. En cambio, se confía en numerosas incorporaciones y en un parque que existe... no se sabe donde, pero que existe.

El general lo ha asegurado.

¿El general?...

Extraño personaje que no se ve nunca en el ejército. Su sombrero blanco y su poncho blanco, pasan de pronto, como una visión, y desaparecen en seguida. nadie sabe en qué misteriosa tarea se ocupa, y todos tienen hambre de verle y de oirle.

Un comandante decía:

—«Parece mentira que yo no conozca todavía al general Saravia».

Y Basilio Pimienta, siempre gruñón, responde:

—«Señal de que no ha estado usted donde quemaban las papas: es allí que se ve al general».

—«Yo lo ví cuando cargó a lanza en Illescas»—excla-

mó uno de los que, sin duda, había estado *donde quemaban las papas*.

—«No fué en Illescas, fué en Las Palmas que cargó el general»—rectifica otro.

—¿Usted lo vió?—pregunta imperiosamente Gómez.

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Dicen todos.

—Todos los que lo dicen, mienten.

Durante una hora la discusión continúa.

—«Fué Noblia quien cargó en Las Palmas, no fué el general».

—«Noblia no tiene un lancero; quien mandó la carga en el paso fué el comandante Saavedra».

Y por mucho tiempo la controversia siguió apasionando a todos, hasta que vino a saberse... que ni en Illescas, ni en Las Palmas, ni en parte alguna había habido tal carga de lanceros.

¡La verdad histórica!... Y existen personas bastantes cándidas para creer en los que nos cuentan de las épocas remotas, cuando los hechos inmediatos se nos muestran vistiendo tantos trajes como personas los relatan!

La tenaz persecución del enemigo, que todas las mañanas aparece fogueando nuestra retaguardia, sin permitirnos un día de descanso, no impide que la familia, la tribu de los primeros días, vaya adquiriendo la organización y la contextura de un verdadero ejército.

Esa misma persecución no acobarda, no desmoraliza, porque se tiene el convencimiento de que vamos a la frontera en busca de armas y de que una vez armados no podrá resistirnos el ejército del gobierno.

Los vecinos que ven pasar esa inmensidad de gente, esas columnas bizarras que marchan al compás de músicas guerreras, no creerán de fijo, que es este un ejército que huye. La admiración y la simpatía nos saluda en todo el largo trayecto; admiración por nú-

mero enorme, simpatía por nuestra conducta correcta, nuestro afán en reducir a las menores proporciones posibles los terribles males de la guerra.

Las *hordas saravistas*,—como nos llama la prensa de Batlle,—pasan un día sin comer porque se ha marchado por entre vecinos pobres; los *bandidos insurrectos* van a pedir a cuatro o cinco hacendados distintos, a fin de repartir con equidad el obligado sacrificio, las setecientas reses que necesitan para su almuerzo; los *bandoleros rebeldes* llegan a las casas de comercio y pagan en buena moneda, todo cuanto compran, y compran cuanto encuentran; pasan junto a las huertas y se contentan con mirar con ojos codiciosos los choclos y sandías; y muchas veces, muertos de sed, contemplan con ansia el barril del agua bajo la enrramada de un rancho y siguen de largo, porque está terminantemente prohibido pedir nada al vecindario, ni agua, siquiera.

Y cada día las fatigas son mayores, las marchas más rápidas y más penosas, llegando a jornadas de quince, de veinte, hasta de veinticuatro horas consecutivas. Así llegamos hasta las inmediaciones del Paso de Ramírez, en el Río Negro, contramarchando a la una de la mañana para tomar rumbo a Melo. Así efectuamos la espantosa travesía nocturna por una serrillada que aún de día claro inspiraría temor; una interminable sucesión de laderas pedregosas, zanjones barriosos, pasos donde los caballos caen, desde los carros *peludean*. Los pobres heridos, algunos tendidos sobre los cajones de munición en las carretas del parque, sufren lo indecible con el bárbaro traqueteo. Dos mueren esa misma noche; otros amanecen moribundos y es necesario dejarlos en casas de vecinos caritativos.

Llegan a faltarnos hasta los artículos de mayor necesidad, porque como marchamos lejos de los caminos nacionales, las casas de comercio escasean. La fatiga es extrema. Al bajar del caballo no hay ánimo para

conversar: se tiende el recado y se duerme vestido, sin quitarse las botas siquiera.

Ya no sabemos ni a donde vamos. Se nos dijo que a Melo, luego a la sierra de Aceguá, más tarde que a Melo otra vez, y nuestra preocupación, nuestro anhelo es conseguir las armas para poder hacer alto. Las contingencias de una batalla son preferibles a esta interminable fatiga que ya no se va pudiendo soportar.

Por eso, cuando en la mañana del 21 de enero divisamos los blancos edificios de la ciudad de Melo, hubo en el ejército una explosión de contento.

¡Al fin!

VII

LA BURLA

Era tan grande nuestra alegría al entrar en las calles de las chacras melenses, al contemplar a nuestro frente las torres de la iglesia, al pensar en las delicias de un día siquiera de vida civilizada, después de cerca de un mes de correrías; tan grande satisfacción nos proporcionaban, que llegamos a olvidar por completo las fatigas pasadas y los sufrimientos futuros.

Como hemos hecho alto cerca de la ciudad, sobre una loma que la domina, y como nuestra impaciencia es grande, solicitamos permiso para ir adelante. Se nos concede, y vamos unos veinte privilegiados. Ensillamos nuestros mejores pingos, y los ensillamos con el mayor cuidado, del mismo modo que allí, en plena cuchilla, al aire libre, hacemos nuestra *toilette*.

Proyectando de almuerzos opíparos, en los cuales no hubiese churrasco, naturalmente, nos disponíamos a partir, a eso de las diez de la mañana, cuando se nos ordenó que esperásemos.

¿Esperar? ¿Por qué? ¿Para qué?

El comandante del Puerto me saca de dudas diciéndome que el general ha ordenado el desfile de todo el ejército por la ciudad de Melo, y que prohibe se separen de filas.

En seguida contemplo una evolución que nos intriga a todos: las divisiones, que estaban en varias columnas paralelas, empiezan a montar a caballo y, una a una, al galope, girando sobre sí mismas, como sobre un eje, ejecutan un movimiento de caracol que en vano trato de explicarme.

—Es para ordenarles—me dicen,—con el objeto de clasificar los tiradores y los lanceros, porque el general quiere llamar la atención en su capital, mostrándose con un ejército bien organizado. Vamos a entrar a banderas desplegadas y al son de dianas.

Mi contrariedad por la demora encuentra compensación en el curioso espectáculo; pero muy pronto empiezo a observar algo que me inquieta un poco.

El general, seguido de su estado mayor, cruza el campo al galope y va a situarse en una altura, desde donde observa el horizonte atentamente.

—¿Qué ocurre?—pregunto al coronel Pancho Saravia, quien en unión del mayor Masa y otros jefes, también se ha separado de la columna y también miran con fijeza las cuchillas que se extienden por la margen derecha del arroyo de los Conventos, a un flanco de la ciudad.

—No sé—responde pensativo.

El mayor Masa, que ha estado largo rato observando con su anteojo de campaña, interroga a su vez:

—¿No ha oído decir si se va a carnear?

—No; pero es posible; y parece que aquello, allá, fuera ganado.

—¿Aquello que negrea a lo lejos?

—Sí.

—Aquello es gente,—afirma del Puerto.

En efecto, a una gran distancia parece avanzar lentamente una línea de gente en batalla.

—¡Mire, mire, coronel!—exclamo señalando el sitio en que el general estaba en observación.

—Se nos ahogó el paseo.

En efecto, ya no cabe duda: el general ha partido a galope y casi en seguida una columna de tiradores se desprende del campo y marcha hacia el Arroyo de los Conventos.

Es el enemigo, el enemigo, que nos sale por delante para cortarnos la retirada.

¡Tanto mejor!

Un cuarto de hora más tarde ya se ven claramente las columnas gubernistas adelantándose en dirección al paso. No demuestran prisa; parece como si quisieran imitar al gato, prolongando la vida del ratón. Deben sonreir satisfechos de su estrategia y de la inocencia nuestra que nos ha traído mansitos a la ratonera sin escape posible. Para ellos, nuestro amago al norte fué una escabullida de Saravia, quien se vió obligado a retroceder ante el ejército de Benavente, que ocupaba el Paso de Ramírez del Río Negro, y fué a chocar de nuevo, y de manera imprevista, con las fuerzas de Muniz. Desde entonces, cercado por el norte, el sud y el oeste, el ejército nacionalista está muerto. Su única salvación es la frontera del este, el Brasil, la dispersión, el aniquilamiento. Y para que el triunfo gubernista fuese más sonoro y satisfaciera más los instintos rencorosos del señor Batlle, el golpe de gracia sería dado en la ciudad de Melo, en la capital del nacionalismo, *en la casa del caudillo*.

Pero el caudillo, que nunca ha suspendido un viaje porque encontrara en el camino un arroyo a nado, sonreía, seguro de sí mismo y contento de haber obligado al enemigo a contribuír a la ejecución de su plan militar.

Mientras los tiradores de Treinta y Tres, mandados

por el comandante del Puerto y el mayor Galarza, iban a tomar posiciones en el paso, el general, con el semblante alegre de sus buenos días, nos dijo:

—Tendremos que pelear un día, dos días, tres días, todo el tiempo que se necesite para que el ejército pase; pero los colorados han de llorar sobre el Paso de los Conventos, y les respondo que Muniz no entrará en Melo hasta que yo no quiera que entre.

Después, sacudiendo la enérgica cabeza, agregó con soberbia, que nos impresionó a los que lo sabemos poco afecto a las balandronadas:

—¡Les he prometido un desfile triunfal por la capital de Cerro Largo, y mi ejército desfilará hoy por las calles de Melo, con las banderas desplegadas y las bandas de música al frente!

Y el inquieto caudillo se alejó al galope, saludado por los vivas entusiastas de los soldados, que le adoran.

—¿No vas a tomar el vermouth a la ciudad?—me pregunta maliciosamente José R. Gómez.

—¿Por qué no?—respondo, contagiado con la confianza del general. Puesto que Aparicio asegura que no cederá el paso *ni llorando a gritos*, y no precisa más que cuatrocientos tiradores para defenderlo, ¿quién nos impide a nosotros, *los tordos*, ir a pasear a la villa blanca, donde a estas horas las damas estarán formando ramilletes para saludarnos con ellos a la pasada?

Indudablemente se estará mejor allí que en el Paso de los Conventos, a donde ha querido llevarme el comandante Basilio Pimienta, un gran diablo que tiene siempre la detestable ocurrencia de convidarme para todas las guerrillas,—honor que en mi inmensa modestia he rehusado de continuo. Esta vez se empecina, me grita, me insulta.

—¿Para qué sirve usted aquí, si no va al fuego?—me dice.

—Para contar las hazañas de ustedes,—respondo.—

¿De qué valdría la heroicidad de ustedes si no hubiese quien las relatase?

El buen paisano me contestó con una de esas frases criollas que por su sencillez parecen de una sola pieza, como el chiripá y la bota de potro y se alejó canturiando una copla del tiempo del otro Aparicio.

A las once se inicia el fuego en el Paso de losConventos, y un poco después, el cielo, hasta entonces tan diáfano, se nubla de pronto y un aguacero recio cae sobre nosotros.

Mis deseos de ir al pueblo aumentan y ya estaba por montar a caballo y partir, desobedeciendo la orden superior, cuando llega un ayudante del general para decirnos que trescientos hombres desarmados formemos una guerrilla y avancemos por el costado norte sobre el pueblo que, según noticias, está ocupado por dos regimientos de caballería gubernista.

Y entonces vi algo que da clara idea del ánimo de aquel ejército, No es la primera vez que una fuerza recibe orden de morir defendiendo una posición; pero no creo que se haya dado nunca el caso de que trescientos hombres sin armas avancen sobre el enemigo para ser exterminados sin defensa.

Sin embargo, no hubo una sola protesta. Bajo la lluvia torrecial, chapaleando barro, cruzamos una cuchilla al galope y ganamos una vasta llanura, donde la guerrilla se desplegó en silencio.

No había allí un solo fusil ni una sola lanza; algunos, pocos, llevaban revólveres, los más no tenían otra arma que los rebenques; yo observo aquella gente, y veo rostros pálidos pero que indican la firme decisión de no retroceder un palmo.

Se nos ha mandado allí para *entretener* al enemigo en tanto el parque y varias columnas de nuestro ejército vadea el río a pocas cuadras de Melo y se alejan burlando a Muniz y riendo de la famosa ratonera.

—¿Están prontos, muchachos?—grita el comandante

Pintos, improvisado jefe de aquella extraña guerrilla.

Y luego:

—Vamos a aparecer en la cuchilla al galope, bien tendiditos como para que vean los sumacos que no tenemos miedo!

—¡Ni armas!—repliqué.

—Eso no se ve de lejos.

En seguida al frente, el sombrero sobre la nuca,

—¡Viva el partido nacional!—gritó.

Y entre vivas frenéticos, los vivas nerviosos, estridentes de aquella masa de hombres que iba al más obscuro de los sacrificios, la guerrilla entera, sin una vacilación, cargó al trote, cruzó el llano, coronó la loma, se corrió sobre ella, y llegó hásta la primera población de la ciudad.

Era el edificio de una quinta de duraznos y naranjos, el edificio construído a la entrada de un largo y angosto callejón, que se presentaba como único camino para seguir avanzando. No tendrá aquella senda más que tres metros de ancho y era necesario aventurarse por ella en columna cerrada para ir a desembocar sobre el pueblo mismo, en el sitio en que suponíamos emboscado el enemigo.

—¿Qué hacemos?

Nuestro jefe, a pesar de su coraje, empalidece un poco.

—¿Qué hacemos?

El agua cae copiosamente y hasta nuestros oídos llega el estruendo creciente de la fusilería, sin que sepamos donde se pelea ni con qué resultado. Hasta ignoramos donde está el ejército, pues en la llanura rodeada de árboles y en la obscuridad producida por la lluvia, nuestro destacamento está allí como perdido.

Un cuarto de hora más tarde, un ayudante llega con una nueva orden del general.

—¡Avanzar hasta la entrada del pueblo!

No existía otro camino que el angosto callejón de que he hablado; un callejón de tres metros de ancho,

cerrado a ambos lados por un cerco vivo de cina cina, reforzado por alambrados de púas. Doble hilera de álamos, de álamos inmensos, bordaban la senda en las quince o veinte cuadras que tendría de largo.

Al tranco, en silencio y con muy explicable recelo, nos internamos en aquel camino, que un compañero definió gráficamente: «Una manga que conduce al corral del matadero».

La lluvia redoblaba su furia: los ponchos, empapados, pesaban de tal manera sobre las espaldas, que casi todos habíamos optado por quitárnoslos, prefiriendo recibir el aguacero que soportar aquel tormento. El suelo era puro barro, muy blandito, donde los caballos avanzaban penosamente, resbalando a cada instante.

—Esto es inaudito:—le digo, al comandante que nos guía.—En cuanto desemboquemos en la cuchilla, el enemigo, que indudablemente nos espera, nos concluye a todos, porque no hay retirada posible. Si nuestra gente dispara y se amontona en el callejón; no se salva nadie.

—Ya lo se,—me responde;—por eso es que nadie debe disparar. Vale más morir como hombres, en la guerrilla, que ser muertos a palos, como los lobos en la disparada... Además, ¿oye?—me dijo.

Si, oía; oía el retumbar incesante de la fusilería que parecía cada vez más cerca y cada vez más violento. Y no era solo yo quien oía; los soldados empezaban a detener los caballos. Uno dijo:

—Si los colorados han tomado el paso, estamos cortados.

—¡Tomar el paso! ¡tomar el paso!—exclama con voz vibrante nuestro jefe.—¿No oyeron al general cuando decía que no les daba el paso *ni llorando a grito*?

Es verdad, el general lo había dicho, y la tropa, que tiene plena confianza en el general, recobra ánimo y avanza decidida en medio de vivas atronadores.

Diez minutos después estábamos en la planicie, so-

bre el pueblo, sin que todavía se notara la presencia del enemigo. Desplegamos la guerrilla y esperamos.

A poco rato vimos aparecer a nuestra derecha una columna que avanzaba sobre la ciudad; luego otra, y otra, así una inmensidad de gente andando lentament sobre el terreno barroso y bajo una lluvia que no cesa un momento.

Del lado del pueblo hay un silencio absoluto, como si los defensores se hubiesen evaporado; en cambio, allá lejos, en la dirección del Paso de los Conventos, el fuego continúa encarnizado, redoblando la energía rabiosa de los asaltantes y la tranquila energía de los defensores.

Yo obtengo permiso para ir hacia un grupo que se ve a poca distancia, donde espero tener noticias del combate. Me encuentro con gente de Treinta y Tres, muchachada alegre de un rincón heroico; muchachada soberbia, atrevida, insolente alguna vez, temeraria y generosa siempre. Entre ella está José R. Gómez, un hombre pequeñito, extremadamente flaco, superlativamente feo,—más feo que que el doctor Morelli,—pero de un corazón tan grande y tan puro como las alboradas de mi tierra. En la miseria,—que es la cobija de los orientales de talento y vergüenza,—ha despreciado una diputación para poder decir a los compañeros:—Servicio pagado, ya no es servicio: hay que demostrar que nuestro partido es como el coronilla: puede estar cien años bajo tierra y no se pudre».

Yo lo ví allí, descalzo, encorvado por el frío su cuerpecito anémico, descubierta la amplia frente, surcada de arrugas, y la enérgica voluntad manifestada en la nariz aguileña larga, dura, afilada, como una garra de condor, y en los ojos encapotados, cuyo lenguaje mudo muy pocos comprendemos. Gómez es un censor, derecho como palmera, duro como urunday, insensible como caballo criollo, para el cual no existen galopes largos ni campos feos. Habla siempre por apotegmas y tiene en sus juicios una encantadora rudeza primitiva. «Esta guerra, —decía en el instante en que me acerqué al grupo,— va a dejar en escombros nuestra patria; pero seremos unos miserables si cedemos, después de haber sido pro-

vocados, si hacemos la paz consultando nuestros intereses, si preferimos una siesta de dos horas al sueño tranquilo de toda una noche. Es necesario tener en cuenta, añadió dibujando en el aire un gran castelarino, que los pueblos, como los hombres, cuando han perdido la vergüenza lo han perdido todo».

Yo le interrumpo preguntándole como va la pelea. El me mira asombrado.

—¿Qué pelea?—dice.

No se me antoja apropiado el momento para chistes, y antes de que replique me explica lo que pasa.

—No hay pelea; doscientos tiradores nuestros se están riendo desde hoy de todo el ejército gubernista que no puede pasar el vado de los Conventos. Muniz manda una guerrilla sobre otra guerrilla, imitando al general del cuento que mandaba tirar dos cañonazos porque uno no alcanzaba al blanco.

Poco después el tiroteo cesa: ya no se oye una detonación. Un ayudante nos dice que las fuerzas están tendidas «de barranca a barranca, mirándose como dos perros que se tienen miedo».

En ese intérvalo, las columnas que he visto marchando sobre el pueblo llegan hasta nosotros. Es el ejército entero, que, por orden del general, va a efectuar el prometido desfile por la blanca ciudad de Melo.

Las divisiones, con sus respectivos jefes a la cabeza, empezaron a caer a un arroyo insignificante, un brazo del Tacuarí que defiende la entrada de la ciudad y que con la lluvia copiosa de todo el día, se había hinchado; llegando hasta *mojar el lomo* de los caballitos criollos.

Apenas vadeado el arroyo, entramos en la calle principal, una calle muy larga, muy angosta, una fastidiosa sucesión de casas bajas, viejas y feas, todas con los mismos muros lisos pintados con colores chillones, todos llevando por sombrero la roja teja acanalada del tiempo del coloniaje.

Aunque seguía lloviendo copiosamente, las veredas, los balcones, las ventanas, las puertas de las casas, estaban atestadas de gente, predominando las mujeres, las lindas muchachachas melenses, vestidas de blanco y celeste, las manos llenas de flores, que arrojaban con delirante entusiasmo a los guerreros que pasaban, desgreñados, casi desnudos, empapados, cubiertos de barro, blandiendo las lanzas, remolineando los fusiles.

Las bandas de música habían pasado primero, al frente, llenando la ciudad con las notas de una marcha triunfal; después, los clarines cantaban energías, apagados de vez en cuando sus ecos con los vivas atronadores que se sucedían en este orden: «¡Viva la patria! ¡Viva el partido nacional! ¡Viva Aparicio Saravia!»

Y entre los vitores, un solo muera, un grito único de rencor para el causante de la guerra, un ronco rujido de amenaza en el que todas las voces se confundían. El grito entusiasta de ¡viva la patria! se profería indefectiblemente seguido del grito airado de ¡Muera Batlle!, expresando el convencimiento de que no puede existir aquella mientras éste perdure.

Horas y horas duró el desfile; los escuadrones seguían a los escuadrones y era algo fantástico aquella galopada frenética bajo el castigo incesante de la lluvia.

En la tardecita, el ejército hacía alto junto al Paso de la Cruz de Tacurí. Esa noche Aparicio Saravia estuvo hasta las 11 paseándose nerviosamente por el amplio comedor del Hotel de Izaza. A esa hora un ayudante cubierto de barro, empapado el poncho, el sombrero sin forma, se acercó y habló algo en secreto al general. Este lanzó una sonora carcajada, y exclamó con voz alegre:

—«Ahora si puedo acostarme, mientras Muniz queda mascando el freno del otro lado del paso».

La burla estaba hecha. El parque se alejaba tranquilo; una columna desarmada despistaría al día siguiente a los gubernistas, y el ejército nacionalista podía volver

tranquilamente al sud en busca de los elementos bélicos prometidos.

Tirado sobre un sofá, sin cambiarse siquiera la ropa mojada, el general durmió toda la noche en la ciudad blanca, que velaba estremecida aún por el delirante estusiasmo del desfile triunfal.

VIII

JUSTINO MUNIZ

Como yo no sé narrar sino aquello que he visto, tengo la forzosa necesidad de abrir aquí un paréntesis a mi crónica.

En la noche de nuestra entrada en Melo, llegamos como he dicho, hasta el Paso de la Cruz del Tacuarí, distante un par de leguas de la ciudad.

Allí en las tinieblas engrosadas por una lluvia que parecía dispuesta a poner a prueba nuestra resistencia física, permanecimos largas horas a caballo. Guarda la entrada al paso un gran estero que la lluvia ha convertido, en partes en lagunas en sitios de tembladerables y en toda la extensión en barrial casi intransitable, sobre todo después de haber sido amasado por los cascos de miles y miles de caballos.

Varias horas permanecimos así, sin desmontar, tiritando de frío, pronunciando de vez en cuando el nombre del compañero inmediato, a fin de no extraviarnos en aquella marcha que calculábamos terrible.

Hasta las 11 estuve allí, haciendo los mayores esfuerzos para resistir a la fiebre que hacía arder mis sienes; luego, rendido, abatido, sentí cruzar una nube por mi vista, no pude más, solté las riendas, aflojé el cuerpo y caí.

Dos amigos me llevaron hasta la ciudad y me dejaron en casa de un vecino caritativo. La pulmonía que un mes antes me había tenido a la muerte dejó en mis pulmones la infección sutil y se vengaba de mi desprecio.

Y aquí tengo que escribir unas páginas puramente personales, unas páginas que, no obstante ese carácter, quizá tengan alguna utilidad, la de demostrar hasta que extremo llega la alteración moral, el desequilibrio, la iniquidad, en estas corruptoras contiendas fraticidas. Contando los hechos tal cual se han sucedido, apelando al testimonio de cien personas que los han presenciado conmigo, destruiré los cargos con que se ha pretendido hundirme a mi, no por odio a mi, no por dañarme a mi, sino porque la guerra es un turbión en el cual se confunden las aguas putrefactas del bañado, un hachazo brutal que rompe todos los brazos con que la civilización ha ido amarrando, en años y en siglos a la bestia humana.

Y estas impresiones, expresadas con amargura, sin duda, pero también sin rencor, no tienen por objeto mi defensa. Como el orgulloso poeta Mejicano, puedo decir:

«Los claros timbres de que estoy ufano,
»Han de salir de la calumnia ilesos:
»Hay plumajes que cruzan el pantano
»Y no se manchan: mi plumaje es de esos!»

¡Cuesta trabajo comprender, y causa pena aceptar, como en el borbollón de las pasiones desenfrenadas zozobran las ideas nobles, se hunden los sentimientos dignos, se olvidan todas las consideraciones sociales y aun las almas más cultas escupen sus odios como repugnante espumarajo de cañadón.

Cuando tras dos días sentí la razón volver a mí; cuando aún débil y consumido por la fiebre me noticiaron que había sido conocida mi presencia y que el jefe político interino me mandaba arrestar, no pensé un sólo instante en que pudiera ser tratado de otro modo que de aquel a que tenía derecho por mis condiciones, por mi nombre, y los actos todos de mi vida.

—Dentro de veinticuatro horas,—me dijo la buena persona en cuya casa estuve albergado,—estará usted en libertad.

Y aún completó la frase con estas palabras, que después hube de recordar con amargura:

—Estoy seguro de que el general Muniz lo manda buscar para conocerlo. Es un hombre áspero, muy enérgico, muy severo, pero en el fondo, bondadoso, noble, generoso. Ya lo verá.

¡Ya lo creo que lo ví!

En la jefatura política fuí recibido con las mayores muestras de simpatía por los jóvenes colorados que la tenían a su cargo, y no hubiese tenido motivo alguno de queja, sin la orden terminante de Muniz para que me remitieran al campamento.

Esa orden tenía que alarmarme por la forma en que estaba concebida. En efecto, habían quedado en Melo, después de partir el ejército nacionalista, el doctor Juan B. Morelli, miembro del directorio y varios ciudadanos que habían andado en armas: Muniz les mandó dar la ciudad por cárcel, reservándome solo a mi el honor de ser conducido a su presencia.

En vano protesté con el justísimo motivo de enfermedad; en vano fueron los esfuerzos de respetables vecinos, quienes, con el apoyo de tres médicos que atestiguaban mi estado delicado, pidieron al general gubernista que me dejara en la jefatura.

Y rumbo al campamento, zamarreado en una especie de *telega* rusa, me parecía bajo el dominio de la fiebre, atravesar a manera de proyectil la niebla que envolvía el paisaje. ¡Buena excepción había hecho conmigo el general del gobierno!... Pensé en el viejo militar de galones gruesos, el que los ama por lo anchos, de charreteras doradas a modo de parasoles, que más las quiere mientras más grandes y más pesadas... y pensé en lo que iba a pasar conmigo, en la escena que tendría lugar entre el hijo de las campiñas y yo, literato medio soldado. Esta excepción debía ser un elogio: y malo, porque me acordé de la fábula; mis pobres escritos, que el general debió oir en alguna aburrida velada. Ellos se tenían la

culpa de que yo fuera sacudido en la *telega* tiritando bajo los ponchos.

Y doblé la cabeza, con la resignación del forzado fotógrafo que vá máquina en mano hacia el taller... Buena placa podría salir. ¡Cosa extraña! No pensé más en el peligro; tuve como un despertar de viejo cronista y enfilé en la imaginación hacia otro pensamiento... Iba a ver al formidable general, que hacía entre aquellas patrullas amontonadas a su alrededor el papel de conductor, de baquano a través de montes y breñas.

¡Un general de doeman y chambergo! Un fusil de fulminante en una caja de maúser, que oponía por contraste a la brillante indumentaria de su chaqueta de fotografía, el poncho clásico del paisano ricachón que ríe del doctor, y galopa cuando pasa por el frente de la escuela del pueblo... Y fuí rodando con mi fiebre a mezclar en la imaginación a Muniz y a los famosos morteros que en el atrio de la iglesia de mi pueblo avisaban las grandes ceremonias... No sé por qué... ahora en plenitud de todas mis facultades lo pienso—hice aquella confusión, de que me declaro un tanto arrepentido y de la que me sacó la realidad de la escena...

Oscurecía cuando llegamos al campamento. Allí fuí recibido por Julio María Sosa, el coronel Buquet, Dubra, y otros jefes y oficiales amigos, que rivalizaron en atenciones, tratando de endulzar aquellos tristes momentos de mi vida. Algunos de ellos, con el criterio ennegrecido después con implacable crueldad. ¡Qué sus conciencias se lo perdonen!

Vi el campo sembrado de carpas y fogones, y allá, en un recodo, junto a la laguna, al borde de un barranco, unas carretas, un breack y una tienda de grandes dimensiones.

Allí estaba Muniz.

¡Vamos a ver al general,—me dijo el coronel Buquet.

Y echamos a andar hacia la carpa del caudillo más bruto, elegido por un gobernante civil enemigo del cau-

dillaje para abatir lo que él consideraba rebelión de gauchos ariscos.

A la puerta de la tienda, formando círculo, vi varios personajes conocidos que me saludaron friamente, no sabiendo todavía—antes de oir al jefe—si debían mostrarse altaneros o respetuosos,—y no sabiendo—por defecto orgánico, ser dignos y cultos.

Estaba allí la pera sublime del general Callorda, y la barba mal teñida del coronel Vergara y estaban otros muchos jefes y oficiales que me inspiraron lástima, porque, dadas sus actitudes, el uniforme les cuadraba como libres. Era un grupo de esos jefes y oficiales, cuyos grados han sido obtenidos casi todos, en matufias electorales, en vivezas de comisario, y algunos, en virtud de acciones más siniestras. Ciriaco Sosa estaba también allí.

Se habían formado dos grupos: de un lado Buquet, Dubra, Caballero, González, Chíappara y unos cuantos oficiales más, distinguidos, ilustrados, cultos, correctos en sus actitudes y expresiones; de otro lado en ronda numerosa, compacta, rodeando al caudillo, imponiéndose por su número y arrogancia, los semibárbaros, los capitanes de ocasión, de nombre oscuro y famoso como las sierras y los bosques donde ganaron su crédito; de rostros torvos y cataduras siniestras como los lugartenientes de Fra Diávolo, como los aliados de Catalina de Nápoles.

Y desde luego se veían que aquellos eran los favoritos del favorito de Batlle. Aquello era el estado mayor del primer ejército de mi patria, de mi patria que muchos han llamado—¡y con razón!—la Grecia americana.

Y en medio de ellos, torvo, adusto, empacado, estaba Muniz.

Cuando me lo indicaron tuve una desilusión. Yo esperaba encontrarme en presencia de una figura imponente de Kengis Khan gaucho, y era apenas un mongol de la China moderna, achicado y degenerado por el arroz y el opio; creí hallarme en presencia, si no ya de un tigre, de un jaguareté, al menos, y me resultó un

aguafá, más ridículo que imponente. Confiaba hallarme frente a frente de un *hombre*, de un *tipo*, expresión de las soberbias díscolas, condensación de los defectos éticos, grande en su fealdad de Cuasimodo rural y en su arrogancia de Tamerlán gaucho; el bruto potente que la imaginación popular ha ideado para representarse al caudillo favorito de los tiranos de mi tierra. Y en vez de eso vi ante mí una figura vulgar: la personificación de la vulgaridad.

¡Me habían estafado!

Miré a Buquet, y Buquet sonreía con su sonrisa cáustica de hombre inteligente.

El nos presentó:

—El general Muniz...

El general Muniz, de pié, los grandes pies metidos en unas chancletas viejas, las piernas perdidas en las bombachas, los brazos caídos con el peso de las manazas velludas, no me miró, no habló.

Tenía inclinada sobre el pecho la cabeza, grande, melenuda, de frente estrecha y deprimida,—una frente de gorila nacido en un jardín zoológico,—y fijos los ojos en el abdomen abultado de glotón vulgar.

Su estado mayor no chistaba. En el oscurecer, medio vedadas por la neblina, aquellas figuras me parecieron siniestras. Allí estaba Ciriaco Sosa, comandante de línea y jefe apreciado por don José Batlle y Ordóñez, ex-director de *El Día*, diario independiente, fustigador eterno de tiranías caudillescas.

Largo rato permaneció en silencio el general Muniz. En su rostro flácido que encuadra una barba gris inculta, no se nota expresión ninguna. Al fin levantó la cabeza y me miró fijamente con una mirada fría, dura, amenazante.

—Ya sé que es usted muy defensor del portugués Aparicio,—empezó por decirme; y como yo continuara guardando silencio, él prosiguió encolerizándose poquito a poco,

—Ahora seguirá aquí.

—Estoy enfermo, general,—objeté;—no me es posible seguir al ejército.

—¡Enfermo!—vociferó. —No estaba enfermo para ir a la revolución.

—No *estaba* enfermo; pero estoy enfermo, y por eso es que me he quedado .Si no seguiría allá.

Yo había pronunciado estas palabras sin altanería, sin jactancias, con la mayor sencillez posible; pero Muniz, que buscaba un pretexto para dar rienda suelta a su grosería, agitó las manazas y me gritó, tuteándome ya:

—¿Qué decís? ¿Qué no vas a seguir?

—Digo, general, que estoy enfermo.

—Yo también estoy enfermo, ajo, y sin embargo sigo.

—Usted es general—le dije.

—¡Y vos sois un embrollón de letra menuda, que son los peores!—rugió, ya fuera de sí, el entrecejo fruncido, los ojos rabiosos en su mirada de fiera, que intimaba como mirada de fiera, nada más, porque no hay en ella la luz de inteligencia del hombre superior, sino la fosforescencia transitoria de las pupilas del felino.

Al verlo así en su exasperación de bestia lunática, me parecían que adquirían forma y color y se dibujaban en el fondo del pasaje agreste y adusto, las palabras con que en otro tiempo Eduardo Acevedo Díaz flagelara a su aliado de hoy: «Gaucho de pulpería, bruto como el redomón que monta, bárbaro como el instinto que lo empuja.»

Y así es.

Aquella cabeza estrecha que se adivina como formidable caja ósea, asentada sobre un testuz de toro montaraz, puede ser cueva de instintos, pero no nido de ideas.

Observando al hombre, se comprende perfectamente al general, su acción militar, su acción política. Muniz, con galones y entorchados; Muniz dueño de una gran hacienda es hoy, y será hasta su muerte, lo que fué en sus mocedades: gaucho, peón de estancia.

En la guerra, su táctica consiste en echar batallones sobre batallones, brigadas sobre brigadas, aturdir a fuerza de golpes, aplicar en las batallas los procedimientos de domador criollo: el rebenque, la espuela, el puño, los gritos. El más bruto triunfa.

Su política es la sumisión incondicional al patrón, *hacer el trabajo* que le manda el patrón, sin perjuicio de murmurar en la cocina y de resarcirse tratando a sus subalternos con la mayor dureza.

Semejante a esos viejos estancieros brasileños de la frontera, que con la fortuna llegan a usar levita, sombrero de copa y hasta guantes, sin renunciar a las *tamangas*, Muniz ha llegado a la riqueza y a los honores sin abandonar la primitiva vestimenta moral de peón de estancia. Su cerebro de analfabeto, su cerebro compacto, celosamente guardado en la caja ósea, impenetrable a la luz, comprende la superioridad del toro, pero aborrece las sutilezas del zorro.

Tiene por los intelectuales el odio profundo de los que, siendo absolutamente ignorantes, han logrado escalar los altos puestos públicos. Su alma tiene la inmovilidad de las rocas, que es siempre igual, la misma forma, la misma masa, las mismas dimensiones. Su espíritu es como esas cavernas, donde la luz no entra jamás, donde la luz no puede alumbrar porque falta oxígeno.

A pesar de los años, el caudillo triunfador ha permanecido inmutable en sus hábitos, como todo animal de instintos.

No admite que pueda haber otro desayuno que el costillar asado y el mate amargo.

No cree que el fusil moderno valga más que la vieja lanza de las montoneras gauchas.

El cañón solo sirve según él, pa «jeringar y hacer ruido».

No concibe otro medio de locomoción que el caballo, y cada vez que su enfermedad le obliga a subir al ca-

rruaje en que ha hecho casi toda la campaña, su mal humor, y su grosería adquieren proporciones formidables.

Se nota en él tal nostalgia de la vieja cocina de la estancia, de la vieja cocina de paredes ennegrecidas por el hollín, donde pasó los mejores años de su vida de peón.

Si no fuese el odio que nace del inmenso sufrimiento de ver los infortunios de mi patria,—de los cuales aquel hombre es uno de los principales causantes,—sentiría admiración por él, que es quizá el último representante de la barbarie gaucha.

Cuando me hubo insultado y amenazado bastante insistiendo dos o tres veces en que «iba a hacer un escarmiento», me dió la espalda y se alejó, buscando alguno de los suyos en quien descargar el resto de improperios que le quedaban adentro todavía, indigestados como carne de animal cansado.

Ya había cerrado la noche; la neblina, cada vez más espesa y fría, me producía un temblor de fiebre. El coronel Buquet tuvo lástima de mí, y me llevó a su fogón, diciéndome:

—Es mejor callarse, el *viejo* está furioso y cuando se encuentra en ese estado, es necesario no contradecirlo. Después el solo se amansa.

En el fogón, donde fuí presentado a varios oficiales jóvenes y cultos, alegres y amables, que me obsequiaron con un mate de café y me invitaron a participar de su cena, se continuó hablando de Muniz.

Un jefe lo definió de este modo:

«En el fondo es un hombre bueno, enérgico y bravo; pero *no es un general, es un baqueano que llevamos*».

Pronto pude observar que todos estaban disgustados con él, y se explica que militares de escuela, jefes de ciencia, no podían sentirse a gusto conducidos y mandados por un bárbaro semejante.

Después he sabido que el general Muniz parecía encontrar especial placer en insultar y humillar a sus subalternos instruídos.

Muniz cree que ser jefe, lo único que se requiere es ser domador de potros, buen rumbiador y cargador a lo bruto—me dijo un oficial.

En las horas de extremo furor solía increpar dura y soezmente a jefes superiores y gritarles al fin, echando espumarajos por la boca; su amenaza favorita:

—«¡Retírese, si no quiere que lo levante en la lanza!»

¡Levantar en la lanza!...

Esa frase pinta al caudillo, cuya mano grande, ancha, velluda, ha sido hecha para manejar la tacuara; sea la tacuara con clavo de la picana, sea la tacuara con moharra de la chuza guerrera.

Allí mismo, en Melo, delante de varios vecinos, prometió *alzar en la lanza* a un general y a un coronel de figuración respetable.

En otra ocasión amenazó *alzar en la lanza* y «mandárselo a Batlle maniao con sus propias tripas» a uno de los más distinguidos jefes de su ejército.

En otro lugar quiso *alzar en la lanza* a un comandante, famoso por su vestimenta colorada y su afición al cuchillo, al cual calificó de «salvaje, hijo de una tal por cual, que solo sabés degollar los hombres como a las ovejas, después que están maniadas y colgadas en el horcon de la enramada».

Porque ha de saberse que Muniz,—en cuyo sombrero gacho no luce jamás la divisa roja,—no ahorra calificativos hirientes para el partido de cuyas fuerzas armadas es generalísimo de toda confianza. ¡Ay de quien se atreva a poner en duda su consecuencia partidaria! «¡Nadie es más blanco que yo!»—dice,—y atormentado por el prestigio inmenso del otro caudillo, el de alma grande y cerebro claro, se encoleriza y ruge al escuchar su nombre. «¿Ese portuguesito fanfurriña va a ser más blanco que Justino Muniz?»

Es que Justino Muniz fué *blanco* en sus mocedades, y como en su alma no hay mutación posible, no puede dejar de ser *blanco*; pero como en esa misma alma

espesa como los chircales donde se extasió su infancia, no caben conceptos de lógica, ni siquiera lejanas vislumbres de justicia, no resulta un contrasentido el feroz encarnizamiento con que combate a los que llevan la insignia de su afecto. Semejante a los salvajes del Luisiana, que cortan el árbol para coger la fruta, no trepidaría en arrancar de cuajo al partido nacional para posesionarse de Aparicio Saravia, a quien profesa un odio a base de envidia, que es el más repugnante y el más feroz de los odios.

Para él, que se ha engrandecido en la traición; para él, que enajenó su voluntad por el dinero y los galones que le diera el sanguinario y grotesco tiranuelo Máximo Santos, la pureza y el desinterés de Aparicio Saravia son una ofensa viva, un insulto constante.

Para él, que manda un ejército de cocarda roja y de forzados subalternos, el sano prestigio del gigante del Cordobés, a quien siguen y aclaman miles de ciudadanos libres, es un perpétuo escozor de la envidia.

Su alma seca, dura y negra, como bañado en verano, no tiene afectos y sufre al ver que otros pueden gozar, de su calor en las mañanas frías de la adversidad.

Para Saravia una derrota es un dolor que sus compañeros comparten sin recriminaciones, para Muniz, *condottieri* pagado para vencer, la impotencia es un tormento atroz.

Justino Muniz es la última bota de potro.

IX

DE MELO A FLORIDA

¡La horrible noche pasada en el campamento de Muniz!

Los jóvenes oficiales cuyo fogón compartí, no podían, con toda su caballeresca amabilidad, hacerme olvidar

que estaba en campo enemigo. Aquellas divisas rojas, aquellos pañuelos rojos, me producían un efecto extraño. Por instantes me imaginaba que todo aquello era una alucinación producida por la fiebre, y pasaba con rabia la mano por la frente, que ardía mientras mi cuerpo temblaba de frío.

Los acontecimientos habían sido tan rápidos, las emociones tan intensas y variadas, que dejaban en mi espíritu la duda de un ensueño.

Pero la realidad se imponía y un sentimiento de repugnancia me embargaba, pensando que yo estaba allí, bajo una carpa que no era la mía, viendo flotar sobre mi cabeza una insignia que no era la de mis afecciones y presintiendo allá lejos, junto al barranco, la figura tosca, áspera, terrible, del detestado caudillo, que en adelante debía ser mi amo.

Hasta muy tarde de la noche, permanecimos de tertulia, junto al fogón, haciéndonos mútuas preguntas y discutiendo los combates en que nos habíamos encontrado y que, observados desde campos distintos, los habíamos visto y los juzgábamos de diferente manera.

El jefe de la artillería gubernista estaba convencido,—y quería convencerme a mí,—de que sus cañones habían sido de decisiva eficacia en todos los encuentros. No podían creer que los nuestros se rieran de los *mangangás*,—como llamaban a su metralla,—«un bicho grande, presuntuoso, zumbón e inofensivo».

—El estrago no fué mayor,—me dijo el coronel Buquet,—porque el *viejo*, que no cree más que en la lanza,—no nos ha dejado operar como era debido. El otro día, en los Conventos...

—¿En los Conventos?—le interrumpí—¿ustedes hicieron uso de los cañones en esa pelea?

—No; pero sabiendo que Saravia, con el grueso de su ejército, se encontraba en la ciudad, yo le propuse a Muniz bombardearla...

—¿Bombardear a Melo?

—¿Por qué no?... Se hubieran conseguido dos cosas: destruir al ejército insurrecto...

—Perdone,—le dije;—en todo caso, será el ejército de insurrectos.

—Como quiera; destruir el ejército de insurrectos o, por lo menos, dispersarlo y...

—Y arrasar la *capital del nacionalismo*, como ustedes la llaman; es decir, espantar el águila y destruirle el nido. ¿Y por qué no lo hizo así?

—Muniz no quiso. El también quiere a Melo; ha nacido en el mismo nido de águilas, como usted califica a la ciudad blanca. Me pidió que esperase dos horas, y a las dos horas llovía copiosamente, como usted sabe, y ya no fué posible el bombardeo. Cuando vuelva a los suyos,, dígales que si todavía conservan su ciudad querida, su Meca, su Moscou, es por una debilidad del general Muniz.

—Trataré de decírselo lo más pronto posible.

En cuanto a la revolución, en la opinión de todos, estaba concluída. «A estas horas—dijeron,—Aparicio estará internado en el Brasil, hacia donde fué arrojado en compañía de un par de miles de hombres que lo acompañan.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y los otros miles?

—Dispersados o prisioneros, a más de la infinidad de muertos y heridos que quedaron en el paso del arroyo de los Conventos.

Yo sonreía, contento al saber que la estratagema de Saravia había dado un resultado espléndido. Habían transcurrido cinco días desde aquél en que tuvo lugar la batalla, y el *triunfador* ignoraba en absoluto no solo el paradero, sino hasta el rumbo del ejército nacionalista.

Engañados con la treta de Aparicio, habían dirigido la persecución en el sentido de la gente desarmada que,

al mando del general Basilio Muñoz, se iba buscando el Brasil. Yo que sé de qué modo extraordinario marcha nuestro ejército, me imaginé dónde estaría ahora, llevando cinco días de ventaja al gubernista.

El plan de nuestro general se cumplía al pie de la letra, a pesar del desgraciado contraste de Illescas: Muniz después de haber destrozado sus caballadas en una persecución tan tenaz como inútil, quedaba en Melo,; es decir, en la frontera del este, despistado y a pie, en tanto Saravia iba a operar tranquilamente en las vastas y ricas zonas del centro y sud.

Recordé la sonora carcajada de Saravia la noche del combate y sonreí con lástima de los que, para su propio mal, se empecinan en considerar al bravo y genial caudillo un gaucho bruto, del mismo corte y de la misma pasta que el dogo gubernista.

Recién el 26 tuvo Muniz noticia de la contramarcha de su adversario, y recién se dió cuenta del ridículo en que caía, después de telegrafiar al gobierno que la revolución había sido deshecha, dispersadas sus fuerzas, arrojado sobre el Yaguaron, empujado al extranjero el general Aparicio y sus principales colaboradores militares. ¡El, tan *vivo*, tan trucha, tan conocedor del terreno, que llega hasta merecer el dictado de «baqueano insuperable», se deja enredar, burlar en el propio pago de su querencia!

Su rabia es tan grande, su orgullo herido le trastorna de tal modo, que el ejército entero parece asustado. Los jefes superiores reciben, uno a uno, insultos y amenazas del áspero caudillo, que inculpa a todos del fracaso sufrido.

Inmediatamente se ordenó la marcha al sud, en persecución de Aparicio.

Yo ví desfilar al primer ejército de la nación, y quedé asombrado y entristecido. Aquellas tropas que se llamaban legales, aquel *ejército nacional*, hace verdadero derroche de distintivo partidario. No solamente son enor-

mes las divisas rojas que cubren casi toda la copa de los sombreros, sino que casi todos los jefes, oficiales y soldados, llevaban flotando sobre la espalda, a manera de altaneros y provocativos gallardetes, tremendos pañuelos encarnados. Y en los mástiles de las lanzas, no son ya banderolas, sino pabellones bermejos que flamean como un reto y parecen una evocación del pasado sangriento, y si aún eso no bastara, si no fuera suficiente esa chabacana y absurda ostentación del cintillo, todavía hay jefes que van vestidos de rojo, como unos Mefistófeles ecuestres.

¡Y eso ocurre bajo el gobierno de un hombre que ha pasado su vida pública condenando el cintillo, la lucha obscura y bárbara de los instintos en pleito criminal, de un hombre que se abroquela con la *autoridad constitucional* y declara la guerra civil en nombre de la *ley única*, del *gobierno único*, de la *bandera única*.

¡Y la *bandera única*, en sus ejércitos, no es el pabellón azul y blanco, la enseña de la patria, sino el estandarte rojo de la antigua bandería, la roja divisa de los antiguos odios!

La bandera única no es la que cobija a todos los hijos de la misma tierra, no es el cielo blanco y azul, no es el cielo igualitario, no es símbolo nacional, es la vincha del cacique en las disputas de tribus, es la divisa del caudillo en las querellas de bando.

¡Y la *ley única*, es la ley de la fuerza!

Cuando el ejército gubernista marchó en busca de Saravia, yo lo acompañé todo el día hasta llegar a Melo; pues gracias a los buenos oficios de algunos jefes colorados, Muniz había al fin concedido que no se cometiera conmigo la herejía de hacerme seguir en el ejército, estando como estaba y era notorio, gravemente enfermo.

Toda la mañana anduvimos por caminos estrechos y barrosos, convertidos en pantanos con las recientes y copiosas lluvias.

Era una mañana clara, luminosa, y el sol, en lo alto, mandaba sobre el ejército en marcha sus rayos de de oro que reverberaba sobre el rojo de los uniformes, de las banderolas, de las divisas, de las golillas, de aquella inmensa mancha roja que se iba moviendo lentamente.

Los soldados, tristes, harapientos, los kepis deformados, las botas rotas, los trajes imposibles, marchaban en caballos flacos y transidos que no salían del tranco, a pesar del castigo del rebenque y de la espuela.

Una inmensidad de carros y carruajes que a cada instante se atrancaban en barrizales o peludeaban en las zanjas, contribuía a hacer más lenta y fatigosa la marcha. Se andaban unas cuadras y era necesario detenerse, estacionarse durante un cuarto de hora, media hora. Y eso que todo era camino; los alambrados caían unos tras otros, las columnas pasaban por las chacras destrozadando los sembrados de maíz.

Departamento blanco... ¿qué importaba que se arruinara? Hacía unos días no habían decretado el bombardeo de su capital, no habían pensado arrasarla, convertirla en polvo, sepultar bajo sus escombros toda la población, sin respetar ancianos, ni enfermos, ni niños ni mujeres?

A medida que nos acercábamos a la ciudad, la marcha se hacía más lenta y dificultosa. En uno de esos altos, un jinete alto, delgado, vestido de rojo y negro, se acercó a mí y estuvo un rato observándome atentamente. Era un pardo todavía joven, larga la cara, camorrero de ojos, sensuales los labios, y un no se qué de pantera en todo el cuerpo. Echado a la nuca el sombrero donde gritaba la divisa con un palmo de ancho, me miró y sonrió, con una sonrisa que era semejante a una fiera que se lame el bigote.

—¿Quién es ese?—le pregunté a Julio María Sosa, que iba al costado de mi carruaje.

—Ciriaco Sosa,—me respondió.

Y al escuchar ese nombre y considerar la atención

con que me había observado y al pensar en su sonrisa felina, un estremecimiento,—que esta vez no era causado por la fiebre,—sacudió mi cuerpo.

El mulato se alejó al trote, hincando las grandes rodajas de las espuelas de plata en los ijares del zaiano gordo, tendiendo al sol brillante de la mañana el triángulo escarlata de su golilla y las anchas franjas encarnadas del chiripá de merino negro.

Involuntariamente miré a Julio María, caballero en macarrón peludo y flaco que en la cabeza de su gacho, trabajado por las lluvias, lucía en lugar de divisa, un cordoncito colorado.

Todavía no se había perdido la silueta terrible del comandante famoso, cuando otro cuatro vino a herir mi imaginación: eran las chinas, un grupo de chinas de las que acompañan al ejército gubernista, para darle semejanza con el aduar charrúa, como el símbolo partidario le daban parecido a las montoneras de vincha y chuza en los tiempos de *Frutos*.

Diez, doce, quince chinas, desfilaron junto a mí. Unas en sillas de señora, otras a horcajadas, todas llevaban sombreros de pajilla, de alas grandes, de copas altas, y, en las copas una ancha cinta colorada que estaba al habla con el pañolón del mismo color que circundaban sus cuellos flacos, negros y rugosos.

Entre todas aquellas fealdades repugnantes había una parda correntina que montaba un tostado mestizo y lucía, sobre rica montura, un vestido de seda negro, gruesos aros de oro adornaban la pulpa de sus orejas, y otros aros gruesos también, engarzando piedras vulgares, ceñían los dedos de la mano que sostenían una sombrilla de seda encarnada.

—¿Y esa?—pregunté.

—Es la jefa—me respondió un oficial, que se quitó el sombrero para hacer un reverencioso saludo a la marimacho.

Apenas pasado el extraño escuadón,—que deshonra

a un ejército de nación culta, pero que está en perfecta armonía con los principios bárbaros y anacrónicos que ese ejército que de miedo a las deserciones, acampa siempre truído el camino por un convoy de carros y jardineras. Eran los enfermos, los mismos enfermos de tifus de aquel ejército que de miedo a las deserciones, acampa siempre amontonado, en un radio sumamente reducido, ofreciendo segura presa a las epidemias.

Casi en seguida, mostrando chocante contraste con la tristeza del convoy de infelices, apareció la figura arrogante, imperiosa, de un jefe que vestía sombrero rojo, chaquetilla roja y pantalón rojo: una figura de lacre sobre un moro brioso y recamado de plata.

El jinete pasó y fué a conversar con el general Muniz, que iba en su breack, más huraño que nunca, más sombrío que de costumbre, las entrañas atormentadas por la enfermedad que mina hace tiempo su cuerpo robusto, y el alma más amarga que cimarrón de yerba misionera.

¡Qué ejército aquel!

Un montón de soldados abatidos, pobres, sucios, marchando casi a pié, cayendo mordidos por el cansancio y la fiebre, entre el sarcasmo de la legión de chinas hombrunas y el gritar siniestro de las enseñas rojas: un hacimiento de seres sin ideal, sin entusiasmo, sin voluntad, arrastrando su miseria por todos los pagos, vagando sin cesar en busca de una victoria que ni alcanzan ni les interesa... ¡Y al frente de esa masa amorfa, que no cristalizará jamás, un general viejo y enfermo, rugiendo dentro de su carruaje como una fiera en su jaula, mascando sus odios, deglutiendo su envidia y su impotencia!...

Y rodeando al generalísimo, un estado mayor extravagante, una mescolanza de elementos imposibles de fundir; jefes bárbaros de lanza y boleadoras, jefes cultos obligados a llevar su ciencia en las maletas; rivalidad de razas, de educación, de principios, de forma y fondo

la envidia latente, la ambición en acecho, la araña de la intriga tejiendo sin cesar su tela!...

No es aquel un ejército para vencer ciudadanos que van alumbrados por la luz de ideales generosos.

No hay allí unidad, ni cohesión, ni el *deseo de vencer*, que en un ejército constituye la mitad del triunfo.

Los jefes, anarquizados, se destruyen mútuamente, se inutilizan entre sí, y en la aparente sumisión existe un odio sordo que es fermento de disolución.

Y la tropa no tiene la dureza que da la disciplina en una rígida organización militar, ni el entusiasmo de una causa defendida con cariño, ese entusiasmo que en el ejército nacionalista es una clarinada sonando a la carga.

Conducido por Julio María Sosa, fuí llevado a la jefatura política, mientras el ejército de Muniz seguía andando, rumbo al Paso de la Cruz del Tacuarí.

Allí me recibió el coronel Tezanos con la fría altanería de esos jefes que no saben respetar nada ni a nadie.

Al día siguiente salía, *en calidad de prisionero* y bajo «custodia humanitaria»,—en el decir del panegirista de Batlle, para la capital de la república.

Del itinerario de mi viaje hasta San Ramón, muchas cosas podría decir, muchas cosas tristes que prefiero callar, porque me afectan personalmente y porque son muy tristes. No se debe exhibir miserias humanas sino cuando la exhibición puede ser útil enseñanza del futuro.

Llegamos a San Ramón ya entrada la noche, y allí supimos que «el bandido Saravia»,—como lo llamaba uno de los médicos de la expedición de la Cruz Roja oficial, al general nacionalista, había hecho volar los puentes del ferrocarril.

Era necesario detenerse. Los expedicionarioos,—que habían abandonado los heridos en Nico Pérez,—cenaron y fueron a acostarse. Yo quedé levantado y recibí la visita de varios amigos, quienes me noticiaron del desastre sufrido por el gobierno en Fray Marcos.

—«El pobre Melitón,—me decía uno de ellos,—es

el menos culpable de la derrota. La entera responsabilidad del desastre debe hacerse caer sobre el mismo Batlle. El había dicho oficialmente que la revolución agonizaba, que Aparicio Saravia, con dos mil hombres desmoralizados y desarmados, venía huyendo de Muniz, que no le daba descanso, persiguiéndole a sol y sombra. Cuando Melitón supo que el ejército revolucionario se acercaba, se dijo: ¡ésta es la mía! El buen general canario nunca había vencido a nadie y no podía desperdiciar un triunfo tanto más fácil, cuanto que, según la palabra del presidente, Muniz estaba cerca y llegaría a tiempo de dar una manito, en el caso improbable de que el caudillo Cordobés pudiese resistir a sus soldados. Contaba con fuerzas de línea, contaba con una sección de artillería y las milicias estaban perfectamente armadas y municionadas. El general Muñoz no podía despreciar la ocasión única que se le presentaba en la vida de adquirir una victoria, unas palmas que diesen autoridad a las palmas de su uniforme. Además, se afirmaba que Saravia traía consigo grandes caballadas, muchos potrillos orejanos, y el tiempo estaba bueno para una hierra. En su caso, sabiendo que era una fija, cualquiera expone la plata».

—¿Y la soba fué muy grande?

—¡Machaza! Esa gente disparada como luz mala, sembrando el campo... de jergos y cojinillos: le aseguro que pal año que viene la cosecha de trigo va ser extraordinaria!...

El hombre hizo una mueca maliciosa y prosiguió:

—«Imagínese que los nuestros mataron gente hasta a pedradas, y no mataron más porque las piedras son escasas y los terrones, con que les tiraban al último, no matan ni cachilas... ¡Qué gente julepiada! Supóngase, don, que en la carpintería de Z** se encondieron dos jefes... ¡si señor, dos jefes!...—mire, que lo parta un rayo si no es cierto;—bueno, eso jefes, y se metieron en unos cajones y pedían que les echasen virutas por encima;

bastante viruta. ¡Cómo sería la viruta que llevaban! Otros oficiales se metieron en casas de familia, a las que obligaban a esconderlos debajo de los colchones.

—¿Y los nuestros?

—Los nuestros se reían, y los amenazaban con degollarlos pa ver la cara que ponían los *micuines*. Los que escaparon iban que no les alcanzaba un resuello al otro. ¡Pucha digo! ¡lo que habrá gastao en jabón el presidente cuando aparecieron allá los canarios, todos sucios... de barro!

—Bueno, pero, ¿cómo fué la batalla?

—¡Qué batalla, don!... Cuando los sumacos acordaron, Aparicio los había traído al corral de ramas, como bandada de avestruces, y los envolvía por las dos alas sin darles tiempo pa tirar un corcovo. No peliaron, no señor, dispararon como yeguas y los de línea en la punta. El jefe de los cañones, el hijo de Cuestas, perdió hasta el kepis en la disparada; porque aquello fué ¡corré que viene Tabé!

—¡Si daba vergüenza, palabra!...

El buen paisano continuó narrándome episodios de la tragi-comedia, pero yo no lo atendía, preocupado con algo que me interesaba personalmente. El doctor P... me avisó que el ejército nacionalista debía hallarse en la Florida, a nueve leguas de allí. Nueve leguas se hacían en una noche, en un buen caballo; pero, ¿y el caballo? Allí no quedaba ninguno, no existía la más mínima probabildiad de hallarlo. Una idea cruzó por mi mente y después de un rato,—¡bah!—me dije—¿por qué no?

La expedición sanitaria de Navarro tenía buenos caballos; yo tomaría uno y partiría. Al fin y al cabo yo tenía el mismo derecho que los que habían llevado todos los caballos de mi marca, no dejándome *uno solo* en la estancia; y, además, mi amigo Gómez tenía razón en su filosofía cruel: «En tiempo de guerra, nada es de nadie, todo es de todos».

Arreglé mi recado, compuse personalmente un coji-

nillo roto y una estribera reventada, mientras hacía comer una buena ración de maíz al caballo elegido.

Luego fuí a uno de los breacks donde había visto varias tijeras de cortar alambre, y elegí la mejor. Sobre los asientos estaban tirados un montón de ponchos; yo no tenía poncho y cogí uno, pensando que con eso no hacía sino reconquistar algo de lo que me habían quitado; pero lo dejé con repugnancia; un caballo para llevarme, una tijera para abrirme paso, y rumbear en unos parajes que no había recorrido en mi vida, y después... lo que quisiera el destino.

Volví a prender en la copa del sombrero la divisa blanca que llevaba cuidadosamente escondida, la buena divisa compañera de mi primer mes de fatigas y ansiedades, monté a caballo y partí.

. . . . . .

. . . . . .

La presa Batllista, enfurecida por mi huida que les privaba de hacerme sufrir en Montevideo humillaciones análogas a las que me impuso Muniz en su campamento no ahorró adjetivos insultantes para condenar mi acción.

Yo era un hombre indigno, porque había faltado a mi palabra, y la prueba de que había faltado a mi palabra estaba en la siguiente carta dirigida por mí a Julio María Sosa:

«Melo, Enero 24 de 1904.—Estimado amigo: Estoy en esta jefatura prisionero y enfermo. ¿No podría su vieja amistad influir para que se me permitiese atenderme particularmente, dándome la ciudad por cárcel y con la garantía de mi palabra? Lo saluda su amigo de siempre. —*Javier de Viana.*

Y bien, sí, palabra de quedar en Melo asistiéndome de mis dolencias, no la palabra de no escaparme si me llevaban prisionero a Montevideo.

No he dado ninguna palabra al respecto, y si la hubiese dado... ¿qué mucho que no se cumpliera para Batlle y Ordóñez, que ha violado la suya, la suya empeñada a la nación entera?

¡Hablan de traiciones aquellos que las han cometido de todos modos!

En fin, ya hemos visto tantas cosas tristes, tantas cosas amargas, tantas ofensas a la nación, tantos sufrimientos del país, que la mía no merece atención.

Ya vendrán otros días, días claros, de justicia, y entonces se medirán y se pesarán las acciones de cada uno.

Por hoy sólo es posible y sólo permitido pensar en la patria, en la pobre tierra ensangrentada y llorosa: la pobre víctima de soberbias mal dirigas y de ambiciones bastardas.

Pronto amanecerá.

X

VUELTAS Y REVUELTAS

En la linda ciudad de Florida,—a la cual llegué al oscurecer del día siguiente tras una galopada de doce horas consecutivas,—encontré acampada la división departamental, que comanda el coronel Juan María Fernández.

La ciudad presentaba un aspecto de fiesta, de gran fiesta entusiasta.

Frente a la jefatura de policía, ocupada militarmente por las fuerzas nacionalistas, estaba de guardia un piquete de tiradores; y por las cuatro calles de la plaza era un continuo galopar de guerreros, en cuyos rostros alegres se adivinaba el contento que engendra la vuelta al pago tras una larga ausencia azarosa.

Veíanse las puertas de las casas abiertas de par en par y oíanse músicas y risas saliendo de las salas y de los patios, donde se bailaba, se conversaba y se discutía; donde las buenas madres, con una aureola de felicidad en sus cabellos blancos, contemplaban con infinita ternura los rostros tostados por el sol, de los hijos vueltos

al hogar .Su inmensa alegría alejaba el pensamiento de la próxima partida en busca de nuevas fatigas y de peligros nuevos.

En las aceras veíanse grupos de muchachas, vestidas de blanco y celeste, ofreciendo flores y cintas y divisas a sus comarcanos y amigos. En una esquina de la plaza, una señorita de la más distinguida sociedad, una rubiecita blanca y fresca como una margarita, detiene a un indiazo y le ofrece una cinta blanca con la inscripción en letras de oro: «División Florida», diciéndole con afectuoso entusiasmo:

—*Compañero*, su divisa está vieja y sucia, tome esta otra.

Y el criollo, turbado, desconcertado con un honor que no soñara nunca, coge entre sus gruesos y obscuros dedos temblorosos la alba cinta de seda, y tartamudea:

—«Esta tamien la via ensuciar, pero con sangre.»

Una niña gentil me ofrece una semejante.

No puedo aceptarla,—le digo,—la inscripción me lo impide.

—Es verdad; usted no es de la División Florida.

Y luego sonriendo:

Usted es un extraño aquí.

—Aquí y en todas partes, yo siempre soy un extraño.

Las casas de comercio estaban atestadas de gente. La milicada compraba de todo, desde el poncho que le aseguraba el abrigo hasta la olla para el puchero; desde el tabaco y la yerba hasta el pañuelo de seda y las cintas con los colores nacionales, que habían de servirle para satisfacer una coquetería casi infantil.

El ruido de sables, de lanzas, de espuelas, llenaba la pequeña y linda ciudad; y las voces alegres, las risas y los cantos entonaban un coro de fiesta que vibraba en el aire puro y ascendía bajo el cielo azul, la mirada bondasosa de un ardiente sol de febrero, y se iba, en ondas armoniosas, recorriendo las calles arboladas hasta morir entre las greñas del bosque del Pintado, sirvién-

dole de tumba las altísimas y agrietadas barrancas arcillosas.

Los jóvenes guerreros,—una juventud distinguidísima, muchos soldados con título académico, mucha muchachada rica, de la culta ciudad mediterránea, vestia lujoso traje y llevaba con orgullo los ramilletes de flores con que los obsequiaban sus prometidas, sus hermanas, sus amigas.

En cada esquina, en cada puerta de calle, en cada vereda, tenía lugar un delicioso idilio. Parecía que todas aquellas almas femeninas, convencidas de la santidad del móvil nacionalista, se afanaran en acrecentar los bríos de la brillante falange, y parece decirle en las dulces miradas y las tiernas sonrisas y en las frases cálidas y los gestos enérgicos: «Ve en busca de un ramo de laureles para adornar el nombre de la prole futura, que en la tierra del valor y la hidalguía hay que ser bien hombre para ser bien amado y hay que cumplir el deber, todo el deber, para llegar a ser bien hombre.»

En una de las mejores moradas de la ciudad se veía un cuadro encantador. La puerta de la la calle estaba abierta de par en par, y en el ámplio patio perfumado con rosas y claveles bajo un toldo de madreselvas y jazmines, se ve, en primer término, sentados en sillones de paja, un hombre anciano de rostro tostado por los los soles, de barba negra y sedosa, de ojos de mirada dulce, y una respetable matrona que lo contempla con tierna admiración. Son el coronel Juan María Fernández y su esposa.

A su alrededor, un enjambre bullicioso de hombres y mujeres que van y vienen y charlan y ríen. Ellas ceban mate, quemándose con el agua de la caldera los dedos inexpertos, ellos las contemplan con ojos amorosos y hay en el ambiente un vapor hecho de promesas, promesas de amor, promesas de heroismo.

En medio del cenador, una mesa; sobre la mesa, totalmente cubierta de flores y rodeada de niñas, un bou-

quet de flores blancas, que los finos dedos sonrosados tomaban para ceñirlo en los sombreros de los mozos, quienes al aceptarlo, firmaban el compromiso tácito de devolverla zahumada con el humo del combate, o dejarla allá, gloriosamente enterrada en la tierra que guarde sus despojos.

Al día siguiente, muy temprano, la división Florida,—que nunca mereció mejor el nombre,—se puso en movimiento para ir a incorporarse al ejército, acampado cinco leguas más al centro.

La brillante columna, compuesta de mil quinientos hombres con bastante armamento y sobra de municiones, desfiló por las calles de la ciudad en medio del delirante entusiasmo de la población, que despedía sin debilidades a sus hijos queridos, cruzados del derecho, caballeros armados en defensa de la dignidad nacional. Más tarde, en la noche triste, reinará en los hogares el abrumador silencio, que subsigue al entierro de un deudo amado. La alegría de un momento ha sido inmensa, desbordante, algo como un delirio, como una convulsión nerviosa. ¡Queda tanta pena para mañana! ¡Tantas noches largas de ansiedad esperan! ¡Tantas noches sin sueño, engendradoras de pesadillas angustiosas, de visiones sombrías y de amargo llanto!

¡Las pobres madres!...

Las flores que adornan los sombreros, las golillas, los ojales del saco, las dragonas de las espadas y hasta los cañones de los fusiles, se han marchitado ya con el beso ardiente de los soles de Febrero.

Ya no se ven las casitas blancas ni las torres altivas de la iglesia; en la inmensidad del campo, la noche llega solemne sobre el campamento donde se ha apagado el rumor de las alegres risas.

Es necesario olvidar de nuevo los encantos de la vida regular, y es necesario levantar un muro sobre el ayer, un muro detrás del cual quedan las más santas afecciones, todo el jardín del alma.

Junto a una carpa construida con ramas de sauce había un gran fogón que iluminaba una extensa zona del campamento. Allí, tomando mate y departiendo familiarmente con sus ayudantes, encontré al general Saravia.

Me recibió con el cariño que él profesa a todos sus soldados y se interesó vivamente en el relato de mis desgraciados contratiempos.

Al decirle que Muniz le odiaba y le envidiaba, el general lanzó una bulliciosa carcajada y exclamó:

—Muniz es como zorrillo, siempre está esponjado y jediondo.

—General, agregué; en el ejército gubernista todos saben ya que usted usa sombrero y poncho blanco, y hasta se me ha dicho que hay una compañía de tiradores especiales destinados a hacerle fuego a usted.

—¿De veras?

—Así lo dicen.

—Ya vé, ya vé,—exclamaron algunos de los presentes.

—Es necesario que tire ese maldito sombrero blanco.

—No,—respondió el general, riendo siempre,—me pondré lejos el día de la pelea y me servirá de disculpa el sombrero blanco.

Después...

—Dejemos esas zonceras,—exclamó,—y deme informes del ejército de Muniz; ¿cómo está de caballada y de ánimo?

Y prosiguió interrogándome y escuchando con mayor atención cuanto se refería al ejército adversario, a su general, a sus jefes, a la anarquía que reina entre ellos.

—A pesar de eso, general,—le dije,—Muniz tiene nueve mil soldados y le sobran armas y municiones; yo creo que todavía no podemos batirlo.

—También lo creo yo así,—respondió Aparicio contrariando a sus tertulianos, que protestaban, asegurando que nos sobraban fuerzas para vencer al dogo gubernista.

El entusiasmo de Fray Marcos duraba aun y ya nada parecía imposible a aquellos guerreros improvisados.

—El canario Muñoz también tenía muchos soldados y muchos cañones, y sin embargo, no pelearon. Créame, los micuines son como el aguará, una vez que han dado el lomo, ya no hacen más que disparar buscando el monte.

Pero Saravia que había quedado pensativo, sacudió la cabeza y replicó:

—Aún no es tiempo. Mis soldados valen mucho y yo tengo el deber de cuidar sus vidas. Cuando tenga catorce mil fusiles y un millón de cartuchos, entonces tomaré la ofensiva, entonces pelearemos al ejército que se nos presente. Antes, no.

Y luego, abandonando la expresión severa de momentos antes, el rostro iluminado por la habitual sonrisa, agregó alegremente:

—No tengan cuidado, que yo para disparar me tengo mucha fe; para pelear quien sabe.

Al día siguiente, que se ofrecía de fiesta con un espléndido sol vivificante, pude al fin tener la inmensa alegría de estrechar entre mis brazos a los amigos y camaradas de la división Treinta y Tres, que me acosaban a preguntas, haciéndome repetir cien veces el relato de lo que me había ocuurrido durante el poco tiempo que tuve el honor de ser prisionero de Muniz. Ninguno creia volverme a ver, pues suponían que el jefe gubernista habría de tener para mi las mayores severidades.

El coronel Pancho Saravia,—aquella alma de niño y corazón de héroe.—el coronel Saravia, que iba en carruaje, no curado aún de la herida recibida en su impetuosa carga de Illescas, me llamó en su lecho, multiplicando las preguntas con curiosidad insaciable.

—Ahora no estamos como antes,—me dijo con orgullo.—Mire al ejército, ya es ejército.

Y cuatro o cinco voces preguntaron a un tiempo:

—¿Ha visto los cañoncitos?

¡Los cañoncitos! Ya me habían hecho cien veces la misma interrogación. Los cañones tomados a Muñoz en Fray Marcos constituían la vanidad del ejército naciolista; hablaban de ellos con la inocente alegría del del chico pobre que ha conseguido un juguete complicado que no esperó tener jamás.

—¿Ha visto los cañoncitos?

Y se repetía la anécdota.

Cuando el presidente Batlle, a raíz del pacto de Nico Pérez, empezó a encargar a Europa y Estados Unidos grandes cantidades de armas y municiones preparándose para faltar indecorosamente a su palabra;—cuando el simpático político de Cerro Largo Pepe Villaamil leyó en un diario que el gobierno había recibido dos baterías de cañones Canet, fué a ver al general y le dijo aflijido:

—Vea el presidente no piensa más que en armarse, y todo eso no puede tener otro objeto que atacarnos.

—Y bien, ¿qué?—contestó tranquilamente el general Saravia.

—Que deberíamos prepararnos.

El general hizo temblar los muros con la más sonora de sus carcajadas, y respondió:

—Batlle es socio mío. Está comprando armas para los dos!

Y Villaamil, radiante de alegría, me señalaba los cañones y las ametralladoras que pasaban, diciéndome:

—¡Dos cañoncitos! ¡Cuando pienso que el general me decía siempre: «¡Si yo tuviese dos cañoncitos!»

Y el ejército entero, jefes, oficiales y soldados, todos volvían la cabeza para mirar con admiración infantil las piezas que brillaban con el ardiente sol de estío. Luego, entre risas y dicharachos camperos, se glosaba de mil maneras la frase del general.

—Batlle es socio mío, está comprando armas para los dos!

Al contento de hallarme de nuevo con los viejos amigos, a la satisfacción de verme allí dispuesto a com-

partir con ellos las penalidades de la lucha, se unía lo de advertir la transformación operada en el ejército al cabo de dos meses de campaña.

Ya no era la misma masa blanca, sin consistencia,—la familia, la tribu de los primeros tiempos. Los ciudadanos se habían hecho soldados,—con más facilidad que en la cuadra de un cuartel,—en la práctica de la guerra.

Aquel ejército que los diarios gubernistas daban por derrotado, aniquilado y desmoralizado, tenía ya la fibra resistente y una inquebrantable fe en el triunfo, porque los hombres honrados no pueden dudar nunca del triunfo final de la justicia.

Había doce divisiones, que marchaban por orden, llevando al frente una bandera azul y en ella, en cifras blancas, el número respectivo.

De estas divisiones, la más pequeña, la 3.ª, constaba de setecientos hombres; las demás tenían de mil afuera, mil cuatrocientos, mil quinientos y hasta mil ochocientos.

Si a esto se agregan otros grupos de doscientas y trescientas plazas,—planteles de futuras divisiones,—el batallón Libertad, el parque y la escolta, se puede calcular en cerca de veinte mil hombres el total de las fuerzas nacionalistas.

Pero, no obstante el buen refuerzo de armas conseguido con el triunfo de Fray Marcos, todavía faltaba para armar más de la mitad de la gente, no llevábamos arriba de ocho mil fusiles, y de ellos, muchos descompuestos y no pocos inservibles. El general tenía razón al decir que no expondría la vida de sus soldados dando batalla en aquellas condiciones.

Malgrado la escasez de armas de que he hablado, el estado de ánimo del ejército es excelente y la organización militar continúa activamente.

El triunfo de Fray Marcos no sólo nos dió muchos elementos bélicos, sino que enardeció a la tropa y le permitió operar con mayor descanso.

Libres de las marchas matadoras que siguieron al primer combate, ya la fatiga no amodorraba el espíritu. Por otra parte, los cuerpos iban acostumbrándose a la vida violenta, a comer poco y tranquear mucho. El caballo, que para muchos había sido al principio un instrumento de tortura, nos parecía ahora el más cómodo medio de transporte y cuidábamos con mimos nuestros fletes.

Muniz, con su ejército formidable, había quedado lejos y falto de caballadas; Benavente se inmovilizaba en el Durazno, los dispersos del Melitón Muñoz se encerraban en Montevideo, donde Batlle y sus colaboradores en criminales desatinos, temblaban esperando un ataque. Todo el sud era nuestro y nada nos impedía ir, sin grandes apresuramientos, hasta la costa del Uruguay, donde esperábamos recibir cinco mil fusiles y un millón de cartuchos.

No era raro tener uno o dos días de sosiego, que eran ocupados en la doma de potros y alegres diversiones.

Esto bastaba. Todos tenían dinero, en mayor o menor proporción, y no faltaban clientes a las cantinas improvisadas en carritos, a los vendedores ambulantes de balleta y caña, ni a los extraños reposteros que fabricaban tortas fritas al aire libre, con una carona por mesa de sobar y una lata por sartén. Los más ricos habilitaban a los más pobres para *poner un negocio*, y aquel que no tenía, ni dinero y aptitudes comerciales, siempre tenía algún amigo que le obsequiara con la cebadura de yerba o el trago de *canihna*. Algunos buscavidas hacían cobres desempeñando el oficio de lavanderos, porque en el ejército de Aparicio Saravia,—el gaucho bruto, bárbaro y desordenado de los periodistas batllistas, las chinas, no tienen entrada: nunca ha habido en las filas nacionalistas el espectáculo indecoroso de esos escuadrones de prostitutas que deshonran los ejércitos gubernistas.

Pero la causa primera de satisfacción entre nosotros, es la esperanza de recibir pronto el prometido arma-

mento. Conseguido éste, podremos detenernos y librar una batalla decisiva que ponga fin a la guerra, o que, por lo menos, aproxime la solución que hoy se contempla remota.

—Nos acusan de disparadores,—me decía un amigo, —y nos inculpan los destrozos que producen en la pobre campaña nuestras incesantes correrías.

—¿Y con qué razón? Es ridículo, que nos hagan un cargo porque no nos dejamos masacrar. ¿Acaso hemos hecho nosotros la guerra?... ¿No fué Batlle que nos arrojó de nuestras casas obligándonos a tomar las armas para defender, no ya nuestras libertades, sino nuestras vidas?... Esto es simplemente y llanamente una cacería de hombres a fusil y cañón, y sería absurda la cólera del cazador contra la pieza que huye, tratando de escapar a la muerte. Si en la huida produce estragos y si obliga al cazador a producirlos también, ¿quién es el culpable? Bien sé yo que cada día de guerra es un día de luto para la patria; bien veo que donde pasan los ejércitos pasa la desolación con ellos y son como siniestros sembradores de miseria; pero no sería lógico ni justo que se nos exigiese el sacrificio de nuestras vidas para conservar las lozanías de un jardín cuyas flores perfumarán nuestras tumbas. Es un gran delito la guerra; es un crimen muy grande ese crimen, pero la responsabilidad gravita por entero sobre el torpe mandatario que rompió imprevisor el odre de los vientos.

El general Saravia nos designó para que, acompañado de Pepe Villaamil, Carlos Roxlo y Febrino Vianna, fuese a la ciudad de San José a fin de cobrar la contribución inmobiliaria y las patentes de giros.

Se necesitaba dinero, y era perfectamente razonable que lo obtuviésemos por los medios del impuesto; el mismo medio empleado por el gobierno para comprar las armas con que rompió su compromiso de marzo y amenaza masacrarnos. Desde ese día el señor Batlle cesó de ser presidente de la república; su gobierno caducó

desde el instante en que por superlativa ignorancia,—y la ignorancia en un gobernante es un crimen,—decretó la guerra; lo cual equivalía a despojarse del mando institucional en que le aclamó la asamblea legislativa. Al decretar la guerra, decretó la ley del más fuerte, y en nuestra calidad de más fuertes nos asiste pleno derecho a utilizar los recursos de la renta nacional.

Por otra parte, ¿qué mucho que nosotros cobremos impuestos para comprar armas que nos ayuden a defender la vida, cuando el presidente Batlle nos hiere con la monstruosa ley de interdicciones?...

¡Esa ley de interdicciones!

¿Se sabe lo qué significa? ¿Se conoce cuáles son sus efectos?

Ante todo es torpe y resulta una cueldad inútil, nacida de un alma podrida por los odios.

—¿Batlle cree, sin duda,—me dijo el caballeresco comandante Fructuoso del Puerto,—que nosotros, estimando más nuestras fortunas que nuestras vidas y nuestras familias, vamos a entregarnos ante su amenaza? Ese hombre no tiene idea de la dignidad humana...!

—¿Me van a quitar mi estancia a mí?—pregunta el coronel Mariano Saravia.—En ese caso, aunque el general haga la paz, yo sigo la guerra por mi cuenta. Cien muchachos no me van a faltar y con ellos les he de hacer ver el diablo a los batllistas!

José R. Gómez, el filósofo del ejército, se me acercó y me dijo con ira solemne:

—¿Todavía crees que Batlle es un hombre bueno?

—¿Por qué?

—Porque esa ley de interdicciones es algo más bárbaro todavía que la degollación de prisioneros. Es tomarnos las familias de rehenes, es amenazarnos en nuestras familias, a las que les quita el pan, a las que condena a morir de hambre. El objeto no es privarnos de recursos, no puede ser tampoco el absurdo de que nos sometamos ante la perspectiva de perder nuestros bienes.

es herirnos en lo más hondo de nuestros sentimientos, haciendo que a los dolores de la campaña se una el dolor máximo de imaginar a nuestras madres, a nuestras esposas y a nuestros hijos muriendo de hambre. ¡Ni en la imaginación neroniana de Máximo Santos nació nunca esa flor de iniquidad!

XI

SANDWICH FILOSOFICO

La noche. Una carpa muy blanca en las sombras muy negras; la noche medrosa del descampado sobre el cual se cierne la amenaza de la guerra: una tienda elevada entre dos miedos... ¡El miedo!... Yo lo he visto con cien trajes diversos y aún estoy sintiendo los escalofríos pasados. Hay animales que no tienen nunca miedo: son animales potentes, que merecen respeto; pero, tener miedo y tener vergüenza es un tormento que conoció Turenne y que ha olvidado Mosso.

En aquella carpa estábamos: Pepe Villaamil, Carlos Roxlo, Febrino Vianna y yo.

El ejército había quedado a diez leguas de distancia, hacia el norte, y nosotros íbamos al sur, a San José, en la delicada comisión de cobrar los impuestos. Llevábamos por escolta veintidós hombres. De estos veintidós, había: un par de asistentes míos, otro de Roxlo y un tercero de Vianna, todos desarmados. Luego, ocho de Villaamil, quedándonos ocho hombres provistos de fusiles para custodiarnos a nosotros... y a los treinta y tantos mil pesos oro que llevábamos.

Había allí dos poetas. Roxlo, el poeta del ideal, la mariposa de alas irisadas, y Pepe Villaamil, el poeta de la vida práctica. El uno soñando quimeras, y el otro cantando con dolorosa resignación las privaciones de la guerra, resultaban igualmente épicos.

El ex jefe político de Cerro Largo es un *vieux garçon*, inmensamente rico, muy culto, muy educado, emparentado con la mejor sociedad montevideana, y que, por quien sabe qué drama íntimo, vivía desde hace muchos años en su estancia, haciendo una existencia de *gentleman fermer*, o, con más propiedad, de uno de esos *gentilhomes campagnarde* tan queridos por Guy de Maupassant.

Fué a la guerra llevando una tropilla de caballos, una compañía entera de asistentes y cuatro cargueros, entre los que descollaban dos pares de enormes *cangallas*. En esas árganas llevaba,—a más de un surtido de ropa para dos estaciones, tarros de café, de té, de azúcar; paquetes de chocolate, botes de convervas, de *pate de froit gras*, de *paté de liêvre*, de *petites pois*, de sardinas, etc,; sartas de salchichón de Boloña, grandes latas de rico tabaco brasileño.

Goyano y Flor del Cerrito,—y hasta botellas de *Chateau Margaux* y de champaña Roedere.

Todos estos lujos sibaríticos no le impedían renegar de la mañana a la tarde, echándole cien mil maldiciones diarias a Batlle y Ordóñez, que le había obligado a embarcarse en tales aventuras guerreras.

—Cuando sea necesario probar que nosotros no hemos hecho la guerra,—me decía esa noche;—basta citarme a mí. ¿Quién puede creer que yo haya venido voluntariamente a la guerra?... Tengo tres estancias, tengo muchos miles de vacas y ovejas, he desdeñado los puestos públicos, no he deseado nunca otra cosa que vivir a mi gusto, entre los cien eucaliptus, los mil naranjos y los innumerables rosales de mi casi palacio. Ha sido necesário que me arrojaran de allí, que me amenazaran, que me obligaran, para que me pusiese una divisa y viniese a pasar necesidades en un campamento... En fin, voy a tomar un mate de café... Esta vida es terrible; la suerte que tenemos dinero.

A lo que replicó Roxlo:

—Este señor Villaamil confunde lamentablemente los

números de los verbos; cuando debía hablar en plural lo hace en singular y cuando debe expresarse en singular, pluraliza. En vez de decir: *vamos* a tomar un café, voy a tomar un café; y en cambio exclama *tenemos* dinero, cuando es él solo el que lo tiene.

Una ligera alarma en el campamento impide la replica de Villaamil, quien luego al mismo tiempo que aprontaba la cama con su recado de oro y plata, que ponía cuidadosamente debajo de la cabecera los cintos, las maletas llenas de oro, y el puñal de mango y vaina de plata y oro, y el lujoso rebenque y sus *garras* de brasileño ricachón, exclamaba suspirando:

—Ahora, lo que hay que hacer es destruir, desolar, causar todo el mal posible.

—¿Para qué?

—Para que se cumpla lo que ha dicho el general: «Esta guerra debe ser la última que ensangriente y asole al país. Esta debe ser la guerra por la paz».

Roxlo se indigna y replica, agitando los brazos en un gran ademán tribunicio:

—No digáis barbaridades. Lo que es necesario es que respetemos la propiedad, que demos un ejemplo de orden, de consideración, de piedad para la pobre patria.

—Y esa piedad, — exclamó,—equivale a la limosna que daba al menesteroso: en vez de un bien hace un mal. La guerra es la barbarie; todas las atrocidades caben en la guerra. Cuanto más pesemos sobre el país, más pronto se levantará el país entero para obligar la paz. Además, ¿por qué hemos de afanarnos en cuidar un jardín ajeno? ¿No nos han obligado, como a los sudras indostanos, a abandonar nuestras moradas y a buscar refugio en los bosques, donde viene a cazarnos a metralla?... ¿Qué el país se arruina?... ¿Y qué nos importa un país que no es nuestro? Si no ha de haber patria para todos, que no haya patria para nadie.

. . . . . .

Ellos callaron, porque en el alma de todos revolotea-

ba el mismo pájaro negro y todos sabían que era necesario luchar desesperadamente hasta conseguir el imperio de un régimen nacional, y que en ese empeño no se habría de cejar aunque peligrase la independencia nacional. Los pueblos son como las personas: vale más que mueran antes de arrastrar una vida deshonrada y miserable. Una nación que vive entregada a la lujuria de una casta, que durante un siglo se agita en estremecimientos convulsivos de ningún resultado práctico; que no obstante, sus sacrificios de sangre y de dinero, no logra la libertad, la honradez administrativa, la quietud para el trabajo, es una nación que no tiene condiciones para ostentarse como tal. De una vez para todas es necesario concluir con el estado epiléptico en que hemos vivido hasta ahora, conseguir la salud, o si no dejar de ser.

—¿Y cómo se obtendría la paz, es decir, la salud?

De la única manera posible: la paz institucional.

—Es lo que quiere Batlle.

—No, es lo que *dice* Batlle, pero no lo que *quiere*. El pretende, no el silencio que reina en el taller de los obreros, sino el silencio de los esclavos en el ingenio. Necesitamos la paz *institucional*, la paz garantida con el respeto a la ley,—que nosotros no hemos de violar jamás;—la paz que fluya del funcionamiento armónico de todas las cédulas nacionales, no la que se obligue por la brutalidad de la fuerza. Desde luego, esa paz, basada en la confianza recíproca, no puede hacerse con Batlle, porque es falso, es informal, es criminalmente egoista, es torpemente déspota y de inteligencia incapaz de abarcar una amplia fórmula social. Si hiciéramos la paz con él, nosotros seríamos los malos patriotas, nosotros seríamos los responsables de la guerra de mañana, la guerra inevitable tras unos meses de descanso, porque no hay máquina ninguna que pueda funcionar en manos de un loco. En el gobierno de una nación un bruto es más peligroso que un pillo.

En ese momento un negrito, asistente de Villaamil, entró a la carpa, trayendo el mate de café. Roxlo lo interrogó así:

—Vamos a ver. Tú también eres un ciudadano perseguido como nosotros, tú tienes iguales derechos e iguales quejas que nosotros, tú sufres y luchas como nosotros y hay que consultarte a ti también en la resolución de los grandes problemas... ¡Ya sé, ya sé! no entiendes nada de lo que te estoy diciendo, pero eso no importa nada, porque para hacerse matar no se precisa talento, sino corazón... Te pregunto: ¿Cómo crees tú que concluirá esto?

—Mire,—replicó el negrito rascándose la cabeza,—nosotros no hicimos el baile, pero aura es necesario bailar pa no despreciar el gasto, Batlle compró las velas...

¡Y es necesario que las aproveche, aunque sea para su velorio... es justo!

Hubo un instante de silencio, y en mi alma ya bastante empobrecida, pasó una nube más: de arriba abajo, desde los intelectuales hasta los analfabetos, había una idea única y un propósito único: enterrar la patria si no se puede hacer una patria digna.

XII

SAN JOSE Y ARROYO GRANDE

Nunca había visitado la perla del centro, la presuntuosa ciudad maragata y que orgullosamente se llama un *Montevideo chico*.

Recuerdo con tristeza que varias veces habíamos proyectado visitarla con mi compañera. ¡Cuán distinta habría sido entonces la impresión que me causara!

Es bella San José; pero en mi alma abatida, el dolor es tan intenso, que emploma las alas de la admiración estética.

Es una ciudad ayer risueña y activa, hoy simplemente bella y muda, en cuyo seno, como en todos los centros vivos del país, la guerra dejó su saeta emponzoñada.

Se vive con la visión de la muerte en la retina. Aquí, como en todo el país, la vida parece en suspenso; aquí, como en toda la tierra nuestra, regada con sangre y lágrimas, se sueña con el pasado, se traga el presente como un alimento indigerible y se cierran los ojos para no ver los fantasmas que flotan en las sombras densas del porvenir.

La luz azulada de las ampollas eléctricas se quiebra melancólica sobre los blancos adoquines de la ciudad coqueta, los blancos adoquines donde resuena el duro y precipitado pisar de nuestros caballos de guerra y no se escucha el suave deslizar de los carruajes en ronda alegre, ni el rodar pausado de los pesados vehículos trabajadores, que son como la respiración bulliciosa del comercio y de la industria en los tiempos felices de la paz.

La luz mortecina de los focos eléctricos ilumina la faz empalidecida de los raros transeuntes. Yo los miro y pienso: «Este anciano de cabellos blancos, de cuerpo encorvado que pasa silencioso y abstraído junto a mí, es quizá un viejo luchador que ha visto devorada por la guerra, en pocos días, la fortuna amasada en largos y estrechos años de trabajo rudo y tenaz.» Y siento compasión..

Y luego pienso:

Este anciano que pasa silencioso y abstraído junto a mí, es quizá un padre cuyo hijo adorado duerme en la lejana cuchilla el sueño inacabable... Y siento frío en el alma, porque yo soy padre también.

Veo pasar después, igualmente en silenció y más trágicamente triste, una mujer enlutada que lleva de la mano un pequeñuelo, en cuyo rostro inocente hay la alegría animal de un cachorro juguetón; y el corazón me da un vuelco, y siento algo amargo, como si hubiese

mascado raíz del *putia*, porque me imagino a otra mujer vestida de luto, llevando de la mano un infante alegre: ¡y esa mujer es mi esposa! ¡y ese infante es mi hijo!

¡Oh, guerra!, ¡oh, guerra, tú no has salido del vientre de ninguna madre, tú no has creado nunca, tú sólo sabes destruir, tú ignoras el placer de producir vidas y la satisfacción de conservar vidas, aunque sea en medio de los espasmos dolorosos de la tigra que amamanta sus cachorros!...

Pero es necesario cerrar el alma con doble vuelta de llave; es necesario hacer que enmudezca el sentimiento para escuchar tan sólo la voz imperiosa y fría del deber. El presente es de hierro y nos debemos a ese presente. Vivimos para él... mientras vivamos...

A altas horas de la noche recorro a caballo las solitarias calles de la linda ciudad de San José de Mayo. Todo aquí habla de civilización, de progreso, de *fe en la vida*, de ansías o de mejoramiento, de ideales, de labor del músculo y del cerebro. Y sin embargo, todo duerme, todo yace en el letargo impuesto por la guerra. Es un campo destinado a rica cosecha en el cual solo crecen yuyos, hinojos y cicutas, la flor de la locura y la flor de la muerte.

Me da en pensar que muchos mirarán con indiferencia estos tormentos de mi patria, porque es una patria chica, un pobre hidalgo en la heráldica de las naciones; pero mi patria está habitada por hombres, y el hombre es siempre el mismo, y los dolores humanos merecen igual respeto y compasión en las grandes tierras y en las tierras pequeñas. Bajo todo los pabellones el dolor es siempre el mismo y las miserias de la especie no necesitan divisa para merecer compasión en los corazones generosos.

¡Y lo que yo he sufrido por no tener el alma abroquelada al sentimiento, por no tener educado el paladar al sabor amargo del egoísmo, por no saber mirar indiferente lo que padecen mis hermanos!...

En las largas horas negras de mis tristes meditaciones, he llegado a comprender a Caín; y quizá fuí un ridículo Isaías paseando mi rostro pálido en la desierta ciudad y echando al silencio de la noche trágica, mis lamentaciones inútiles y mis lágrimas, vergonzosas en quien lleva en sus manos un fusil, encargado de sustituir razones.

¡Caín! ¡Oh, cómo es grande tu odio, y cómo es justa tu venganza y cómo es raquítica y baja y condenable la hipócrita raza de Abel.

En mis noches, he repetido cien veces la agria frase del solitario de Midán: «El odio es santo».

En cinco meses de mascar cicuta, el odio ha sido mi único consuelo, porque el odio es la consecuencia forzosa de la privación de amar. En campo que no nace trigo, crecen malezas. En la vida, solo los imbéciles son indiferentes; los demás odían o aman. Yo sé que antes era bueno y hoy no me avengüenzo de ser malo; mi alma se ha secado como un campo invadido por las dunas y si algo produce serán frutos espinosos sin belleza y sin perfume. El rencor solamente la alimenta; el deseo de venganza tan solo la sostiene. He visto arder y consumirse en el incendio, no solo mi hogar sino el hogar de miles de hermanos míos. Las llamas me envuelven, me marean, me devoran; ya nunca podré perdonar, ya nunca sentiré compasión, ya nunca brotará de mi corazón otra flor que la flor negra y maléfica del odio.

Yo ya no tengo amigos.

Yo ya no tengo familia.

Yo ya no tengo hogar.

Yo ya no tengo patria.

Y, más que nada, yo ya no tengo ilusiones. ¡Es imposible que deje de odiar a los que las han asesinado!

El llanto de los seres que me son más queridos, la sangre de los seres que quise; lo que han sufrido los que son parte de mi corazón, y el recuerdo de los que se están pudriendo sin sepultura piadosa en los llanos y las

cuchillas de mi tierra, han convertido en acero lo que era hierro no más.

Lo que antes se contentaba con resistir, tiene ahora imperiosa voluntad de herir.

Ha llegado un momento en que,—¡perdón en nombre de la patria que me vió nacer!—me he sentido capaz de llegar hasta la atrocidad cometida a diario por los bárbaros inclementes.

¿Matar? En cualquier forma, de cualquier manera.

¿Horroriza?... Posible. La verdad horroriza siempre porque es un cometa de órbita larga, que pocas veces aparece en el cielo de la moral.

Para decir la verdad es necesario estar probado en el infortunio, haber pasado por el crisol donde hierven los sufrimientos máximos.

La verdad es tan santa como el odio, y los que tienen el valor de decirla merecen siempre respeto.

Yo amo mi tierra con pasión charrúa, pero desearía verla arder, consumirse, extinguirse, convertirse en cenizas con tal que ardieran con ella los que han cometido el crimen inmenso de hacerme malo. Como el arachan de mis pagos, en las floridas selvas del caudaloso Cebollatí, yo he vivido mirando al sol; cuando el sol murió, yo dejé de existir al igual de mi raza.

Y si algún día alguien me preguntara el porqué de mi odio, les responderé: «interroguen a las madres uruguayas».

Nuestro orgullo era muy grande a posesionarnos de la primera ciudad del centro de la república. El hecho de que estuviésemos allí, cobrando impuestos, constituidos en autoridad, cuando nos habían declarado en derrota y dispersos, era demostrar nuestra fuerza, era evidenciar los poderosos elementos con que contaba el pueblo perseguido y la impotencia del gobierno para estrangularlo de una vez. En el andar del tiempo y en la gimnasia obligada, habíamos adquirido alas y garras y las exhibíamos con placer.

El coronel Cicerón Marín,—cuya pera blanca parece un rejón de lanza, amenazador como la mirada dura de sus ojos azules,—nos decía severamente:

—Traten de juntar bastante dinero; con eso compramos armas, y cuando tengamos armas suficientes, ya verán como los zumacos disparan buscando cuevas de tucu-tucus para esconderse.

Nosotros pagamos con gusto,—respondió un comerciante acaudalado; pero es muy probable que una vez concluida la guerra, Batlle nos obligue a pagar de nuevo.

—Sería una iniquidad.

—El presidente es capaz de todas las iniquidades.

—Pero no hará eso,—replica el bravo guerrero,—porque al concluir la guerra, él ya no será gobierno.

—Dios lo oiga.

Durante dos días trabajamos de sol a sol, sin lograr dar abasto al despacho de la infinidad de planillas que nos presentaban.

Todos querían pagar, sabiendo que aquella vez la contribución que entregaba el pueblo iba a ser empleada en servicio del pueblo.

—Vea,—me decía un rico almacenero,—con lo que pagamos el año pasado, Batlle compró armas para hacer la guerra...

—Y con lo que pagan ahora, nosotros compraremos armas para hacer la paz.

Así es, pues.

Aquellos que no tenían suficiente dinero, entregaban el resto en artículos: ponchos; frazadas, yerba, tabaco, etc. Un italianito de aire triste nos dijo que no tenía dinero para la patente, que pagaría en artículos.

—Muy bien,—le respondimos.—¿Qué género de negocio es el suyo?

—Barbería, señor.

Lo que produjo la hilaridad consiguiente.

Con las maletas bien repletas de oro, provistos de artículos de primera necesidad para el ejército y habiendo

hecho una buena requisa de caballos, nos dispusimos a marchar, acompañados por la división del comandante Antonio González. Marín con la suya, había partido el día antes, disgustado con algunos jefes locales que se negaron a permitir la voladura del puente del ferrocarril y la destrucción de los aparatos telegráficos y de la red telefónica.

Esta condolencia debía costarnos bien cara después. Nuestro buen amigo Villaamil tenía razón; era necesario destruir, asolar, aniquilar todo, hacer sentir de una vez y en todas partes el peso de la guerra.

Al salir de la ciudad, nos apenaba ver los grandes molinos, los inmensos aserraderos, las varias fábricas, todo mudo, todo desierto, sombrías las altas chimeneas, por donde no salía ya la respiración del trabajo. No había obreros, no había vehículos para conducir desde que no exístia a quien vender.

La gente del gobierno había hecho una razzia completa obligando a tomar las armas a los viejos, a los niños y hasta muchísimos extranjeros. Los que pudieron escapar a la leva, ganaron los montes y se fueron a las filas nacionalistas, para exponer la vida con los suyos, ya que no se les permitía quedar tranquilos en sus casas.

Nuestro ejército era el campo de asilo de todos los perseguidos, el amparo de todos los arrojados de sus casas por la tiranía batllista.

Desempeñada nuestra comisión, hemos llegado, al caer la tarde, al ejército, acampado sobre la margen izquierda del Arroyo Grande, desde hacía dos días.

En el campamento reina una calma inmensa, una calma dolorosa, presagio de la gran tormenta en gestación. La quietud, después de tres meses de marchas precipitadas, resultaba dolorosa, porque priva el hermoso sueño animal, en el que no se sueña ni se piensa. Con el reposo y la tranquilidad el espíritu recobra su imperio y los recuerdos vienen a unirse el padecimiento moral y las fatigas físicas.

Al borde de una lindísima laguna y a la sombra de unos viejos sauces llorones, extiendo mi recado, me tiro largo a largo y sueño... sueño, en las noches tranquilas de la estancia, en mi honrada labor intelectual, en la tierra que hacía producir con mi trabajo, en los libros que deleitaban mis horas de holganza.

¡Cómo era bellas esas veladas de ayer! ¡Cómo era dulce la existencia en el tibio calor del hogar en medio de las santas afecciones de una familia adorada! ¡Con cuánto ardor me consagraba a sembrar entre el vecindario de aquella apartada región de mi tierra ideas de progreso, de mejoramiento social y económico! Recuerdo que hice mucho y algo obtuve, por perfeccionar la policía rural; fundamos una escuela, construímos líneas telefónicas y varias calzadas en vados antes intransitables, con nuestros propios recursos. En unión con el laborioso diputado Francisco Ros y el incansable patriota Fructuoso del Puerto, luchamos afanosamente y teníamos casi resuelto el problema importantísimo de la navegación del río Cebollati y el establecimiento de colonias agrícolas en sus fértiles márgenes. Un año más de paz, y un puente de cincuenta mil pesos domaba las furias del río Olimar. Un año más de paz y el ferrocarril pasaba, entonando su canto de progreso por las soledades del Este. Todo eso lo habíamos obtenido despertando la iniciativa individual, uniendo las energías, las voluntades y el capital de la región. Nacionalistas y colorados y extranjeros, todos trabajábamos unidos, sin otra idea que el engrandecimiento de la patria, por medio del trabajo y al amparo de la paz.

Y todo eso fué destruído, pulverizado, aventado por el capricho de un mandatario desequilibrado, por el orgullo enfermizo del presidente Batlle, cuyos ojos no saben ver la desolación causada, cuyos oídos no saben percibir los ayes y los lamentos de la pobre patria tan criminalmente herida...

¡Qué diferencia entre aquellos sueños de laboriosas y

nobles empresas y las aspiraciones de hoy, envenenadas por el odio que hace brotar la agresión inícua, la venganza inclemente del hombre que hubiera debido ser el principal colaborador de nuestra obra santa!

Hoy, tendido sobre el recado, a orillas de un monte huraño, contemplo sobre mí la inmensidad del cielo y apenas siento el helado rocío de la noche que humedece mi frente caldeada por los dichosos recuerdos de aquel ayer tan cercano, y al mismo tiempo tan distante.

Contra mi deseo, el espíritu deriva y se va a la contemplación de ese ejército que presiento, más que veo, entre las sombras densas.

El río forma aquí una hoz inmensa y negra, salpicada de puntos rojos que señalan los innumerables fogones revolucionarios.

Miles y miles de hombres, de todas las clases sociales, venidos de todos los pagos, están tendidos allí; el rico junto al pobre, el sabio al lado del ignorante, el torpe cerca del talentoso, el puro codeándose con el corrompido, todo confundido en una idea común de defensa y sacrificio.

Las diversas profesiones, las distintas aptitudes, las diferentes actividades producidas por la civilización, se borran, se confunden en la sola actividad de destruir, que ha generado la guerra, al dislocar la armonía social. De los distintos arroyos que corrían mansos, fecundando los campos, la guerra ha hecho, al juntarlos, un torrente que pasa brumador, destruyendo cuanto encuentra por delante.

XIII

AL NORTE DEL RIO NEGRO

Seguíamos acampados en la costa del Arroyo Grande. Villaamil había tendido orgullosamente su gran tienda de

campaña y nos disponíamos a saborear los ricos costillares de carnero, cuando llegó a visitarnos el general.

—Bájese, general, hay carne gorda.

—Ya veo, y barata, pero yo no como carne gorda, no como nada más que pulpa, para dar el ejemplo.

—Tenemos *mulita* también.

Don Pepe, esta vez, como de costumbre, empleaba mal los verbos; era *yo* quien tenía una *mulita*, no *nosotros*; y maldita la gracia que me hizo ver al general desmontar, respondiendo:

—Eso sí, porque es bichito del campo.

Y tendiéndose de bruces en el suelo, sin temor de ensuciar su pantalón negro, pidió un cuchillo,—porque él no usa ni cuchillo ni revólver,—y comenzó a comer con un apetito digno de su actividad.

—Diga, general, ¿vamos a seguir pudriendo aquí?... ¿Cuándo marchamos?

Mañana mismo. Vamos a la costa a recibir cinco mil armitas.

—¿De las de la sociedad con Batlle?—interrumpió Villaamil.

Y el general, tras una de sus carcajadas peculiares:

—No—dijo;—me mandan de Buenos Aires; ya está fletado el vapor y sólo falta que les indique el día y punto fijo para traerlas.

—General: yo no creo, ni que salgamos mañana, ni que vayamos a la vista del Uruguay ni que vengan esas cinco mil armas.

—¿Por qué no cree?

—Porque usted lo dice: y yo sé que usted es más hábil diplomático que las cajetillas, los «embrollones de letra menuda», como dice su amigo Muniz.

—Vea,—me dijo,—y sacando de una cartera muy rota un papelito arrugado y sucio; aquí me lo dicen; ¿no ve?, cinco, cinco mil fusiles... y la correspondiente dotación de cartuchos.

Y en la seguridad de habernos convencido, volvió a

guardar la carta que nos había pasado por delante de los ojos, sin permitir leer una sola palabra.

Y la mitad de mi mulita había desaparecido ya bajo las terribles mandíbulas del general.

—Apróntense para ir a Mercedes a cobrar la contribución.

—Bueno,—me dijo Roxlo al oido,—aprontémosnos para agarrar para el interior.

—¿Y andamos bien, general?

—¿Cómo no vamos a andar bien?... Nosotros adelante, el enemigo lejos atrás y ustedes saben que yo me tengo mucha fé para disparar. Tenemos que ir bien.

—¿Y no pelearemos?

—Por ahora no. Cuando tenga doce mil hombres armados, entonces daremos vuelta para hacer dos o tres peleítas antes de entrar en Montevideo. Por ahora, vamos caminando, que nosotros con caminar ganamos. Ellos son los troperos, nosotros somos la tropa, y el tropero es el que paga los gastos. ¿No es así?...

Tornó a reír, dió unas mascadas más: la mulita había desaparecido.

—¿Quiere un poco de vino?—ofrece don Pepe Villaamil, dispuesto al derroche ese día

—¿Vino? ¿Quién toma vino?

Y ante la mirada severa de Saravia, el jefe de recaudadores bajó la cabeza y contestó sonriendo:

—Era una broma.

Y luego:

—¿Quiere café?

Me gusta mucho; pero aquí no como nada más que carne sin sal ni bebo otra cosa que mate amargo. ¿Le parece lindo que el general se esté tratando bien, mientras los pobres soldados no tienen más que un pedazo de pulpa, y a veces ni una cebadura de yerba, y en ocasiones ni un pedacito de tabaco?... Lo que pueden soportar mil soldados lo debo soportar y lo quiero soportar yo también.

Se puso en pié, montó.

—Miren—dijo luego;—yo voy a meterme allá, en aquella islita de talas, si hay algo muy importante, me avisan, si no, me dejan solo. Tengo que preparar algo.

Dos horas más tarde los clarines tocaban a ensillar y emprendimos la contramarcha hacia el centro y norte del país. No nos habíamos equivocado en nuestras predicciones.

No sabíamos cuáles serían las causas que nos impedían seguir operando al sud, porque el general usaba siempre de prudente reserva; pero la noticia de la ida al norte fué recibida con pena por todos.

—El norte siempre nos ha sido fatal,—decían los veterenos. Y Fulgencio Senosiani, un treintetresino que mira todas las cosas en negro,—quien sabe por qué misteriosas refracciones,—gesticulaba exclamando:

—El monte es nuestra tumba. Acuérdese de que Paysandú está al Norte de Río Negro.

—¿Y usted, coronel,—le preguntó a nuestro bondadoso jefe el coronel Pancho Saravia,—usted qué piensa?

—Para mí me es igual,—responde sonriendo el temerario guerrillero. Pelear aquí o allá, para mi es lo mismo.

Pero en todo el ejército se notaba el descontento, algo así como el presentimiento de un descalabro serio.

Durante la marcha y abusando de la libertad que tenía para andar de un lado a otro, *toldeando*, me acerqué al coronel Basilio Muñoz y repetí mi interrogatorio.

—¿Qué le parece la ida al norte?

—Mala, mi amigo, mala,—me contestó Basilio con su sonrisa afable, con su voz cadenciosa como vidalita.—Mala,—agregó,—porque nos vamos separando del enemigo, y lo que yo desearía es tenerlo siempre cerca.

Basilio Muñoz es un hombre joven, trigueño, un verdadero tipo criollo, de bigote negro, de ojos negros, vivaracho, en ocasión temibles. Muy culto, muy fino, tiene

modales que parecen afeminados. De un valor temerario, de un arrojo increibe, es, en los momentos de mayor peligro y de mayor exitación, el mismo hombre de frase impecable.

Se cuenta de él que en uno de sus innumerables combates singulares, dirigió a su adversario esta frase acompañada de su más plácida sonrisa:

—«Usted disculpe, señor, pero lo voy a matar».

Y le partió el cráneo de un sablazo.

Hombre instruído, hijo de guerreros y de grande vocación militar, ha estudiado mucho y desde los comentarios de César y el memorial de Napoleón, hasta los tratados de táctica, creo que ha devorado cuanto libro sobre milicias ha caído en sus manos.

Rivaliza con Aparicio, en lo dandy, y es mucho más *gaucho* que Aparicio, si no como campeón, al menos, como apariencias de campero.

De conversación alegre y amena, de carácter noble y generoso, es quizá el mejor *jefe* del ejército nacionalista. Siendo en el servicio extremadamente severo, ha logrado formar una división modelo, una división que cuenta con más de dos mil hombres, bien armados, bien organizados, bien disciplinados, y, además, ciegamente afectos a su jefe, que es para todos un padre cariñoso y un guía avisado. Lo quieren, lo respetan y lo siguen sin titubeos. ¡Y eso que él los lleva siempre a conversar con la muerte!

Ese es otro de los *bárbaros*; de los «caudillos *gauchos* de instintos salvajes y de cerebro obtuso»; de los «caciques pampas que sueñan con malones»; de los jefes analfabetos que siguen y ayudan al bárbaro, salvaje y analfabeto y criminal Aparicio Saravia. Hombres de instinto y aspiraciones primitivas que odían la civilización y ansían la regresión a los tiempos del chiripá, la bota de potro, el tirador de onzas y la espuela nazarena.

Y, casualmente, mientras converso con mi buen amigo

Basilio Muñoz, llega hasta nosotros otro jefe, un mocito alto, presuntuosamente vestido, los bigotes levantados, como si acabara de pasarles el fierro, las manos encerradas en los guantes. ¿Quién es? El comandante Bernardo García, otro *bárbaro* de las hordas saravistas.

Y así siguen desfilando *bárbaros*, Moratorio Palomeque, los Montes, Irureta Goyena, los Uriarte, el doctor Berro, los Ponce de León, los Navarrete, los más viejos y más ilustres nombres del país los que representan la fortuna, la ilustración y la aristocracia de nuestra nación.

Unos son jefes, otros son simples soldados; todos brutos sin ideales y sin cultura, todos retrógrados empecinados, todos feroces colaboradores del gaucho soberbio del Cordobés en su obra antipatriótica de destrucción, de rebeldía contra las instituciones!

Después del desfile por la Florida, donde hubo verdadera exposición de entusiasmo, seguimos marcha al Norte, en dirección al Paso de Polanco del Río Negro.

Y en el pueblo de Sarandí de Yi, en el departamento del Durazno, supimos la pasada del ejército de Muniz, que iba a pié, desmoralizado, mermando día a día con las continuas deserciones. Los montes inmediatos estaban llenos de desertores que habían vendido las armas en el pueblo para comprar pan y tabaco. Nosotros adquirimos,—a cuatro ó cinco pesos cada uno,—más de cuarenta remingtons reformados y una buena cantidad de municiones.

Un señor comerciante nos aseguró que, de una compañía del batallón 4 de cazadores, sólo le quedaron cinco hombres: el resto había desertado en la noche. Además, la discordia era cada vez más grande entre los jefes superiores, que no ocultaban su desprecio por Muniz, acusándolo hasta de traidor; a él, cuya traición a nuestra causa habían festejado diciendo que «es lindo hacer morcilla con sangra ajena».

Sin embargo, y a pesar de todo eso, el ejército del gobierno era todavía demasiado numeroso para que pudiésemos batirlo. Con las armas tomadas en Fray Marcos, apenas alcanzábamos a reunir seis mil fusiles, y Justino Muniz llevaba catorce mil hombres de las tres armas. Era prudente esquivar el combate todavía y seguir *gambeteando*. Como decía el general Aparicio, nosotros con marchar triunfábamos.

Pero estas marchas, ¡cuánta pena producían en nuestros espíritus!

La obra destructora de la guerra recién empezaba a manifestarse en su sangrienta fealdad.

Los campos estaban vacíos; los cercos desaparecían en grandísimas extensiones; quemados los postes en muchos sitios, cortados los hilos en todas partes.

Caballos, si algunos quedaban, los tenían escondidos en los montes; pero en el campo solo se veían algún petiso maceta y alguna yegua escuálida.

Los maizales, desguarnecidos del cerco protector, eran destruídos por las ovejas y las vacas; y en las huertas no brillaba el verde de ningún plantío.

Los caminos estaban mudos: ninguna carreta, ningún carro, ningún vehículo acusando las actividades del país.

Las casas de comercio de la campaña liquidaban hasta el último artículo al paso del ejército, y como no era posible ni siquiera soñar con renovar el surtido, resultaba que el pobre morador de la campaña no tendría, ni aún con dinero las cosas de mayor necesidad.

¡Qué invierno esperaba a los desválidos! ¡Cómo quedarían las pobres mujeres abandonadas solas en los ranchos, frente a frente con la miseria!

Ni carne ni pan.

Al salir de Sarandí de Yí—donde recibimos numerosas incorporaciones,—marchamos rápidamente, buscando al ejército, que nos había dejado muy lejos, y que vinimos a encontrar recién sobre el Río Negro.

Andaba yo buscando la división que manda Nepomu-

ceno Saravia, quien me había ofrecido un caballo bueno, —los caballos buenos ya empezaban a ser habas contadas—pero no era chica tarea dar con una división determinada.

Como nosotros no teníamos que temer las deserciones, no marchábamos ni acampábamos en columna apretada, en montón cerrado, como el ejército gubernista. En ocasiones una división quedaba a dos o tres leguas de otra, y en toda esa extensión era un torbellino de hombres y caballos donde uno no tardaba en perderse.

Y perdido andaba, cuando al pasar por un grupo, alguien gritó:

—¡Comandante!

Seguí andando y la voz repitió:

—¡Comandante!

Al volver la cabeza me encontré con un viejo amigo, Benito Viramonte, segundo jefe de Nepomuceno y el hombre más alegre del ejército.

—¿A quién llama?—le pregunté.

—A usted mismo.

—¿Y yo soy comandante?

—Es claro... es decir, usted no es muy claro, pero es comandante.

—No lo sabía, muchas gracias.

—Pues hombre,—agregó,—¿qué otra cosa iba a ser? Aquí todos somos comandantes.

—¿Aún los que como yo no comandan nada?

—Usted no *comandará*, pero puede mandar.

—¿A quién voy a mandar? ¿A mi asistente?

—No; al mozo de aquella pulpería que se ve allá abajo, para que nos sirva café, galleta, caña y los accesorios.

—¿Cuáles son los accesorios?—pregunté riendo.

—Las otras copas de caña... Mire, la caña es como las personas, no pueden ir solas sino cuando son grandes; es decir, damajuanas, o por lo menos botellas; siendo *copas* no más, tienen que ser varias.

Alegremente divertido por la charla pintoresca de Vi-

ramonte y guiado por él, logré llegar hasta el campamento de Nepomuceno Saravia.

Encontré a éste gravemente ocupado en penar a tres soldados, tres muchachos que habían robado unos choclos en la chacra cercana.

Y el castigo era curioso.

—Van a ponerse ahí, cuadrados en fila,—les decía; —la mano derecha sosteniendo los choclos, y a todo el que pase tienen que decirle: «Estamos así por ladrones».

Luego, volviéndose, me saludó con su afabilidad habitual.

—Bájese, tomará mate y comerá churrasco.

Nepomuceno Saravia no tiene treinta años ni representa veinte. Es un mocito bajo, delgado, en cuyo rostro trigueño apenas apunta el bozo. Muy bueno, muy sencillo, sin un asomo de vanidad, temerariamente guapo, los soldados lo quieren y lo cuidan.

No es jefe por ser hijo del general del mismo modo que no son jefes don Pancho y don Mariano por ser hermanos del general; es que son jefes de raza, de nacimiento, por condición innata.

Nepomuceno, muy callado, muy modeesto, marcha al frente de una división de mil ochocientos hombres, haciéndose más chiquito de lo que es, como si se avergonzara de su puesto.

Todo lo que tiene de bueno, tiene de rígido, y su gente pasa por ser de las más ordenadas y disciplinadas.

Mientras el grueso del ejército pasaba el Río Negro por el paso de la balsa de Polanco, nosotros nos dirigimos, en compañía de un par de divisiones, al paso de la barra, algo más arriba en la confluencia del arroyo y feo pueblo de San Gregorio de Polanco.

Antes de llegar al gran río charrúa es necesario vencer la guardia densa con que la defiende su selva.

Hay primero algo semejante a un vestíbulo inmenso, un potril de exhuberante postura, donde las reses ariscas crecen y engordan como animales de rancho.

Luego, un callejón barrioso, festoneado de espinillos, que se interna, se retuerce y parece una interminable culebra negra; «con más vueltas que chinchulín de vaquillona»—como decía el comandante Viramonte en su inimitable lenguaje.

El monte se abre, de trecho en trecho, para formar potriles donde la grama crece lujuriosa; luego torna a cerrarse y el caracol continúa con la estrecha senda ladosa, que a veces interrumpe un cañadón acostado en medio. Más allá, es un charco; un poco más lejos, un barrizal donde el caballo se hunde hasta los ijares, para con miedo, forcejeando y resollando fuerte. Y a derecha e izquierda, en sucesión interminable, la doble muralla de espinillos, los celosos guardianes del gran río inmortalizado en leyenda.

De pronto en un claro, aparece, semejando el nido desgreñado de un pájaro giganteé un ranchuelo, recostado a los árboles. ¿Quién diablos puede vivir allí, entre las greñas del bosque, en aquel suelo húmedo que las crecientes bañan quince o veinte veces al año?...

En las encrucijadas, en las sendas que irradían en todo sentido, aparecen de improviso las cabezas curiosas de los vacunos, que al instante echan a correr y desapercen ante las frondas oscuras. Y desde allá lejos, muy lejos, en lo más hondo, llegan relinchos denunciadores de los caballos encerrados en los secretos potriles. Hay miles de caballos refugiados en la selva, y hay centenares de hombres que viven allí, recurriendo, como en la época bárbara, a la existencia salvaje del matrero, para escapar a la leva y a la persecución gubernista.

¡Vergüenza que no esperábamos ver reproducirse en nuestra tierra! Quizá desde la época triste de la invasión portuguesa y de la dominación brasileña, no se habrán vuelto a ver los montes convertidos en refugio de hombres y de haciendas.

Tras más de una hora de andar por aquel sendero,—que en parte se entiende como una carretera y en partes

es estrecha hasta sólo permitir el paso de un hombre de frente:—tras una hora de marcha penosa por lodazales y lagunas y cañadones, desembocamos en un campo limpio.

De un lado, una casa de material; de otro lado, unos ranchos, una chacra alambrada, un maizal y una huerta.

—¿Y el río?—preguntó.—¿Nos han escamoteado el río, que no aparece por ninguuna parte?

Pero no; el bosque no ha concluído todavía; aquello no es otra cosa que un potrero, algo más grande que los otros, y nada más.

Andadas las varias cuadras del camino que costea el alambrado, el monte aparece de nuevo, ofreciéndonos otra vez la aventura fastidiosa del callejón arbolado.

Por fin llegamos a las primeras barrancas; y hay que descender por un camino de cabras para arribar a los arenales que se acuestan a orillas del Chileno, que en aquel sitio viene a morir en el Negro.

Todavía es necesario andar un cuarto de hora, avanzando penosamente por el arenal que sigue la margen de la laguna, para llegar al paso del Hum famoso.

El Río Negro!

Antes de caer al agua, antes de lanzarnos a la laguna que blanquea inmensa delante nuestro, detengo el caballo y miró a mis compañeros. No digo nada, ellos no hablan tan poco, pero nos hemos comprendido. ¿Qué nos esplera detrás de ese Río Negro que varias veces hemos intentado vadear sin resultado? ¿Qué suerte correremos en esa zona del Norte, en la cual el gobierno se empeñaba en no dejarnos entrar y de la cual nos separaba la tranca del Río Negro?

El norte siempre nos ha sido fatal; el norte es la miseria, las penurias y quizá la derrota,—seguía diciendo Fulgencio Senosiain con voz compungida.

Y esa aprensión la teníamos todos, unos más, otros menos hasta el alegre Viramonte, que decía:

—Me dan ganas de bajarlo de un tiro a este pájaro de mal aguero, que no hace más que pronosticar desgracias...

Y, castigando el caballo, se lanzó el primero al río.

El paso tiene como tres o más cuadras de ancho; es hondo, es correntoso y el lecho de piedras grandes hace que los caballos vayan tropezando a cada instante.

Para buscar el vado, evitando la canal,—donde se nada,—es necesario ir dando vueltas, y así conducidos por un baqueano, vamos en larguísima fila, uno tras otro, formando una curiosa culebra parda sobre el blanquísimo cristal de la laguna.

Así que vamos saliendo a la opuesta margen sobre un inmenso médano de arenas se forman grupos que rien de las zambullidas de algunos y de los apuros de muchos, armando una gritería infernal.

Nosotros nos detenemos un instante, y marchamos de nuevo. Después de otras cuantas vueltas y revueltas por monte, tenemos en frente al campo y un poco más allá el pueblucho de San Gregorio de Polanco.

Mientras tranqueamos hacia él, Viramonte nos cuenta anécdotas del finado general Goyo Suárez,—que fué una especie de Muñiz,—algo más bruto que Muniz, si la cosa es posible.

—¿No sabe el cuento de la aceituna?—me pregunta.

—No.

—Una véz habían convidado a comer al general Goyo Geta y había un plato con aceitunas. El amigo, mientras charlaba, iba tragando y el general, con un escarbadiente, se afanaba en pinchar la «pelotita», que se escapaba, gambeteando por el plato. Después de muchos esfuerzos logró ensartarla, y entonces, levantando la cabeza, miró a su amigo con aire de triunfo, y le dijo sonriendo:

—«¡La agarré cansada!»

San Gregorio de Polanco, escondido detrás de las barrancas y teniendo por fondo el soberbio paisaje del Río Negro, parece uno de esos individuos raquíticos que envejecen en plena juventud. Tiene ahora las mismas casas que tenía hace ochenta años. Los edificios, cubiertos con la verdinegra techumbre de teja española, presentan los muros denegridos,—muchos de ellos pintados de rojo,

—caído en varias partes el revoco; rojos los pretiles, agrietadas las maderas de las puertas, huérfanas de vidrios las ventanas.

Por aquí se ve un eucalipto gigantesco; más allá un álamo soberbio que se estira con pretensiones de alcanzar el cielo; tras de una tapia decorada por lujuriosas madreselvas, los durazneros, los perales, los manzanos y los guindos forman bosque de lozanías tropicales, extendiendo bajo el toldo azul toda la gama de verde. En un terreno baldío, entre un ombú que ha caído de viejo y una casa que se está cayendo mordida por la desidia, el hinojo y la cicuta mezclan sus hojas verdes y sus flores blancas, y forman monte tupido, alto de dos metros,—ofreciendo abrigo en su silenciosa soledad húmeda y obscura a cien especies de reptiles.

Mientras los edificios se desmoronan y mueren, las plantas crecen con rabioso empuje en aquellas tierras gordas, continuamente alimentadas de humus con los desbordes del río.

Y aquella exuberancia, aquel exceso de vida en la naturaleza, parece como un mudo reproche al abandono, a la incuria de los pobladores de aquella hermosísima región.

Siguiendo una calle enarenada triste y silenciosa como todas, bordadas de casas que parecen sepulcros, donde duermen muertos sin deudos, llegamos hasta la orilla del pueblo. Se señorea allí una quinta donde los árboles frutales se extienden en legión; donde el maíz ocupa varias cuadras con su verdor alegre, donde los álamos se yuerguen a altura incalculable, donde los naranjales negrean, juntando fuerza para engendrar, al beso de la helada sus esferas de oro.

Un himno a la vida.

Y más allá, un poco más allá, después de un médano de arenas blancas y estériles, un muro bajo, negro, desnudo, cercando la mansión de los muertos.

La muerte en toda la melancólica soledad del aban-

dono. La muerte en su real y verdadera significación: al fin.

Hay una callejuela, una senda arenosa, con los bordes invadidos por la yerba. Después, a uno y otro lado, entre matorral espeso, entre gramillas y ortigas, varias cruces negras, torcidas, unas creces que parecen bostezar de fastidio y sentir deseos de acostarse también sobre grama para dormir el sueño sosegado de los muertos.

No hay árboles que den sombra; no hay flores que sonrían con sus colores y canten con sus perfumes. Los pájaros no vienen aquí; las abejas no zumban por acá; las mariposas no tienen nada que hacer en este sitio y si alguna llega, será en la noche al pavor nocturno de vestimenta sombría. En la noche, en este sitio desolado, donde los muertos duermen olvidados ,deben arrastrarse por el suelo los ofidios recelosos, el taciturno tatú y la astuta comadreja; y sobre las yerbas y malezas pasarán volando sin ruido las lechuzas y harán zic-zacs en el aire los repugnantes murciélagos.

Hay algunas crucecitas de hierro que tienen un corazón entre los brazos.

Me acerco. Se ve algo escrito en esos corazones; un nombre, una fecha, una frase afectuosa; pero todo ello ininteligible, borradas letras y palabras por la acción despiadada de la intemperie.

¿Quién reposa aquí?

No se sabe.

¿Qué le dice, en piadosa despedida, el padre, la madre, el esposo, la esposa, el hijo, la hermana?

No se sabe tampoco.

La gran niveladora, la que obliga a ser consumidos por los gusanos y convertidos en polvo al potentado orgulloso y al obrero humilde, la muerte, que se ríe del afán del hombre en perdurar, siquiera en el recuerdo, lo ha borrado.

Los muertos de aquel cementerio han muerto del todo.

Visitándolo, recordé el epitaficio que impresionó a Bourguete en la necrópolis de Voltena:

«Tuti torniamo a la gran madre antica.
»E il nome nostro, appena si ritrova.»

A galope salí de aquel sitio de tristezas y fuí a reunirme con mis compañeros. Encontré a Villaamil furioso porque no se encontraba hotel, ni fonda, ni figón; a nuestro gran poeta Roxlo, muy triste en las casas de comercio del pueblo solo había encontrado frazadas y zapatillas.

—¿Y compraste?—le pregunté.

—Compré frazadas y zapatillas para mí y para mi muchacho, que el pobrecito no tenía con qué taparse.

—¡Pero si tú tenías ya dos pares de zapatillas!

Es cierto; pero, ¡qué queréis que hiciera si no había otra cosa que comprar!

Hasta nuestro alegre camarada Viramonte se encontraba triste, sufriendo él también la influencia del medio.

—Parece que anduviera en el aire,—me dijo,—alguna cosa áspera y amarga, que lástima el tragadero y los bofes.

—Es el alma de Goyo Geta que ha vuelto al pago.

A la mañana siguiente, muy temprano, emprendimos la marcha para alcanzar al ejército que había salido la víspera.

¡Qué marchas!

Aquel departamento de Tacuarembó,—que se había dado el lujo de tener por representante en la cámara de diputados al primer poeta del país,—es una abominación de piedra.

Se anda por caminos pavimentados por la naturaleza; y ya se sabe que la naturaleza es un obrero muy descuidado. La carretera, que sube, que baja, que culebrea; se enrosca, se retuerce, está sembrada de guijarros. Y si uno, fatigado con el continuo tropezar del caballo, y condolido del caballo, busca el campo, se encuentra con que la *verde alfombra* de aquel campo es una mistificación:

las matitas de pasto, ralas y altas, están allí nada más que para custodiar las piedras de que está sembrado el terreno.

Como viera un alambrado muy bajito y con los hilos muy juntos, pregunto:

—¿Para qué será eso?

—Para impedir que se escapen las piedras,—me responde Viramonte.

Debido a la circunstancia apuntada, el destrozo es allí mucho mayor. No hay leña, y los alambrados desaparecen consumidos en los fogones. No hay novillos,—porque las estancias se han apresurado a tropear, vendiendo todo lo gordo—y es necesario carnear vacas, unas con la cría en el vientre, otras con la cría al pié.

Al otro día de una carneada, ví sobre una loma treinta y cuatro cabezas, panzas, todo lo que sobra de la res, y al lado de cada una de ellas balando plañideramente, otros tantos terneritos, condenados a morir de hambre.

Por acá y por allá se veían puntas de ovejas, que, súbitamente turbadas en su apacible sosiego, erraban a la disparada, en filas de a una, trepando los cerros, en un azoramiento que causaba pena.

La borrasca de la guerra iba destruyendo todo a su paso.

La desolación adquiría un aspecto más sombrio en aquellos parajes ingratos, en aquellas inmensas zonas despobladas, huraña y estériles.

Los cerros, bajos y de formas caprichosas, los cerros cuadrados, en forma de mesas, los cerros en punta afilada, los cerros torcidos, los truncados, los chatos, los sin forma precisa, todo aquel montón de piedra que parece mirar con rabia al sol que lo calcina, deja en el alma no sé qué sabor amargo, no sé qué sensación de sequedad y de dureza.

XIV

PASO DEL PARQUE

Anduvimos tres días por aquellas tierras desoladas, más ricas en rocas que en pasturas; anduvimos tres días viendo los mismos paisajes áridos y tristes, las mismas campiñas desarboladas y desiertas, la misma tierra ingrata que hacia exclamar a un buen amigo mío:

—«Por mi parte yo cedería todo el norte; nuestro país empieza del Río Negro abajo. Lo demás es tierra ajena, áspera, ruda, infecunda: yo no la amo».

Yo si la amo; yo amo todos los rincones de mí pequeña patria; lo feo y lo lindo, lo bueno y lo malo, lo que florece en todas las primaveras y lo que no produce nunca flores.

Todo esto que vamos atravesando parece un páramo. Campos que no tienen yerba; vastas extensiones sin poblados; arroyos sin monte, serranías raquíticas sin la arrogancia imponente de las grandes moles y sin la belleza de las quebradas adornadas con molles y con talas.

Se andan leguas y leguas sin encontrar una casa de comercio, y ya casi todos empezanmos a quedar sin yerba, sin sol y sin tabaco, los tres artículos de más imperiosa necesidad para nosotros.

Y para completar los males las lluvias han vuelto nuevamente, contínuas y copiosas privándonos hasta de las delicias del sueño.

—¡Ya había dicho yo que el norte nos iba a ser fatal!—dice furioso Senosiain.

—Por el momento solo es fatal a los caballos; y a no ser que usted se coloque en esas categorías...

Villaamil también lo encuentra fatal porque no hay pueblos donde ir a cobrar las contribuciones y él le ha tomado gusto a su nuevo oficio.

Una noche llovia torrencialmente. Nosotros habíamos armado la carpa y formando una carpeta con las caro-

nas y cojinillos, hacíamos rueda, sentados en el suelo, colocamos en medio la litera—se sabe que al jefe de recaudadores no le falta nada, ni aún el título de *coronel*, —y a contar dinero.

Ante la vista asombrada de los asistentes y soldados de nuestra escolta, empezamos a vaciar el oro de los cintos.

¡Una montaña!

Febrino Viana, que es el espíritu del ahorro exclama con su gravedad característica:

—Esto bien colocado...

Y se puso a calcular el rendimiento al tanto por ciento anual.

Por su parte Roxlo, en su soberbia despreocupación del dinero, en su prodigalidad de poeta, manifiesta melancólicamente:

—¡Cuántas cosas lindas se podrían comprar con todo eso!...

—Y vamos a comprar cosas bien lindas,—dice un empronchado que se para de pronto en la puerta de la carpa.

Y a la luz del farol vemos la faz alegre y sonriente del general Aparicio Saravia.

—¿Cuánta platita tienen?—nos pregunta.

—Cerca de cincuenta mil pesos—responde Villaamil con el orgullo de un administrador que da cuenta de una operación brillante.

—Bueno—agrega el general,—prepárenme veinte mil para mañana. Voy a mandar comprar un millón de cartuchos.

Villaamil queda triste.

—Entre, general.

—No, estoy bien.

—Se está mojando.

—No, si no llueve.

Y el general siguió hablando sin hacer el menor caso de la lluvia que le caía a baldes encima. De vez en

cuando se pasaba la mano por la cara para secarla y continuaba con bondadosa amabilidad:

—Es una lástima que tanta platita se gaste para quemarla y para matar; ¡pero, qué le vamos a hacer! La responsabilidad de todo ha de recaer sobre Batlle. El ha hecho el amasijo y nosotros no tenemos más remedio que echarle fuego al horno y cocinarlo, para que no se pierda la masa.

Y luego, sonriendo afablemente:

—Hasta mañana, muchachos. Defiendan bien la platita.

Hasta las once de la noche estuvimos contando, clasificando y empaquetando el dinero que esa misma noche depositamos en la caja de hierro colocada en una de las carretas del parque.

—Cuídeme bien la *gateada*—le dice don Pepe Villaamil al coronel Cabrera, jefe del parque.

Dos días después, la pobre *gateada* estuvo a punto de caer en manos del enemigo y fué milagrosamente salvada por dos muchachos animosos.

La marcha continuó por el departamento del Salto; siempre por abominables caminos de piedra suelta que destrozaba los vasos de los caballos y nos fastidiaba a nosotros de mil maneras.

Eran larguísimas jornadas por campos de enorme extensión, sin una casa, sin una charra, sin un pueblo; la grande propiedad colonial viviendo aún orgullosa e improductiva.

Nos tocó pasar por la escancia del célebre coronel Francisco Leónidas Barreto. Creo que son catorce suertes de campo, cercado con alambrado de ocho hilos; postes y piquetes de ñandubay: teniendo por cabeza un suntuoso castillo en construcción.

—Todo esto es nuestro,—dice alguno.

Y otro añade:

—Pero no me gustaría vivir en ese caserón.

—¿Por qué?

—Porque de noche deben venir a rascar las puertas los lobinzones.

—¿Qué aullan en italiano?

—Justo. Y se llaman Volpi y Patroni.

El sol ha quedado al sud de Río Negro con las vegas rientes y fecundas; aquí el cielo se presenta siempre nublado anunciando tristezas, y la lluvia porfiada; inclemente, parece poner a prueba nuestro poder de resistencia. Mojados hasta los huesos; muertos de frío, no era siquiera posible hacer fuego, y en los altos había que conformarse con estar sentados sobre el recado; los desnudos pies en el barro, el cuerpo encorvado; y dejar pasar el chubasco.

De este modo penoso, fuimos andando leguas y leguas, ignorando el rumbo que llevábamos y el objeto de nuestra peregrinación perseguidos por la idea obsesionante de conseguir armamento y municiones, a fin de detenernos, dar el frente y luchar. Cada paso que dábamos hacía adelante, cada jornada que hacíamos, nos alejaba del ansiado momento de la paz, de la vuelta al trabajo al amparo de leyes justas y de gobiernos buenos.

En el trayecto recibimos numerosas incorporaciones, grupos de cincuenta y de cien vecinos, que salían de los montes, donde habían buscado refugio y venían a engrosar nuestro infortunio. Y esas incorporaciones nos causaban pena; pena porque nos daba idea de la inmensidad del mal causado por la soberbia y la irreflexión del presidente Batlle; pena porque no teníamos armas que ofrecerles para la defensa de sus hogares asaltados, de sus vidas amenazadas.

Así llegamos al Queguay cuyo terrible paso, hondo, ancho y pedregoso, exigió casi un día entero para ser vadeado. Allí vimos al general Saravia, en su actividad infatigable, picanear él mismo las carretas del parque, dando ejemplo de destreza y de modestia.

Y así fuimos, cansados y atormentados, por la lluvia inclemente; a tender nuestro campamento, el 1.º de

Marzo, a inmediaciones del Paso del Parque Dayman, del Río Dayman; sin presentir siquiera la tragedia horrorosa que había de comenzar al día siguiente.

Habíamos acampado a orilla de una cañada misérrima, —rica en piedras y pobre en árboles,—que se arrastraba con pena en un terreno bajo, una ancha planicie uniforme.

El sol, condolido quizá de nuestra desventura, había aparecido en el cielo, rasgando las nubes cargadas todavía de vapor de agua.

Se carneó temprano y llegó del estado mayor la noticia de que íbamos a permanecer acampados allí dos o tres días; lo que nos alegró en extremo, pues así podríamos secar nuestras ropas y nuestras *garras*, amen del descanso, que nos hacia falta.

—Amigo—me dice el bravo capitán Goicochea, el *capitán vasco*, como le llamamos cariñosamente:—amigo, hoy es 1.º de Marzo.

—Ya sé.

—Hoy hace un año que Batlle es presidente de la República.

—Hoy hace un año que empezó la ruina—agrega el comandante Pimienta.

—Hoy hace un año,—dice el temerario mayor Galarza,—que los traidores nacionalistas dieron el triunfo al traidor colorado.

José R. Gómez tose, se retuerce el bigote, hace brillar sus ojillos inteligentes y exclama con ademán severo:

—Hoy hace un año que subió a la presidencia de la república el más torpe, el más criminal, el más indigno de los orientales: juremos morir todos o librar a la patria de ese mónstruo.

—Y sobre todo,—continúa Hilario Percibal,—un hombre que no se sabe como puede llevar tan gran corazón en cuerpo tan pequeño,—juremos darle una paliza a Viana, que ha sido defensor de Batlle.

Luego, dirigiéndose directamente a mí; y agitando los puños:

—Mira, hermanito,—agregó,—te juro por la salud de mis hijos; y que te parta un rayo si no digo verdad, que entre Idiarte Borda y Batlle y Ordóñez no existe otra diferencia que la que existe entre el cerdo y el jabalí... ¿Qué no...? Mira, hermanito, por este puñao de cruces te juro que este va a hacer lo mismo que Idiarte Borda. Verás que no habrá medio de hacer la paz. Aunque se le propongan cien combinaciones él las rechazará todas igual que Idiarte Borda, porque la guerra es un medio honesto para hacer fortuna.

—Batlle y Ordóñez es honrado.

—Un gobernante que decreta la guerra por capricho, un presidente que no se conduele de su país y mira con indiferencia la destrucción de su riqueza y el derrame de sangre de sus hijos, no puede ser un hombre honrado. El presidente sin palabra, el político sin conciencia; que ha sido colorado, luego constitucionalista, luego colorado otra vez; hoy enemigo de tradicionalismo, mañana partidista intransigente; el hombre que ayer bramaba contra los sicarios de Santos y describía la jaula de Carámbula y hoy tiene por cooperadores a Carámbula y Rodríguez y Benavente y Muniz no puede ser un hombre honrado.

—Yo creo como Percibal; de Batlle se puede esperar todo lo malo, y suponerle una condición buena es ofender al país.

Quién pronunció estas palabras fué el hombre más bueno, más noble, más puro, más sensato de Treinta y Tres. No necesito nombrarlo para que se sepa a quien me refiero.

A mí me impresionó hondamente, guardé silencio. ¡Yo todavía creía en la bondad del presidente!

Después de medio día salimos con Senosiain y el buen amigo Amorín hasta una casa cercana, donde debíamos arreglar las cuentas de las recaudacioines. Pensábamos pernoctar allí, pero al atardecer recibí un chasque del

comandante del Puerto, diciéndome que regresáramos de seguida al campamento, pues el enemigo estaba encima y iba a librar batalla.

Regresamos apresuradamente. En el camino encontramos la división de Maldonado acampada tranquilamente. Continuamos a galope, sin detenernos a averiguar nada y llegamos al oscurecer al sitio donde estaba la columna nuestra.

Allí supimos que don Pancho Saravia, del Puerto y los mayores Masa y Galarza habían salido con los tiradores en descubierta.

Estos no tardaron en regresar.

—¿Qué ocurre?—pregunto a del Puerto.

—Que el enemigo está ahí encima; lo hemos tiroteado un poco y mañana libraremos batalla.

—¿Pero quiénes son?

—No sé; el coronel Gutiérrez, que está de vanguardia, dice que es Muniz con todo el ejército; pero el general asegura que no es posible, que debe ser alguna fuerza ligera y que tendremos un segundo Fray Marcos.

—Un segundo Fray Marcos invertido; es decir, recibiendo la soba nosotros.

—No veo la razón de que así suceda.

—Y yo no veo probabilidades de que suceda de otro modo.

—Ya veremos mañana.

—Ya veremos.

Nuestros tiradores fueron a tenderse en la margen izquierda de la cañada, teniendo orden de estar con el caballo de la rienda mientras la gente desarmada permanecía a la orilla izquierda, con indicación de no ensillar, de no moverse, como si se tuviera la absoluta seguridad de la victoria.

Hicimos fuego, cenamos, y nos recogimos en la carpa.

Había cesado de llover. El cielo se había despejado: una gran luna blanca y radiosa alumbraba el silencio pensativo de la noche.

La brisa, suave y fina, parecía elevar endechas de tristezas. Si existen los presagios, aquel era visible.

Tendiendo sobre el recado, la frente abrasada por la fiebre que venía a visitarme todas las tardes, recordé los inspirados versos de Guerra Junqueiro en su soberbia *Morte de don Joao*:

«Nas sombras entreviamse sudarios,
»Havia per lo ar como un segredo,
»Un nao sei que de tragico e sombrío..
»Os olhos tinham medo,
»As almas tinham frío,
»E da profunda abobada pendente,
»Triste, mortiça exangue;
»Bruxoleava á lampada dolente,
»Como suspensa lágrima de sangue»...

—¿Con qué vamos a pelear mañana?—pregunto.

—Con las fuerzas que tenemos.

—Sí, y ¿qué fuerzas tenemos?

—Tendremos...

—¿Cuántos tiradores hay de nuestra división?

—Ciento cincuenta.

—Muy bien. Calculo que las divisiones de Mariano y de Nepomuceno están a diez leguas de aquí, del otro lado del Dayman. La división de Basilio Muñoz no está, la de Bernardo Berro tampoco, y me parece que la de José González también está ausente... Nos van a dar una soba y puede ser que hasta el parque nos quiten, porque yo he visto esta misma tarde, el parque acampado a vanguardia, sin intenciones de unir los bueyes y marchar.

—El general sabe lo que hace,—me respondieron.

—Yo creo que esta vez hace un disparate—insistí.

—No tienes derecho a prejuzgar.

—Pero tengo derecho a tener miedo.

—Eso es lo que te hace hablar.

—Posible; pero, en todo caso, no es miedo por mi solo, sino por los muchos compañeros que van a ren-

dir la vida sin resultado, y, sobre todo, por lo que peligra el porvenir de la patria.

Como se verá, mis triste profecías se cumplieron. Pero el Paso del Parque fué un doloroso contratiempo, sirvió al menos para que pudiéramos apreciar todo lo que valía Aparicio Saravia. Jamás fué tan grande como en aquella tristísima jornada.

Esa noche, de una serenidad dolorosa, de una melancolía hiriente,—en la cual la gran luna pálida, suspendida en lo alto del cielo, parecía, como dice el poeta lusitano, una lágrima funeraria,—fué para muchos de nosotros noche de insomnio y de larga meditación penosa.

Cuando se habían apagado los fogones, cuando todo parecía sumergido en el profundo sueño de los cuerpos transidos, se veían al resplandor de la luna, hombres que se paseaban silenciosos o hablando quedo.

Por una coincidencia que la superstición criolla atribuía a prestigio de mal agüero, los caballos, presos de inquietud extraña, no cesaban de moverse y de relinchar de una manera que, en aquel silencio y en los momentos aquellos, se nos antojaba lúgubre.

Por dos o tres veces, en el corto radio de nuestra cuadra los caballos atados a soga,—muchos de ellos redomones,—se enredaron, bufaron e hicieron inminente una disparada general. Y ¿se imagina lo qué es una disparada la víspera de la batalla? ¿Se comprende lo qué significa quedar a pie, frente a un enemigo inmensamente superior, que por fuerza había de derrotarnos y perseguirnos?

Ese cúmulo de ideas tristes y de preocupaciones amargas ahuyentaron el sueño.

—Al fin y al cabo,—dijo uno de los compañeros—quién sabe si peleamos mañana. Puede ser que solo sea una escaramuza sin importancia, como ha habido tantas otras.

—No,—replicó el comandante del Puerto con su aire severo;—los días de pelea son conocidos: hay en el

aire algo extraño, algo como una emoción de la naturaleza y fíjense si hoy no es así.

—Sin embargo el general había prometido no dar batalla sino cuando considerara completamente seguro el triunfo.

—Lo considerará así para mañana, entonces.

Yo sacudo la cabeza y me tiendo sobre el recado, tratando de buscar en el sueño el olvido y tranquilidad de un momento.

A las 8 de la mañana, recién a las 8, los clarines tocaron a ensillar. Casi en seguida se ordenó que los hombres desarmados permanecieran en su sitio, con los caballos de la rienda.

Sonó después el toque de ¡a caballo!—¡marcha!—y los fusileros desfilaron al trote para ir a ocupar la posición de combate.

Cuando se desplegó en guerrilla y se puso en contacto con el enemigo, la división del coronel Gutiérrez, que formaba la vanguardia, venía ya derrotada.

En una línea inmensa, parapetados en las esperezas del terreno, los gubernistas hacían un fuego terriblemente mortífero.

Sin embargo, Pancho Saravia, que ese día fué valiente hasta la locura, mandó cargar. Con el sombrero en la mano, brillantes los ojos, transfigurado el rostro habitualmente plácido.

—¡Adelante, muchachos, adelante!—gritaba sin cesar,—e iba él mismo al frente, ofreciéndose a las balas con soberbia indiferencia.

—No tenemos casi munición,—le advierte el mayor Masa.

—¡No importa!—Pelearemos a rebenque y a cuchillo. ¡Adelante!

Describir el combate del Paso del Parque es imposible. Aquello no fué una batalla, sino un delirio sangriento. El general Muniz, inepto como siempre, repitió su táctica de siempre; amontonar fuerzas, echarnos encima

batallones y batallones, para aplastarnos con el peso de su enorme superioridad numérica. Tan es así, tanta falta de tino demostraron ese día los gubernistas, que desde el comienzo de la pelea se produjeron entreveros inexplicables. De repente aparecían destacamentos nuestros a retaguardia de la línea adversaria, y en varias ocasiones fuerzas gubernistas se vieron de pronto rodeadas, sorprendidas a veinte metros de distancia, habiendo avanzado en la creencia de que eran compañeros.

Por su parte, el general Saravia, convencido bien pronto de su error, no tardó en darse cuenta de la situación. Vió que no había batalla posible, y se concretó a mandar divisiones sobre divisiones, exigiéndoles sacrificios para salvar el ejército.

En efecto; no era siquiera soñable que con poco más de mil tiradores se pudiera combatir contra los doce mil hombres de Muniz.

Porque es necesario advertir que no solo la mitad del ejército estaba ausente,—diez leguas más allá del Dayman,—sino que ninguna de las unidades restantes estaban completas. Todas ellas habían desprendido comisiones de diez, de veinte a treinta hombres con objeto de *potrear*; es decir, requisar caballada. Y es claro que esas comisiones iban armadas, pues los caballos estaban ocultos en los montes y custodiados por partidas que los defendían a bala. De ese modo se explica que el contingente de Treinta y Tres sólo tuviera ciento cincuenta fusiles el día de la pelea. Y en las otras ocurría lo mismo.

¿El general Saravia ignoraba esta circunstancia?

Es posible; y no debe hacérsele un cargo por ello.

Debido a causas que no es el momento de explicar, nuestro ejército no tenía aún jefe de estado mayor; y el general, no obstante su actividad infatigable y su resistencia de hierro, no podía atender a todos los detalles de la marcha y organización de sus tropas. Lo que

hacía era ya prueba de una energía extraordinaria; de una voluntad asombrosa.

La única inculpación que puede hacérsele es no haber dado crédito a la palabra de su jefe de vanguardia, el coronel Gutiérrez.

—«¡Es Muniz con todo su ejército!»—le mandaba decir aquel jefe, repitiéndolo en chasque sobre chasque.

Y el general llegó a encolerizarse.

—«No puede ser Muniz,—afirmó.—Dígale al coronel Gutiérrez que está viendo visiones.»

Y todavía agregó algo más, que era una gran injusticia, como él mismo lo reconoció al día siguiente, yendo noblemente a dar ámplias satisfacciones al jefe ofendido.

¿Y la toma del parque?—se preguntará.

Ya lo explicaré más adelante, y se verá que esa falta tampoco fué suya.

Después de la derrota, ignorándose las causas y los por qué, hubo general disgusto contra Saravia; pero ese disgusto duró muy poco tiempo, y el conocimiento exacto de los hechos hizo crecer todavía el prestigio del incomparable caudillo.

¿Por qué no sacar partido de la torpeza del adversario que, en vez de hostilizarnos en la noche, se acostó a dormir tranquilamente?

Ya lo he dicho: porque el general—engañado respecto al enemigo que tenía enfrente,—de donde procedía su engaño no podemos saberlo nosotros,—quiso mostrarse en condiciones de inferioridad para que aquel se entusiasmara y no rehuyese un combate que él juzgaba y que podría proporcionarnos un buen botín de elementos bélicos.

Pero todo esto se explicará más adelante.

En tanto, en toda la línea de fuego, ya no era una batalla, sino una sucesión de cuadros sangrientos, de episodios terribles en que chocaban las iras gubernistas y la desesperada resistencia de los nuestros.

Los contingentes de Durazno, Florida y Cerro Largo habían sido diezmados y peleaban en grupos, retrocediendo lentamente ante el enemigo, cada vez más numeroso.

En aquella opaca mañana, los fusiles entonaban un canto infernal sobre los entristecidos campos del Dayman. De un lado y de otro, en la vasta extensión de la batalla, era un rabioso vomitar de balas, que pasaban dejando en el aire ahumado el silbido estridente de implacables odios fraticidas.

Las fuerzas nacionalistas, agobiadas por el número inmensamente mayor del adversario, no habían cedido, pero se habían roto, formando múltiples grupos. La batalla no existía ya, en su carácter de lucha general, armonizada y conexiva, que obedeciera a un propósito preconcebido. Sólo quedaban grupos dislocados, en cada uno de los cuales los asaltantes cargaban con rabiosa sed de matar; y los asaltados se defendían con admirable despreocupación de morir.

Por eso, en cada resto de guerrilla popular, aquí y allá, en este plano y en aquellas peñas, en toda la irregular del combate, se desarrollaron escenas terribles, dramas que horripilan por lo grande, por lo heroico, y, sobre todo, por lo bárbaramente feroz.

Tal fué el episodio de los hermanos Irureta.

Formaban parte de una guerrilla compuesta de veinte hombres, de los cuales la mitad había caído ya. La otra mitad, sin jefe, sin orden, sin objeto, seguía avanzando, como una desesperación que va en busca de la inclemencia, como si desearan ahorrarle camino al plomo. Durante su avance, uno de los Irureta oye el grito de una voz conocida y grata. Es su hermano, que larga el fusil y se desploma con el pecho desgarrado por un balazo. Corre hacia él, lo levanta.

—¿Puedes ir a caballo?—le dice.

—Sí,—responde el herido.

Y luego, temblando nerviosamente, agrega:

—¡No me dejes, hermano; no me dejes, que me van a degollar!...

—No, hermano, no te dejo, agárrate a mi hombro.

Y con infinito trabajo lo sube a caballo, monta él a su vez y emprende la retirada al tranco.

En la mañana nublada, gris, opaca, el humazo de la batalla flota como negros crespones elevados y sacudidos por el viento. La fusilería ruge rabiosa por todas partes, confundiéndose el estrépito de las detonaciones con el estrépito de los vivas y los mueras de las roncas voces encolerizadas. Y en aquella atmósfera densa hay un olor de pólvora y sangre, un olor extraño que se diría olor del odio.

Ese olor los va persiguiendo mientras avanzan lentamente por la llanura.

De pronto, los dos hermanos son detenidos por un compañero que, herido y tirado en el suelo, los implora con voz angustiosa.

—¡Por favor, compañeros!...

—¡No me abandonen, compañeros!... ¡me van a degollar!...

—¡No me dejen!...

Era un muchacho joven, tenía los ojos húmedos, brillantes en medio de la palidez del rostro, y su súplica era un lamento desesperado en que se oía la ardiente ambición de vivir.

Los hermanos consultaron con la vista. El herido exclamó con sublime compasión:

—No lo debemos dejar, es un compañero.

El otro echó pié a tierra y levantó al mozo herido.

En este momento una guerrilla enemiga aparecía en el flanco y hacía fuego. Se oyeron dos gritos; una bala había atravesado el brazo de Irureta y había partido el corazón del jovencito, que se desplomó exámine.

—¡Vamos! ¡vamos!

El quiere montar, se oye otra descarga y su hermano

cae del caballo, el pecho destrozado, la boca llena de sangre.

Con la mano lívida, hace un enérgico ademán a su hermano indicándole que se salve, que él va a morir, que no haga un sacrificio inútil.

El valeroso mancebo titubea un instante, luego se acerca, le da un beso en la frente, monta y sale al trote sin sentir el silbido de las balas que llueven sobre él. Cuando había andado unos cien metros, volvió la cabeza y se extremeció de horror.

Dos jinetes enemigos habían llegado hasta donde quedara su hermano agonizando, y mientras uno lo levanta por el cabello, el otro le hundía la daga en el pescuezo, degollándolo de oreja a oreja.

El infeliz testigo de esa escena horrible lanzó un grito de espanto, castigó el caballo y echó a correr, perseguido por la visión horrenda que flotaba en el aire espeso saturado con el perfume del odio (1).

En el otro extremo de la línea de batalla, Pancho Saravia, agitando en la mano el sombrero y el rostro cubierto de lágrimas, mandaba:

—¡A la carga! ¡Adelante, muchachos!

Y la brava división de Treinta y Tres, haciendo honor al nombre glorioso que llevaba, iba, ya hecha pedazos, a hacerse matar sin protestar y sin vacilaciones.

Las guerrillas avanzaban y hacían fuego.

En una de las últimas guerrillas cayó herido un jovencito que tenía para merecer respeto el nombre glorio-

---

(1) La familia de los zonzos y de los insolentes irrespetuosos es una de las más numerosas del género *homus*. Publicado este episodio en un periódico de esta capital, un *joven colorado* dijo en *El Día* de Montevideo,—y aprovechó la oportunidad para insultarme.—que no podía ser cierto. Dijo además que era ofender a la patria narrar esas vergonzosas escenas de barbarie. Es error. Lo que avergüenza a una nación no es pintar sus defectos; la vergüenza está en los gobiernos que permiten infamias como la que he descripto,—y de cuya autenticidad hay cien testigos que responden conmigo,—y los que se convierten en defensores incondicionales de esos gobiernos. El criminal es el que comete el crimen, no quien lo denuncia. El patriotismo es una cosa muy distinta del patrioterismo.

so de los Coronel y el de ser hijo del venerable patriarca D. Manuel Coronel. Los compañeros se ven obligados a retrocer. La fuerza enemiga se acerca, y al llegar al herido, tres tiradores echan pié a tierra y con las culatas de los fusiles deshacen el cráneo al pobre muchacho ya herido de muerte.

Son las tropas de Galarza las autoras de este hecho, que prueba ¡*la magnimidad de las fuerzas legales*!...

En otro rincón de la batalla, el mayor Galarza, el temerario guerrillero, cae y queda apretado bajo el caballo muerto. Tres indios de aspecto siniestro se acercan, desenvainando los cuchillos con sed de degüello. Pero Galarza es también uno de aquellos indios fuertes que no se tragan sin mascar, y desde el suelo hace fuego con el revólver, mata uno de los enemigos, hiere a otro y obliga a la fuga al tercero, que al escapar le arroja las boleadoras sobre el lomo. En ese momento el escribano Severo Rodríguez, un maturrango, alcanza a pasar por allí y lo salva sacándolo en ancas, al valiente compañero.

En otro lado, el comandante del Puerto, bregaba incitando a sus muchachos. Tres de sus ayudantes han sido heridos y a su lado cae herido el clarín, que toca incesantemente a la carga. Le matan el caballo. Un asistente fiel,—hay que nombrarlo, el negro Bocha,—le trae otro. En ese instante el viejo y valeroso comandante Basilio Pimienta se le acerca y le dice:

—¿Qué hacemos?

—Avanzar siempre,—responde del Puerto.

—Es lo que pienso,—replica el veterano;—de todos modos, morir aquí o morir en otro lado, es lo mismo. ¡A la carga!

Pero por todos lados las fuerzas nacionalistas van cediendo, dominadas por el número infinitamente mayor del adversario.

De pronto, una voz cunde en las filas. ¡Al parque! ¡Nos toman el parque!

En efecto; el enemigo se había corrido a la izquierda

y el regimiento 6 de caballería, ayudado por la división de Basilio Saravia, caía sobre el parque indefenso, amenazando tomarnos los cañones, las pocas municiones que nos quedaban y hasta la célebre *gateada*, la caja con nuestra fortuna.

En un momento sólo se oyó un grito desesperado:

—¡Al parque! ¡nos toman el parque!... ¡Defendamos el parque!...

¿Defenderlo?... ¿Con qué?..

En las líneas del fuego, entre numerosos compañeros, habían caído el comandante Ponce, el comandante Couto y el comandante Nepomuceno Denis. Este último era uno de los más veteranos, de los más bravos, de los más modestos jefes de Treinta y Tres; cayó herido, y, antes de que pudiera levantarse, montar a caballo y escapar; fué alcanzado por la guerrilla enemiga, y ultimado en presencia de sus hijos, que hicieron esfuerzos desesperados por salvarlo, al menos del cuchillo galarcista. Inútilmente, el hombre bueno, el trabajador humilde, el generoso patriota, debió sentir su cuello partido por la daga de los defensores de la *causa legal*.

Pancho Saravia, con sus fuerzas diezmadas y sin municiones, se retiraba llorando. La división Florida se alejaba con el luto de sus muchas pérdidas; la heroica de Cerro Largo arrastraba por el llano sus restos ensangrentados.

Y en ese momento, el general, loco de dolor, se abalanzaba sobre las carretas del parque, donde el enemigo cargaba con frenesí.

La escolta que le rodeaba ,formándole una muralla humana, no es bastante para protegerlo. El jefe de aquellos valientes, el valiente y fiel Abel Sierra, es herido; el plomo y el hierro causan bajas a granel. Una bala le mata el caballo a Saravia, y el caudillo sublime de valor en aquel trance amargo, exclama rabiosamente:

—¡En el corazón me hubiera pegado esa bala!...

No hay más remedio que retroceder, dejando en ma-

nos del adversario un cañón y varias carretas que contenían más enfermos que munición.

Pero antes de abandonar el parque se mantuvo una lucha épica, en la cual la sangre de los orientales corrió a torrentes y el valor legendario se mostró, en un bando y en otro, con una tenacidad que asombra y conduele.

Pero los bárbaros de divisa roja, los herederos del instinto sanguinario que avergonzó a la nación en Paysandú, y la llenó de lodo con Latorre, y con Santos después, y con Idiarte Borda más tarde, encontró allí oportunidad de completar el ramillete histórico con una nueva flor de amapola.

Dicen que Batlle manda matar. Es posible; Batlle es capaz de todo. Su perversidad debe ser tan grande como su cuerpo y entre los muchos tiranos que han afrentado a mi patria, ninguno más criminal, ninguno más odioso que ese bohemio sucio y desgarbado que al alcanzar la presidencia de la república por un capricho de la ruleta política, quiso rescatar con odios las prendas empeñadas en el montepío durante su vida de miseria.

Nosotros perdimos un cañón allí; Batlle perdió lo poco que le quedaba de vergüenza.

¿Es duro?

Quizá. Pero la verdad es el único remedio cuando se trata de llagas putrefactas.

Es la verdad. Oígase y júzguese.

Los dragones colorados cargaron sobre el parque y a sus escasos defensores *los degollaban de parados*.

No es eso solo.

En las carretas tomadas iban heridos y enfermos.

A estos heridos y enfermos los *sacaron de las patas*, y los degollaron.

¿Vergüenza?

Ya lo creo, una gran vergüenza, que no puede avergonzar a una nación que soporta como primer magistrado a José Batlle y Ordóñez, principal delincuente en tamaños atrocidades; que al que tiene bien puesto el cora-

zón, le hacen decir: «¡Qué se concluya la patria, si ha de vivir para baldón de las naciones civilizadas!».

En el Paso del Parque corrió más sangre de las carótidas abiertas a cuchillo, que la que hizo verter el plomo de los fusiles en las guerrillas. Y es bueno advertir que en uno de los múltiples entreveros, cayó herido un coronel gubernista,—no recuerdo su nombre,— e implorando que no lo matasen, Pancho Saravia no sólo le salvó la vida, sinó que lo dejó en libertad para que fuese a reunirse con los suyos.

¡Y esos hombres, bárbaros en sus instintos, feroces en sus apetitos, se atreven a hablar de civilización e invocar la ley para exigir nuestro sometimiento!

¿Nuestro sometimiento?... La frase de Cambrone aquí.

¡Oh la frase de otro hombre humilde!

«No quedará piedra sobre piedra; no habrá árbol que de sombra, ni semilla que germine, ni planta que dé fruto, habrá patria para todos, o no habrá patria para nadie».

¿Qué sea necesario morir?... ¿Qué sea forzoso dejar la osamenta en una zanja cualquiera?...

¿Qué nos suponen a nosotros, que ya tenemos muerta el alma y hemos dejado sin sepultura, tendidas en la loma, expuestas al pico del carancho y de los cuervos, las más caras y sagradas afecciones?

—Hermano,—me dice Hilario Percíbal, que ha corrido a pié veinte cuadras para escapar al cuchillo gubernista;—hermano, estamos perdidos.

—Todavía no,—le respondo.—La patria está mal herida, pero vive aún.

Las columnas empiezan a desfilar, retirándose, buscando el paso del Dayman. Van tristes, pero van en orden perfecto, serenas y resignadas y soportando con entereza el desastre sufrido.

En este momento, el general Saravia, con el sombrero en la nuca, con el rostro pálido y contraído, man-

chado de barro el clásico poncho blanco, cruza al galope, y las tropas, buscando en el fondo del alma una última energía, le vivan calurosamente.

El caudillo sofrena su caballo, se lleva la mano al pecho y exclama con voz desesperada:

—«¡No me viven, que no lo merezco!...»

Y su rostro, aquel rostro varonil de líneas enérgicas, se nubla de pronto y las lágrimas mojan sus mejillas tostadas.

Sí; él merecía los vivas y el cariño y la admiración de los hombres libres que conducía en la penosa odisea.

Las almas grandes se prueban en el infortunio, y Aparicio fué en aquella circunstancia infinitamente grande.

El organizó la defensa; él hizo vadear el arroyo por las carretas del parque, él contuvo al enemigo con las insignificantes fuerzas que le quedaban; él hizo pasar todo su ejército, exponiendo su vida a cada instante, y él salvó la revolución en aquel trance amargo, por el solo influjo de su valor, de su actividad y de su energía.

XV

APARICIO SARAVIA

Hacer el retrato del gran caudillo es empresa temeraria.

No hay marco que le venga bien y mi pluma se reconoce torpe e impotente para trazar los rasgos de esa figura extraña.

A través de esta ya larga narración, los lectores han ido viendo al excepcional caudillo, pintado en sus hechos y en sus dichos.

Lo que yo voy a decir, en las últimas páginas de mi relato, poco agregará a la imagen que surge de esos trozos dibujados por él mismo en los accidentes de su vida.

A pesar de cuanto digan sus detractores, los que le

insultan por pasión, por ignorancia o por consigna, subordinando el espíritu de verdad y de justicia a estrechas necesidades, Aparicio Saravia es un hombre superior, quizás la figura más grande del Uruguay contemporáneo.

Para juzgarle es necesario estar lejos de él; de cerca, o intimida o deslumbra. Es uno de esos hombres a los cuales no se le puede contemplar indiferente: es preciso amarlo u odiarlo.

Muy pocos han logrado comprenderlo, porque es uno de esos seres de múltiples facetas que exigen, para ser penetrados, la observación honda y larga.

Su espíritu es como su rostro. Existen centenares de retratos del caudillo, y todos ellos difieren entre sí y ninguno es la copia fiel de su fisonomía. Observándolo a diario y muy de cerca, pude explicarme esa curiosidad que me había llamado grandemente la atención: es que aquella cabeza extraña, cambia de aspecto en absoluto según se la mire, de frente, de uno u otro perfil, de arriba o de abajo, de inmediato o de lejos, a la luz o a la sombra; y no hablo de los cambios bruscos y radicales que se operan en ese rostro, acompañando las alternativas de su estado moral.

Y su alma es igual que su rostro, y existe para hacer su retrato psíquico, la misma dificultad que para reproducir fielmente su efigie.

De estatura mediana, muy bien conformado, récia la espalda, fuerte el pecho, delgada la cintura, tiene las piernas nerviosas y muy pequeños los pies, lo mismo que las manos que él gusta de exhibir con coquetería, en frecuentes ademanes cadenciosos. Es un cuerpo que parece mandado construir de encargo para las grandes fatigas, para las actividades incansables, para los inauditos esfuerzos. A pie, aquel cuerpo que anda con movimientos pausados y desenvueltos, tiene una gracia sencilla: a caballo adquiere una belleza escultural que asombra y cautiva hasta a los viejos centauros, los férreos

ginetes de antaño que montaban en pelo y domaban del copete los potros bravos de entonces.

La cabeza, guarnecida por abundante cabellera color castaño, ligeramente risada y salpicada de raros hilos blancos, tiene mucha semejanza con una buena, noble y fuerte cabeza de león.

La frente es alta, amplia, de curva pronunciada; la nariz recta y fina, la boca pequeña coronada por un bigote de mocito, que en estos últimos tiempos han invadido las canas; las mejillas, tostadas por el sol, son un tanto descarnadas. Pero la característica de la faz del caudillo, la dan el menton y los ojos; aquel avanza, delgado y fuerte, pregonando energías; y los ojos, de color pardo, medio escondidos tras los párpados que tienen un fruncimiento orgánico, son de una movilidad y una vivacidad extraordinarias.

Habitualmente, aquella fisonomía es de plácidez que asombra; y para el observador superficial, Aparicio Saravia es un vecino buen mozo, presumido en el vestir, siempre alegre, siempre risueño, teniendo siempre a su disposición alguna frase ingeniosa y picaresca, que él mismo festeja enseguida con la estrepitosa carcajada que le es peculiar. El caudillo, el águila, están más adentro. Están en él no se que magnético de aquella mirada dulce que fascina y cautiva y que ayudada por una vocecita apagada y cantora, acarician y dominan en un cuarto de hora a los más enconados y rebeldes. Y están en la terrible expresión dominadora que adquieren esos ojos y esos labios y ese mentón de ave de presa, en las intensas y fugitivas cóleras del general.

Se ha dicho que Aparicio es un gaucho bruto, del mismo molde intelectual de Muniz, de cerebro opaco donde no solamente no ha entrado la luz, sino que odia la luz. Es una impostura.

Aparicio tiene la cultura general de cualquier hombre que no ha cursado estudios especiales. Habla y escribe con facilidad y corrección, y tiene los modales de

cualquier persona educada. Su lenguaje no tiene nada de gaucho; ni la ampulosidad, ni el continuo brillar de símbolos y metáforas, ni las incorrecciones clásicas, ni el derroche de interjecciones, frecuente en nuestro país hasta en los hombres de mayor ilustración. Si pronuncia mal muchas palabras, si dice *rompido*, *resolvido* y otras por el estilo, se ve bien, comparándolas en el cunjunto de su conversación, que no nacen del habla campera, sino de la influencia brasileña, cuyo idioma le es tan familiar como el suyo propio.

Pero es necio y pueril juzgar a un hombre por sus defectos de lenguaje: el talento está en las ideas y no en la manera de expresarlas. Entre los impecables párrafos hueros de un gramático y los desilvanados períodos de Sarmiento, la elección no es dudosa.

Aparicio tiene la frase breve y concisa y no pronuncia palabras de más, buscando que éstas expresen exactamente lo que quiere decir.

Escucha siempre con atención, y tiene un razonamiento firme, duro, exacto. Lo he visto, más de una vez, destruir con cuatro palabras, la larga argumentación hecha en casi discusos por intelectuales de nota.

Se ha dicho que desprecia a los hombres de ilustración, y no es exacto; lo que desprecia son las adulonerías y los servilismos; y ese mismo desprecio no se manifiesta sino por medio de su sonrisa irónica, muchas veces cruel. No habla nunca mal de nadie, ni aún de sus mayores enemigos, y hasta cuando se refiere a Muniz o Batlle, se muestra indulgente y mesurado.

Con todos, desde los más altos hasta los más bajos, usa siempre la persuación, y en muy raras ocasiones la violencia. Hoy le cuentan que alguien ha estado expresándose a su respecto en términos descomedidos, y mañana lo recibe sonriendo, lo colma de atenciones, se guarda muy bien de manifestar que lo sabe, y cuando sale de su presencia el rebelde, sale cautivado, dominado, arrepentido de sus palabras y de sus actos. Y el general,

que es un profundo psicólogo, que tiene maravillosamente desarrollada esa facultad, innata e indispensable en los conductores de hombres, sonrie exclamando:

—«¿De qué sirve hacerse un enemigo más?... Los enemigos son como las víboras: no siempre muerden, pero cuantas menos hayan en el campo, mejor.»

Esa facultad de pisólogo es su mayor fuerza. El sabe entrar en las almas, analizarlas, clasificarlas, complacerlas y utilizarlas. El sabe que los instintos son como los ríos: con habilidad, con paciencia y con trabajo, se puede desviar el curso de sus aguas, pero es absurdo levantarles un tajemar en el medio y decirles: «¡Corran para atrás!»

¿Olvida las ofensas, Aparicio?... Lo dudo mucho. Su alma es demasiado cálida para no ser rencorosa; pero en todo caso, guarda su rencor muy escondido y no pierde lo que hay de utilizable en cada hombre, por darse la satisfacción personal de la venganza.

Su bondad, su nobleza, su abnegación, su desinterés y su modestia, le abroquelan de tal modo que no dejan sitio a la envidia para incarle el diente. Todas las ambiciones se estrellan y enmudecen ante aquella imagen viva del patriotismo sin cotizaciones, del sacrificio sin precio.

Su modestia es tan grande, que ha prohibido terminantemente que se emplee en las comunicaciones que se le dirigen el «Excelentísimo señor» y demás fórmulas acostumbradas; llegando hasta disgustarle de que le llamen *General*.

—«Yo no soy general»—ha dicho varias veces.—Yo soy un vecino como ustedes, un hermano mayor que los guía, y nada más.»

Su sobriedad es tal, que no bebe ningún licor espirituoso, ni siquiera el vino; no fuma, se priva del café que le agrada en extremo y reduce su alimentación a un churrasco sin sal.

—«Porque»,—dice,—«aquí, donde todos somos herma-

nos y tenemos iguales derechos, no es justo que yo me regale, cuando mis muchachos pasan necesidades. ¿Qué dirían de un padre que se comiera la pulpa y dejase solo el *caracú* para los hijos?

Y sonriendo, y quizá para alejar toda sombra de pedantería a la profundidad de la frase anterior, agregó:

—«Sería feo. Sin contar con que no es bueno darles *caracú* a los muchachos que andan en la guerra.»

Su actividad escapa a toda ponderación. ¿Quién se atreve a demostrar flaquezas y a quejarse de fatigas, ante un jefe que se le vé día y noche a caballo, tan pronto aquí, tan pronto allá pasando como una blanca aparición, preocupado de los insignificantes detalles, impasible ante la lluvia que recibe sin poncho en las marchas, sin carpa en las noches de acampadas; que va y viene, atendiendo a todo con solicitud de padre, y que, en momentos angustiosos, tiene frases de esta grandeza:

—«El partido nacional no soy yo; si a mí me matan, otros habrá que ocupen mi sitio y sepan morir como yo».

Y que cuando alguien le dice:

—«¡General, no exponga así su vida!»—responde:

—«Yo mando a morir a mis soldados; ¿mi vida vale acaso más que la de ellos?»

Porque el calumniado caudillo es un pensador, y sus frases breves y claras son de una profundidad que imponen la admiración y el respeto. Los que intentan denigrarle, presentándolo como un bruto, porque no ha pasado por las aulas de la universidad y no puede ostentar en su gabinete, a la admiración de los badulaques, el pergamino de un título académico, ignoran que los títulos no acortan las orejas y que las universidades no dan talento; ignoran hasta el viejo aforismo de la sabia capital castellana: «Lo que natura non da, Salamanca non presta». Un inteligente sin ilustración es siempre un inteligente; un bruto embadurnado con lejías de ciencia, sigue siendo un bruto, al cual el aditamento de pedante,

le hace dos veces bruto. De estos hay muchos en mi tierra, y el prestigio de Saravia depende en gran parte de su indiscutible superioridad sobre esta legión de charlatanes guacamayescos.

Los políticos de gabinete, los que nunca han entrado en el alma del pueblo y pontifican desde el altar de su ilustración libresca y con habilidad simiesca viven servilmente y se creen sabios traduciendo leyes sin tener en cuenta ninguna relación de casualidad, los tontos vanidosos de mi tierra, los que en su miopía intelectual no ven en la guerra que desangra a mi patria otra cosa que una rivalidad de cintillos, una cruenta disputa de banderías, creen que Saravia ha hecho y mantiene la guerra, y que suprimirlo a él, sería romper la punta a la lágrima bátava, que saltaría en mil partículas impalpables.

¡Inocentes ignorancias!

El estanciero laborioso, encarrillado en los modernos métodos de animalicultura; el rico propietario, hijo de camperos, nacido y criado en el campo, que lleva siempre en la retina la visión luminosa de sus campiñas y en el corazón el porfiado afecto al terruño; el hombre modesto que desprecia recompensas y desdeña honores, no puede ser un gaucho de instintos levantiscos, un soñador de revueltas, un poseído por la pasión guerrera.

Es un espíritu justo, que ama la paz y sólo acepta la guerra cuando golpea en su conciencia un angustiado deber.

Nosotros hemos visto a Saravia muchas veces pensativo, algunas veces encolerizado, muy pocas veces triste. Y sus tristezas nacían siempre de los horrores de la guerra, de la contemplación de las heridas que va abriendo al cuerpo de la patria la gran desquiciadora.

Desde luego, ninguna inteligencia científica puede inculparle la guerra. Es sabido que los *conductores*, en los grandes movimientos de opinión, son los primeros *conducidos*. Los caudillos no son nunca una causa, sino un

efecto social. Ellos no hacen la ola, aunque vayan a su cabeza, como va la espuma en los encrespamientos bramadores de la mar. Esos hombres que se encumbran, que descuellan, que refulgen, sirviendo de eje a la rotación de una idea popular, no son nada más que esa misma idea condensada, que se convierte en símbolo visible, en bandera y en fanal. Cristo nació del cristianismo y no el cristianismo de Cristo. Cuando las conciencias agrupan las energías dispersas y forman torrente, orientándolas en un sentido dado; cuando una imperiosa necesidad social, una irresistible necesidad fisiológica, marca un norte al espíritu colectivo, es ella que empuja, es ella que crea y que destruye, que abate selvas y fecunda llanos.

Y en estas borrascas revolucionarias,—perfectamente explicables, perfectamente lógicas, porque son las forzosas reacciones de los distintos componentes sociales de un pueblo en gestación, que es necesario que choquen, bullan, exploten, antes de adquirir la forma sólida y definida de la cristalización,—es absurdo buscar la clave en la mente o en el corazón de los caudillos, que no son nada más que guías aparentes.

Esas fermentaciones sociales nadie puede impedirlas, por lo mismo que no son obra individual sino resultado inevitable de leyes naturales que no hay fuerza humana capaz de dominar. Pero lo que pueden hacer los hombres, y lo hacen con frecuencia, es agravar con sus torpezas los males inevitables, poniendo obstáculos al proceso evolutivo, creyendo posible suprimir los gases bajo una campana de fierro, sin percartarse de que la forzada consecuencia de esa ignorancia es el estallido.

La vida no es admisible sin una continua sucesión de transacciones; y el gobierno de principios absolutos, rígidos, inflexibles, sobre ser inicuo,—porque nadie puede garantizarse poseedor de la verdad,—sobre ser absurdo, —porque el principio fundamental de la existencia está en la variabilidad constante, en el incesante rodar de las moléculas,—sólo es posible por la fuerza. Y la fuerza

engendra fuerzas; es la muralla que, en su orgullosa insensatez de detener el oleaje, concluye por concitar a su alrededor a todas las violencias, que, más tarde o más temprano, la minan y derrumban.

Si realmente existiera en el Uruguay el caudillaje,—lo que es una afirmación ridícula que no resiste al análisis más superficial,—¿a qué estadista se le ocurre que se le puede destruir con procedimiento de cirugía política?

La ciencia ha conseguido hacer inofensivo al rayo. Pero, ¿qué loco ha pensando en suprimir el rayo?

Si realmente existe el caudillaje en mi país, es necesario admitir que medio pais se encuentra en estado de caudillaje. Y siendo así, ¿es razonable excluir esa fuerza social, mandarle que se calle y se esté quieta, como si las fuerzas pudieran estar nunca quietas?... ¿No es esto lo mismo que pretender suprimir el rayo en lugar de colocar la aguja y el alambre que le dome y le lleve manso a la tierra?...

Pero no existe nada de eso en la contienda sangrienta que está poniendo a prueba la resistencia de la fibra de mi patria, como no hay una lucha de bandos, como no hay una pelea de divisas. Este último concepto de la guerra no puede andar por el cerebro de ningún hombre que piense. «Pelear por pelear», es la fácil explicación de los que no se sienten capaces, o no quieren tomarse el trabajo de entrar a lo hondo, a lo intrincado de la selva social clasificando factores, para ligar los antecedentes con las consecuencias, de acuerdo con la sabia afirmación de Hipólito Taine: «No existe ningún hecho histórico que no tenga sus raíces en el pasado y no proyecte sus ramas en el porvenir.»

Yo creo, en mi humilde opinión,—que no tiene otro mérito que ser la de un estudioso,—que observando bien y desapasionadamente al general Aparicio Saravia, se puede sacar mucha luz para alumbrar el enmarañado problema actual por lo mismo que el caudillo nacionalista

es la condensación de una aspiración, de un deseo, de una immposición colectiva.

La admiración por Saravia no existe solamente en los hombres de su credo político. Su prestigio no es un prestigio militar, desde que las circunstancias en que le ha tocado actuar le han obligado a desempeñar, las más de las veces, el rol de derrotado. Y, como lo he dicho en otra ocasión, cada contraste de Aparicio acrecenta su prestigio. No son únicamente los nacionalistas quienes le admiran, le quieren y respetan: en toda la masa viva del país, todos los trabajadores, todos los productores de riqueza.

El no representa la fuerza política de su partido, sino la fuerza política de una gran masa social, que, largos años aprisionada, rompe ahora los diques y se esparce buscando su nivel.

Aparicio Saravia es el sentido común, reposado y sereno, rebelándose contra las utopías egoistas que han primado desde los comienzos de nuestra atormentada existencia institucional.

Es la nación, en sus fuerzas vivas y creadoras, reclamando un puesto en la acción dirigente, hasta ayer entregada a especulaciones intelectuales, a un desatinado peloteo de conceptos abstractos, que han sido una tranca para el desenvolvimiento del progreso del país, al mismo tiempo que distraía riquezas en la alimentación de parásitos, justificando la desconsoladora frase de Valtour: *La politique c'est l'art de se faire de revenus, sans mise de fonds.*

Viene de lejos esto; sus raices agarran en otro suelo, en los primeros años de la raza, en aquella malaventurada tendencia a la cristalización, a la inmovilidad, a la satisfacción con lo creado, a eso que parece heredado de crustáceos, cuya enorme conformidad dentro de su coraza, lo hace un especial ejemplo para el caso. Es la misma sangre de la conquista que viene rodando por las arterias; es el mismo pensamiento que se ha estra-

tificado en los gobiernos orientales que no quieren saber nada del ruido que produce la caravana que marcha pasando por sus portales cerrados a cerrojo todavía. Eso es exclusivismo, esa monopolización del mando, que ha llegado hasta pretender la formación de una raza superior en los dominadores, ha traído el levantamiento constante de los presionados, de los que sienten sobre las espaldas un peso de cuarenta años de dominación. El origen está en la encomienda; son los mismos sistemas, la misma manera de hacer país reduciendo los ciudadanos a colonos con obligaciones mixtas de hombres y de esclavos; la perduración de un medio que no ha variado, cuando el ambiente modificado sustancialmente ha ido dando vueltas a su alrededor y la falta de condiciones de adaptabilidad es la que ha determinado el fracaso del gobierno uruguayo en su concepto fundamental de gobierno. No es posible imaginar un gobierno, que cuando el pueblo cambia, se estanque, se ate con sus propias manos, se agarre a la tradición y deje que todo marche, que todo ascienda, quedándose él en el fondo de la caverna obscura como un inútil estalactita.

Esa sensación de opresión no la experimenta un bando político, ni es exclusivamente generada por un gobierno de partido, a pesar de la ancha divisa intransigente con que se decora ese gobierno.

Y la rebelión, el último esfuerzo del ahorcado para romper en un supremo espasmo la cuerda que le estrangula, no viene de un hombre, ni de un grupo de hombres mancomunados para la realización de un ideal o la satisfacción de un cariño político. Es sencillamente un fenómeno económico de fácil explicación. Las clases laboriosas, las que representan al mismo tiempo el capital y el trabajo, se han sentido hastiadas, no han podido resistir por más años todavía la dirección gubernativa que se mostraba ignorante y torpe siempre, deshonesta y poco escrupulosa a menudo.

Un pueblo sabe bien que es necesario entregar al es-

tado una parte del producto de su trabajo para el sostenimiento de un ejército que haga respetar la soberanía de la nación; para el pago de una policía que garantice la vida y la propiedad; para puertos, caminos, puentes, ferrovías, telégrafos, todas esas obras públicas de utilidad común; y, finalmente para la remuneración a los empleados encargados de defender la patria, de distribuir justicia, de guardar el orden, de percibir las rentas y destinar su aplicación.

Pero cuando ese pueblo vé que su contribución no forma un ejército nacional, ni le da policías eficientes, ni puertos, ni caminos, ni ferrocarriles, ni telégrafos; cuando vé que todas las rentas nacionales son absorbidas por los mandatarios y por los empleados de la nación, tiene derecho a preguntarse: «¿Y para qué pago yo esos empleados y esos mandatarios?»...

En nuestro país no hay caminos; en nuestro país no hay puentes; en nuestro país no hay puertos; allá escasean las escuelas primarias; allá las poblaciones del interior mueren de anemia, extenuadas por el centralismo político; allá no existe vida municipal, y hasta la propia metrópoli crece, se estira, forcejea, sin lograr la vida amplia, la respiración ruidosa de gran ciudad, conservándose aldeana, no obstante haber nacido para reina.

En otros países, en todos los países, una buena parte de la contribución del pueblo se pierde, como se pierde por razonamiento una buena parte de fuerza motriz en las máquinas extremadamente complicadas; pero algo queda siempre visible, tangible, demostrando la necesidad de esa máquina, explicando el porqué de su mantenimiento. Puede tener mayor o menor *gaspillage*, puede dar un rendimiento más o menos halagueño, pero al menos deja siempre un saldo en el haber de la nación.

En nuestro país jamás.

No tan sólo han sido devoradas nuestras rentas, sinó que hemos llegado a alcanzar el *record* de la deuda pública, logrando humillar al de Portugal.

Y de esa deuda, enorme para un país pequeño y pobre como el nuestro, no queda allí otra constancia que el peso abrumador gravitando sobre sus espaldas.

No se han canalizado nuestros ríos, no se han planteado colonias agrícolas, no se han levantado edificios para escuelas, no se ha pensado siquiera en el ornato de nuestras ciudades; y nuestras inmensas riquezas naturales miran pasar al inmigrante que debiera hacerlas germinar hacia otras playas y otras tierras donde la propiedad es sagrada y está garantizada la vida.

Los millones que da anualmente la renta del país y los millones que han dado los agiotistas europeos, solo han servido para pagar al gobierno y a los empleados del gobierno.

¡Y esto desde hace cuarenta años!...

A la larga, tras una ominosa noche de expoliación, los pueblos concluyen por ver o por sucumbir. Es un dilema inflexible. La patria es sagrada; el amor al sitio donde se meció nuestra cuna, es el más santo de los amores; pero por sobre la dignidad del patriota está la dignidad del hombre: vale más ser libre en tierra extraña que ser esclavo en la propia.

Durante cuarenta años hemos asistido al desfile de gobiernos con la misma marca de fábrica; gobiernos dilapidadores, gobiernos sanguinarios, gobiernos crapulosos, todos desesperadamente infecundos para el bien. Entre los mismos elementos de esos gobiernos, han habido revoluciones, motines, asesinatos de gobernantes, dictaduras de hecho alternando con dictaduras disfrazadas de legalidad, criminales absueltos e inocentes condenados, y en el largo camino recorrido, en casi medio siglo de ensayos de aptitudes dentro de la misma familia, siempre el mismo resultado práctico: ni un jalón en la tierra pregonando un progreso, y varios millones más inscriptos en el libro de la deuda pública... amén de muchas vergüenzas dejadas para el *nigro nottand lapillo* de la historia.

Los pueblos se cansan, al fin. El buey es paciente, pero cuando el que guía la mancera es torpe y hunde el rejón, y a más de ser torpe es cruel y picanea sin piedad, el buey protesta y abandona el surco.

Y porque el pueblo uruguayo ya no puede más, porque no debe soportar más, es ese unánime estallido de protesta, es esa rebelión tenaz que asombra a los que no saben cuando está bien la indignación.

Una noche, mientras tomábamos mate, haciendo rueda alrededor del fogón, le oí pronunciar al general Saravia esta frase profunda que me admiró,—no obstante el convencimiento que tengo de su gran talento y excepcional buen sentido:

—«Yo respeto mucho a los hombres de ciencia; respeto mucho a la ciencia, pero entiendo que, puesto que saben más que nosotros, deben hacer las cosas mejor que nosotros, que somos ignorantes. Pero si las hacen tan mal que nosotros nos damos cuenta de sus errores, hay que convenir en que, o su ciencia es mentira o son gente mala... ¿No encuentra?...»

Estas palabras del noble caudillo explican muchas cosas. Desvanecen, en primer término, la afirmación malevolente de que odia y desprecia a los hombres cultos, cuando lo que desprecia es la falsa ciencia, la ciencia empírica, los doctores de la palabra, los que hablan mucho y no dicen nada, los que prometen todo y no dan nada, porque sus cerebros son arcas vacías de las cuales solamente salen sonoridades estériles. A los que piensan, a los que son sensatos y precisos, los escucha, los admira y los atiende.

Además, explican la guerra actual mucho mejor que todas las disquisiciones infundadas, vanas y petulantes que han echado a volar, con muchas alas y con poco cuerpo, esponjadas en plumas y menguadas en carnes, como el chajá, los tracistas de ambas márgenes del Plata.

En síntesis y expresada en términos vulgares, esta guerra es la rebelión de las abejas contra los zánganos;

es el trabajo que exclama: ¡«Ya estamos hartos de imbéciles y de pillos!»

Ese sentimiento nacional, ese anhelo colectivo de romper un molde del cual salían siempre idénticos ídolos, mudos como una esfinge y estériles como las arenas del desierto, esa agrasón de todo un pueblo, condensada en largos años de sufrimiento, halló su intérprete en Aparicio Saravia.

Nadie se atreve a disputarle su puesto en la cumbre, nadie discute sus órdenes, nadie critica sus actos, nadie le pide cuenta de sus acciones. No es un hombre, es un símbolo; no es una idea, es un sentimiento. En el ánimo de todos los hombres que trabajan en mi tierra, Aparicio Saravia aparece como la representación de la Virtud. Es el águila engarbada en el yathay más alto de las selvas patrias, y su voz resuena en toda la extensión de la tierra charrúa, con la sonoridad de la voz de la justicia. Se le puede vencer, se le puede matar, pero no se encontrará sepulcro a su medida y perdurará en la memoria de sus compatriotas y su nombre se grabará al lado de los más grandes nombres que echan luz, desde la noche del pasado, sobre el presente de la patria.

XVI

DESPUES DE LA BATALLA

Sobre el Paso del Parque, en el Dayman, en la margen izquierda, estaba desplegado en guerrilla el valiente batalloncito Libertad, a las órdenes del mayor Horne Lavalle, sosteniendo la retirada, en unión de otras fuerzas que no recuerdo.

En el paso hubo un momento de confusión, cuando todos se aglomeraban allí, ansiando ponerse río por medio ante el enemigo. Eran los grupos dispersos de las varias divisiones despedazadas en la pelea, y eran los borbollones de gente desarmada y las inmensas masas de caballada, echadas al río en precipitación de fuga, azoradas en los gritos de los caballerizos.

Las carretas del parque, los carros y carruajes con heridos, hacían más formidable el atascamiento, hasta llegar un momento en que era imposible avanzar, en que la confusión estaba cercana del pánico.

En ese momento apareció allí el general Saravia.

Su sombrero blanco no tenía ya ni forma ni color; su poncho blanco estaba maculado por el lodo y la pólvora; sus ojos buenos tenían una dura expresión imperativa; sus labios temblaban, su pequeña mano morena tenía nerviosidades amenazantes.

Cuando él apaareció allí, fué como si hubiese aparecido el sol en un día de nublado.

Fué un grito formidable:

—¡Viva el general Saravia! ¡Viva el partido nacional!

El caudillo, sin hacer caso a los vitores, espoloneó su caballo, se lanzó al vado y exclamó con acritud:

—¿No tienen vergüenza de disparar así, como si estuviésemos derrotados? Afuera todo el mundo, y que nadie pase mientras no haya pasado el parque.

Aquella voz produjo un efecto mágico: el vado se despejó, las carretas avanzaron y las gentes esperaban la vera, tranquilas, confiadas, sin hacer caso de la metralla y la fusilería que tronaba a sus espaldas, sembrando la muerte.

¡El general estaba allí!

Yo había pasado el paso en compañía del mayor Masa, que iba herido, y de varios compañeros más, el veterano Tiburcio Abreu, el ex-jefe político de Treinta y Tres, don Pedro Echevarría, y algunos otros amigos, todos del heroico rincón que tanto quiero. Llevaba el alma ennegrecida y fuí uno de los muchos que ese día se mostraron injustos con el noble y grande caudillo. Momentos antes el general había dicho en nuestra presencia: «¡Voy a hacerme matar!»—y yo dije, con soberana injusticia: «Es lo único que le perdonará su falta de hoy».

—«Hay jefes con muchos galones que no han sabido cumplir con su deber, dijo el general, mirando al Mayor Masa.»

—«General,—respondió este valiente y modesto oficial,—yo me he retirado porque estoy herido.»

—«Hubiera muerto en su puesto,—replicó Aparicio como voy a morir yo.»

Y Masa, con una sencillez que me admiró, que hizo pasar un escalofrío por mi cuerpo respondió:

—«Yo lo acompaño, general»;—y dando de riendas al caballo, echó a andar detrás del jefe, hacia las guerrillas enemigas.

Esto lo cuento para hacerle justicia, como se la hizo al día siguiente el general Saravia ,vendo, con su habitual nobleza, a pedirle disculpa por las palabras ofensivas de la víspera.

Como yo no hago historia, como mi objeto es simple y llanamente expresar impresiones, no debe exigírseme detalles que no puedo dar.

¿Cómo se contuvo al enemigo en el Paso del Dayman?... ¿Quiénes lo contuvieron?...

No lo sé. He oído decir que una ametralladora hizo hacer alto a los gubernistas y que muy pocos tiradores impidieron el avance de los triunfadores. No lo sé. Nosotros seguimos marchando, toda la tarde para ir a hacer alto recién a las 9 de la noche. A esa hora se mandó echar pie a tierra y permanecer con los caballos de la rienda.

Era una noche obscura, que amenazaba tormenta, y nosotros estábamos rendidos, muertos de hambre, de sueño, de fatiga y con el espíritu abatido por aquella inesperada derrota.

La opinión general era que la causa nacionalista había recibido un golpe mortal y que íbamos al desbande. Nadie creía en posible salvación y había en todo el ejército una infinita tristeza y una negra desesperanza. Había el dolor de tantos sacrificios estériles, de tantas preciosas vidas sacrificadas sin resultado, de la noche de tiranía, de opresión, de vergüenza, a continuarse por tiempo indefinido. A la fe y al entusiasmo del día anterior habían sucedido un profundo descorazonamiento, una incalculable laxitud de espíritu, un triste convencimiento de la derrota irremediable, de la imposibilidad de vencer, de la inutilidad del esfuerzo. De arriba a bajo, desde los jefes principales hasta los más ínfimos soldados, todos tenían la misma idea del desastre irremediable. Y no era que las pérdidas materiales fuesen de tan grande consideración. Nos habían tomado unas carretas vacías, habían rescatado uno de los cañones apresados en Fray Marcos, y nos habían hecho alrededor de cien bajas, pagadas con doscientos de ellos. No era nada de eso. Era,—y yo debo decirlo, porque es verdad,—que el ejército ciudadano había sufrido allí la pérdida mayor que pueda sufrir un ejército: la confianza en su general.

Cuando pienso en aquellos angustiosos momentos, me horripilo, imaginando lo que ha debido sufrir el alma grande de Aparicio. Pero su sufrimiento encontró amplia compensación en la gratitud y admiración que le

testimoniaron sus conducidos, cuando su genio y su voluntad de hierro, venciendo todos los obstáculos, galvanizó el cadáver saliendo triunfador en su justa con la adversidad.

Aparicio Saravia nunca ha sido tan grande como en aquella dolorosa jornada. Allí nació la admiración idolátrica que le profeso.

Y aquí concluye la primera parte de esta reseña, de esta sencilla y sincera anotación de impresiones, que quizá continúe algún día.

FIN

INDICE

	Páginas
Dedicatoria	5
Prólogo	7
Toque de atención	11
El primer campamento	15
Buscando a Muniz	21
Illescas	32
En retirada	42
Días de prueba	46
La burla	57
Justino Muniz	67
De Melo a Florida	77
Vueltaas y revueltas	89
Sanwich filosófico	100
San José y Arroyo Grande	104
Al Norte del Río Negro	112
Paso del Parque	128
Aparicio Saravia	147
Después de la batalla	162

Talleres Grá
de
B. Bauzá
Aribau 175 a
BARCELONA

LS
V6144co

Viana, Javier de
Con divisa blanca. Ed.2.

440799

DATE.	NAME OF BORROWER.
Dec. 21/45	Binding Dept. (J.R)

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET